



**Centro de Estudios Sociológicos
Maestría en Ciencia Social con Especialidad en Sociología**

Promoción IV (2023-2025)

**Clase social y discrepancia entre pobreza objetiva y subjetiva en
Uruguay, 2022-2023**

**Tesis para optar al grado de Maestro en Ciencia Social con
especialidad en Sociología que presenta:**

Andrés Wilkins Masse

**Director: Dr. Patricio Solís
Lectores: Dr. Fernando Cortés y Dr. Víctor Borrás**

Ciudad de México

junio de 2025

El contenido de esta tesis es responsabilidad exclusiva del autor

Agradecimientos

Nombrar a las personas en los agradecimientos de una tesis se me hace un acto de injusticia, los actos de aliento -muchas veces de personas que no esperamos- se nos olvidan y destacar a cada uno de ellos sería interminable. Este podría ser un argumento suficiente para no poner una sección de agradecimientos en una tesis, pero la ciencia es ante todo un acto colaborativo y me gustaría que quede plasmado en papel o digitalmente, mi agradecimiento a varias personas claves en el camino de esta tesis y el mío personal.

En primer lugar, me gustaría nombrar a Patricio Solís, mi director de tesis, al que profundamente agradezco por la lucidez de sus comentarios y sus intervenciones justas y a tiempo en todo el proceso. Ha sido un gusto haber sido dirigido por él.

En segundo lugar, a mis lectores del comité de tesis: Fernando Cortés y Víctor Borrás cuyos comentarios han fortalecido la consistencia de esta tesis y han aportado una mayor claridad y contundencia en los argumentos lógicos que trate de exponer.

Agradezco los comentarios de Emilio Blanco y Alice Krozer en el marco del seminario de investigación que ayudaron a formular mis primeras intuiciones sobre la temática. También me gustaría mencionar a todos los docentes del Centro de Estudios Sociológicos con los que tome clases como Arturo Alvarado, Isaac Cisneros, Gustavo Urbina y Leslie Lemus. El conjunto de clases recibidas ha hecho que me cuestione mis postulados de la investigación, pensar de forma más imaginativa esta tarea, pero sin perder en el medio la rigurosidad metodológica necesaria.

A nivel personal, son muchas las personas a las que debo agradecer; todas han contribuido a que México se haya convertido en mi hogar. En primer lugar, a mi madre, mi hermana y mi padre, cuyas visitas —al igual que las mías a Uruguay— han sido momentos de redescubrimiento tanto personal como de los países que habito. Gracias también por sus consejos y por estar ahí para escucharme en los momentos de angustia. Agradezco igualmente al Tato y a mi tío, con quienes compartí cada sábado y domingo charlas sobre política y fútbol nacional.

Quiero agradecer a mis amigos, sin quienes la vida sería mucho más aburrida y solitaria. En particular, a la IV promoción de la maestría y a la XX promoción del doctorado del Centro de Estudios Sociológicos, con quienes tuve el privilegio de compartir los cursos. De manera especial, agradezco a los amigos que México me ha regalado: David, Giselle, Karla y Vasti. Su compañía ha sido invaluable

y me han brindado el mayor de los regalos: innumerables risas. También me gustaría agradecer a todas las personas con las que he convivido en México: Inge y Alejandra; y a Andrés en la Narvarte.

Principalmente, me gustaría destacar la adopción de Virginia Lorenzo, su cuidado ha sido fundamental en todo el trayecto en México y estaré siempre agradecido a ella. Espero que no hayan sido muchas molestias.

Y, desde la distancia, a todos los amigos que me acompañaron en esta aventura y que, cada vez que volvía a Uruguay, me hacían la fiesta: Juanjo, Cobas y Nico, y al grupo de F5 de los viernes. Gracias a ellos, tuve mañanas alegres y noches aún más alegres. A mis amigos y colegas Alejo y Nacho Pina — los PINISTAS— por las discusiones permanentes y por expandir el PINISMO en tierras lejanas. A Bruno, por su compañía constante, tanto en la distancia como en la cercanía. Agradezco a Maxi por ser un espacio de escucha sin juicios, siempre presente. A Camila, por sus comentarios, por darme los mejores consejos —tanto personales como de investigación— y por su generosidad constante. Y a las chicas de la FCS (+Santi): Agu, Santi, Fran, Ceci, Belu y Vito, por estar siempre que las necesité y por ser las receptoras incondicionales de todos mis chismes.

También agradezco a Tabaré Fernández por haber sido parte de mi proceso de formación desde el comienzo y haberme dotado de las herramientas iniciales para poder desempeñarme en esta profesión. Además, sin su ayuda no hubiera entrado al Colegio de México.

Por último, me gustaría agradecer a todos los trabajadores mexicanos que han permitido pagarle una beca a un extranjero, por medio de la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación, para completar su tesis de maestría. Sin este incentivo, nada de esto sería posible. Espero retribuirles de alguna forma en el futuro.

Tabla de contenido

Agradecimientos.....	ii
Índice de tablas	vii
1. Introducción	1
1.1. Preguntas y objetivos de investigación	3
1.2. Hipótesis rivales	4
1.3. Estructura de la tesis.....	8
2. Diseño metodológico de la investigación	10
2.1. Datos	10
2.2. Unidad de análisis y unidad de registro	12
2.3. Operacionalización.....	16
2.4. Técnicas de análisis	24
3. Exploración de la pobreza y la estructura social en Uruguay	27
3.1. La pobreza de los hogares uruguayos	27
3.1.1. Evolución de la pobreza por método de ingreso	27
3.1.2. La discrepancia de la pobreza subjetiva y objetiva en Uruguay	29
3.2. La estructura social uruguaya	31
3.3. Exploración de la clase social y pobreza	38
3.4. Conclusiones	42
4. Factores determinantes de la pobreza, según el método de ingreso.	45
4.1. Justificación conceptual de las variables	45
4.2. Factores asociados con la pobreza por método de ingreso.....	51
4.3. Conclusiones	57
5. La discrepancia de la pobreza objetiva y subjetiva en hogares uruguayos	59
5.1. Factores y mecanismos asociados a la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva	

5.1.1.	Los orígenes conceptuales.....	59
5.1.2.	Estudios recientes sobre la clase en el desajuste de la pobreza	61
5.1.3.	Más allá de la clase, otros factores asociados al mismatch de la pobreza	65
5.2.	La clase social y la discrepancia de la pobreza.....	67
5.3.	Control de hipótesis rivales.....	71
5.4.	Conclusiones	79
6.	Reflexiones finales.....	81
6.1.	Principales conclusiones	81
6.2.	Limitaciones y caminos a futuro	83
	Referencias bibliográficas.....	85
	Anexo 1. Distribución de clase de los países de América Latina, según el esquema de Solís, Chávez Molina y Cobos.....	96
	Anexo 2. Comparación de los criterios de clase social	97

Índice de tablas

Tabla 1: Cantidad de personas y hogares entrevistados en la Encuestas Continua de Hogares 2022-2023.....	12
Tabla 2: Clase social de los hogares por criterio de asignación en 2022-2023 (%)	15
Tabla 3: Distribución de la tipología de pobreza por año de los hogares (%).	31
Tabla 4: Distribución de la clase de los ocupados en algunos estudios antecedentes uruguayos (%)	32
Tabla 5: Distribución de las clases sociales de los ocupados entre 15 y 64 años en Uruguay 2012-2023 (%).	34
Tabla 6: Distribución de la clase social en los hogares uruguayos (%)	37
Tabla 7: Pobreza objetiva y subjetiva por clases sociales en Uruguay en 2022-2023.	41
Tabla 8: Factores determinantes de la pobreza por método de ingreso.....	55
Tabla 9: Mismatch de la pobreza por ingreso y subjetiva de los hogares uruguayos según su posición respecto a la línea de pobreza y clase social (%).	69
Tabla 10: Factores asociados a la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva en hogares pobres y no pobres (2022-2023).	73
Tabla 11: Distribución clases de las personas en edad de trabajar (15-64 años) de algunos países de América Latina (%).	96
Tabla 12: Cruce de criterios de clase social (%).	98
Tabla 13: Porcentaje de hogares pobres objetivos y subjetivos, según el criterio de asignación de la clase social (%).	99

1. Introducción

La CEPAL ha caracterizado a Uruguay como el país con menor prevalencia de pobreza en América Latina (Brun & Colacce, 2019; CEPAL, 2022). En 2022, casi uno de cada diez habitantes uruguayos se encontraba por debajo de la línea de pobreza por ingreso (INE, 2023b). En el mismo período, una de cada tres personas consideraba que su ingreso no era suficiente para satisfacer las necesidades de su hogar (Amarante et al., 2024). De esta forma, el principal objetivo de esta tesis es analizar la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva en los hogares uruguayos. Para ello, propondremos un enfoque analítico sociológico enfocado en la clase social, así como otras variables señaladas relevantes por la literatura.

La pobreza subjetiva nace a partir de la noción de que son los sujetos los que deben considerar cuáles son las dimensiones y umbrales que se deben conocer para satisfacer las necesidades del hogar (Lačný, 2020; Rojas & Jiménez, 2008; Spicker et al., 2009). Este concepto surge como respuesta a algunas críticas a la medición de la pobreza por ingresos, que supone de antemano las preferencias de las propias personas (Van Praag & Ferrer-I-Carbonell, 2008). Desde esta perspectiva, es necesario incorporar las percepciones de los individuos y sus nociones de pobreza en las estadísticas oficiales para capturar mejor las experiencias de las personas (Deaton, 2001).

Por lo que, se transita desde un enfoque centrado en los ingresos o la deprivación, hacia otro que considera al sujeto como un individuo consciente de lo que significa ser pobre. Este nuevo enfoque incorpora las diversas percepciones de estatus en las que la persona está situada (Duvoux & Papuchon, 2019).

En definitiva, la pobreza subjetiva es la propia percepción de la pobreza que tiene una persona. Por percepción entendemos a los diferentes procesos cognitivos que se construyen a partir de condiciones materiales (Rubalcava & Salles, 2001). Esto implica que no necesariamente debe existir una concordancia entre las percepciones y las condiciones materiales. Por el contrario, esto da lugar a una discrepancia -o mismatch- entre la pobreza subjetiva y objetiva (Rojas & Jiménez, 2008).

Esta discrepancia puede estar formada en la pertenencia a diferentes grupos de referencia que generan concepciones disimiles sobre qué es necesario para vivir dignamente. Esto no es una idea novedosa, siendo parte de algunas teorías psicológicas básicas como la estipulada por Maslow (1943) a mediados del siglo pasado.

En definitiva, la pobreza subjetiva, como toda percepción, está anclada socialmente en la comparación del individuo con el grupo de referencia y con su experiencia anterior (Alem et al., 2014; Lačný, 2020; Rojas & Jiménez, 2008), así como con las condiciones materiales de vida y el ingreso que este recibe (Kingdon & Knight, 2006). Es decir, la evaluación de su bienestar, necesidades e ingreso está anclada en posiciones socialmente establecidas e institucionalizadas.

Las clases sociales pueden hipotetizarse como una categoría analítica potente para explicar las percepciones de pobreza. Definimos a la clase social como la posición institucionalizada de las personas en el mercado laboral y que estructura diversas recompensas sociales como el ingreso (Erikson & Goldthorpe, 1992; Grusky & Kanbur, 2006; Portes & Hoffman, 2003; Solís, 2016; Solís et al., 2019).

La relación de la clase social con la pobreza es uno de los temas más recurrentes de la investigación sociológica (Grusky & Kanbur, 2006). Típicamente, los análisis de clase social se enfocan en la distribución de recursos -como el ingreso-. También se puede concebir que las clases forman grupos de referencias que estructuran a las percepciones de qué servicios y bienes son necesarios para no ser excluidos de cierto grupo (Townsend, 1979). Esto se basa en la concepción de la clase social como generadora de identidades, percepciones y subjetividades, desarrollada en distintos pasajes de la obra de Erikson y Goldthorpe (1992).

De este modo, proponemos un análisis de clases sociales, que permita examinar las diferencias entre las percepciones generadas por la posición de clase y los recursos materiales que cada una posee. Al relacionar la clase social con la pobreza podemos comprenderla como producto situacional y estructurado socialmente en un contexto determinado, escapando de las explicaciones basadas en solo factores individuales. Por lo que rescatamos el origen estructural en la producción de las percepciones. Es decir, dos hogares con el mismo ingreso, pero con posiciones sociales diferentes en la estructura social tendrán distintas percepciones de la pobreza.

La sociología ha generado varios enfoques analíticos acerca de cómo la clase social estructura la cultura, percepciones y creencias de los individuos, desde posturas más culturalistas (Bourdieu, 2011; Savage et al., 2015), marxistas (Wright, 1985), hasta posturas que acentúan la difusión de creencias y comportamientos a partir de relaciones sociales (Hedström, 2005).

El estudio de la pobreza como un fenómeno no solo objetivo sino también subjetivo, es de suma importancia por dos principales razones. En primer lugar, si una persona vive en un hogar que es

considerado pobre por sus habitantes, esto va a incidir en las acciones sociales de las personas. Por lo que, como afirma la sociología analítica (Elster, 2010; Hedström, 2005), para explicar la acción social es necesario comprender los deseos, creencias y oportunidades de los actores. Limitarnos a estudiar en qué medida la clase social estructura las condiciones objetivas de la pobreza plantea solamente comprender las oportunidades de las personas. Mientras que nosotros, pretendemos conocer lo que las personas creen de su situación socioeconómica, lo que también permite aproximarnos a las creencias formuladas por los sujetos.

En segundo lugar, puede ayudar a complementar en el futuro a los indicadores de pobreza de ingreso o multidimensionales para incorporar nuevas dimensiones conceptuales que no son reconocidas en estas dos mediciones. Varios economistas de la talla de Ravallion (Pradhan & Ravallion, 2000), Deaton (2001), así como también economistas latinoamericanos (Giarrizzo, 2009) han subrayado la importancia de complementar las medidas de pobreza usuales con los aspectos subjetivos.

En síntesis, adoptaremos un enfoque sociológico para dar cuenta la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva, acentuando el rol que tiene la clase social. Esto no implica desconocer la influencia de otros factores individuales o de composición del hogar en la concordancia entre ambas formas de pobreza.

1.1. Preguntas y objetivos de investigación

A partir del problema de investigación, proponemos las siguientes preguntas que guiarán a esta tesis, siendo expuestas a partir del orden lógico por el cual serán expuestas en el texto.

En primer lugar, plantearemos ¿En qué medida la clase social, así como otros factores asociados a la posición de las personas en la estructura social, inciden en la discrepancia entre la situación objetiva de pobreza y la percepción de esta? Esta es la principal pregunta de investigación que guiará nuestro trabajo. Pero para ello, necesitamos explicitar algunas preguntas previas. Por ejemplo, ¿Cómo se distribuye la pobreza objetiva y subjetiva en los hogares uruguayos? Otra pregunta es: ¿en qué medida existe una concordancia o discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva de los hogares uruguayos?

Responder estas preguntas implica resolver varias preguntas antecedentes: ¿Cuáles son los enfoques conceptuales que utilizaremos para la medición de la pobreza objetiva y subjetiva? ¿En qué medida la pobreza objetiva está asociada con la posición de clase de las personas y los hogares?

Por último, para no reducir la asociación en la clase social nos preguntamos en: ¿Qué otros factores, además de la clase social, se encuentran asociado con la pobreza subjetiva y objetiva?

Proponemos los siguientes objetivos que orienten a la investigación:

Objetivo general

Analizar la incidencia de la clase social en la discrepancia entre la pobreza objetiva y la subjetiva en hogares uruguayos en 2022 y 2023.

Objetivos específicos

- Describir la pobreza subjetiva y objetiva en los hogares uruguayos, así como su asociación.
- Indagar sobre el rol de la clase social, y otras variables relevantes, en la pobreza objetiva.
- Analizar la asociación entre la clase social, así como otros factores, sobre la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva.

1.2. Hipótesis rivales

En esta sección expondremos las principales hipótesis rivales que pueden competir con nuestra hipótesis. Retomando un poco lo mencionado anteriormente, nuestra intención es aportar a jerarquizar a la clase social como uno de los principales factores para tener en cuenta en la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva.

Nuestra principal hipótesis es que el mismatch entre la pobreza objetiva y subjetiva está fuertemente asociada con la clase social de la persona con mayor ingreso del hogar. Esta conjetura se basa en la importancia de la estructura social, tanto en la distribución de recompensas materiales (Erikson & Goldthorpe, 1992; Townsend, 1979) como en la estructuración de percepciones e identidades (Bourdieu, 2011; Erikson & Goldthorpe, 1992; Hedström, 2005; Savage et al., 2015). De esta forma, al ser una percepción esperamos que estas se estructuren en el acceso diferencial a bienes y servicios.

Planteamos dos principales hipótesis en contra del vínculo entre clase social y pobreza. La primera es la que realiza Grusky y Weeden (2015) que concibe que el propio concepto de *under-class* es una forma de precarización institucionalizada y que tiene consecuencias palpables en las condiciones de vida que imponen estas relaciones laborales. Por lo que desde esta perspectiva crítica, medir la pobreza y la clase social es medir un mismo concepto.

La segunda y principal hipótesis rival al vínculo entre pobreza y clase social puede encontrarse en una literatura popular en los años ochenta y noventa que argumentan que el riesgo de estar en situación de pobreza no estaba socialmente condicionado, representado en el pensamiento de Beck (1992). Desde la conceptualización de este último, en la modernidad, el riesgo es un determinante universal, por lo que la determinación de la clase social en las condiciones de vida es menor a la que sucedía hace dos siglos. Desde esta postura, se subestima el rol de la clase social en la pobreza y generación de percepciones sobre la situación económica, asumiendo que todas las personas tienen chances similares de caer bajo la pobreza.

Además, de estas hipótesis, otras variables pueden mediar o rivalizar con esta relación. En esta sección, postularemos las diferentes hipótesis rivales que pueden incidir en la relación entre la clase social y el desajuste de pobreza objetiva y subjetiva. Para ello, dividiremos a las hipótesis rivales en dos bloques, en el primero agruparemos a las hipótesis que pueden intermediar la relación con la clase social y el mismatch de pobreza. En un segundo bloque, tendremos a las hipótesis que pueden rivalizar, a partir del concepto de grupo de referencia que fue marcado como relevante por la literatura.

En el primer grupo de hipótesis, los efectos de la clase social pueden confundirse con los del ingreso y la escolaridad del hogar. En primer lugar, la escolaridad del hogar ha mostrado estar sistemáticamente relacionada con menores chances de que las personas tengan ingresos menores a la línea de pobreza (Dansuk et al., 2007; Poy, 2021; Vandecasteele, 2011) y la pobreza subjetiva (Kingdon & Knight, 2006; Scalese Correa, 2021). Por esto, nuestra primera hipótesis rival (H1) es que: el mismatch entre la pobreza objetiva y subjetiva está principalmente asociado con la escolaridad promedio de las personas con ingresos que habitan un hogar.

Dos son los principales mecanismos, por los cuales es importante poner a prueba la escolaridad. En primer lugar, a partir de la teoría del capital humano de Becker (1995), la escolaridad de una persona tiene implicancias en el ingreso recibido y menor probabilidades de caer en la pobreza. Además, bajo esta teoría se generan decisiones más racionales en varios aspectos de la vida que pueden llevar a un uso más eficiente de los recursos y una menor percepción de la pobreza.

En segundo lugar, a partir de Blau y Duncan (1967) la educación se entiende como un mecanismo de movilidad social que intermedia entre la clase del padre y la del hijo. De esta forma, controlar la escolaridad del hogar permite conocer hasta qué punto la pobreza subjetiva se debe a la posición social en la estructura o a la trayectoria educativa de la persona.

Por otra parte, en un modelo teórico clásico, la clase social determina la magnitud del ingreso. Por lo que se espera que diferentes clases sociales tengan un promedio de ingresos diferentes (Erikson & Goldthorpe, 1992). Este planteo no es del todo consistente en el caso uruguayo (Álvarez-Rivadulla et al., 2022). Esto plantea la duda de si la discrepancia en la pobreza se debe a diferencias en la posición institucionalizada o al nivel de ingreso. Entre la literatura económica está sistematizado de que mayores ingresos reducen las chances de que la persona se perciba pobre (Kingdon & Knight, 2006; Rojas & Jiménez, 2008). En consecuencia, planteamos una segunda hipótesis rival (H2): el ingreso del hogar es la principal variable de interés, en lugar de la clase social, que muestra una mayor asociación con la discrepancia de la pobreza.

Como mencionamos anteriormente la construcción de la pobreza subjetiva de una persona está muy asociada con la conformación de un grupo de referencia donde se establece una noción de qué bienes y servicios son indispensables para no ser excluidos de dicho grupo (Peng, 2023; Rojas & Jiménez, 2008). Varios antecedentes han mostrado que los grupos de referencia se conforman a partir de diferentes atributos sociodemográficos.

Uno de estos atributos es la región, por ello, generamos la hipótesis rival de que (H3) la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva es producida a partir de la conformación de grupos de referencias diferenciados por la región de residencia de la persona. Esta hipótesis está construida a partir de dos supuestos básicos: una es que las personas generan grupos de referencias con los individuos que están cerca de ellas. Un segundo supuesto básico es que existen diferencias en las regiones en términos de producción económica que generan grupos de referencias distinguibles entre sí.

Como es constatado en algunos antecedentes, existen diferencias productivas, económicas y de oferta de servicios en las diferentes regiones (Fernández & Vanoli, 2023). Esta situación ha dado lugar a diferencias regionales en la forma en que se construye la percepción de pobreza, las cuales están vinculadas a las actividades productivas, de acuerdo con algunos antecedentes empíricos (Aguado-Quintero et al., 2010; Lucchetti, 2006; Pradhan & Ravallion, 2000).

Otra variable que puede crear diferentes grupos de referencia es la edad. Por ello, estipulamos que (H4) la edad de la persona encuestada configura distintos grupos de referencia, lo que genera una discrepancia entre la percepción de la pobreza y su medición objetiva.

No existe un consenso total de los antecedentes sobre la forma en la que está asociada la edad con la pobreza subjetiva. Mientras que algunas investigaciones muestran que no hay asociación (Pinzón Gutierrez, 2017), otras constatan una asociación positiva (Arroyo-Mina & Ruiz-Cardona, 2017; Lucchetti, 2006; Ravallion & Lokshin, 2002), mientras otro antecedente expone una relación en forma parabólica, donde a edades más jóvenes y viejas hay una mayor pobreza subjetiva (Gustafsson et al., 2004).

Por lo que, la conformación de percepciones de la pobreza puede ser diferente, según la edad de la persona. Entendemos que las personas de mayor edad experimentaron crisis económicas importantes -como la crisis de 2002 (Salas & Vigorito, 2021)- que pudieron haber generado diferentes percepciones sobre la pobreza. Este mecanismo puede llevar a que personas de mayor edad tengan una menor discrepancia de la pobreza.

Otro mecanismo que puede influir es que a una mayor edad sean necesarios mayores recursos para satisfacer las necesidades, especialmente relevantes para el cuidado de la salud. Por lo que este mecanismo apuntaría a que es mayor la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva cuanto mayor sea la edad de la persona.

Por otra parte, dos hipótesis están relacionadas con la generación de grupos de referencia, aunque mencionan otras dimensiones de la desigualdad como lo son el género y la ascendencia étnico racial.

En este sentido, (H5) entendemos que varones y mujeres producen diferentes percepciones de la pobreza, ya que, una diferencial carga de cuidados en el hogar genera diferentes nociones de la cantidad de recursos que son necesarios para satisfacer las necesidades de los miembros del hogar. El mecanismo que planteamos es que dado que las mujeres tienen una mayor dedicación al trabajo no remunerado en el hogar, pueden conocer mejor las necesidades de este. Una variable más precisa para conocer esta relación sería la cantidad de horas dedicadas a los cuidados, no obstante, no contamos con esta información. Por lo que nos aproximaremos, a partir del sexo de la persona.

Por último, la pobreza subjetiva puede destacar aspectos de exclusión o discriminación por motivos étnico-raciales, dando lugar a la medición del estatus de una persona. En este sentido, (H6) la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva puede variar según las distintas ascendencias étnico-raciales, particularmente entre la población afrodescendiente y no afrodescendiente. Cabe señalar que, en promedio, las personas que se autoidentifican como afrodescendientes presentan una mayor incidencia de pobreza, menores niveles de escolaridad y mayores tasas de desocupación

(Cabella et al., 2013). Esto puede deberse a diversos actos de discriminación que se traducen en una mayor percepción de pobreza. Estos actos, junto con una situación estructural de mayor vulnerabilidad, podrían llevar a que quienes se identifican como afrodescendientes perciban una mayor exposición a la pobreza que otros grupos étnico-raciales.

1.3. Estructura de la tesis

La tesis se estructurará de la siguiente forma. En el próximo capítulo, explicitaremos nuestras principales decisiones metodológicas. En ese capítulo se argumentarán cuatro principales aspectos metodológicos de nuestro trabajo. En primer lugar, justificaremos por qué hemos seleccionado la Encuesta Continua de Hogares en 2022 y 2023 como principal base de datos a usar. En segundo lugar, detallaremos la decisión de la unidad de análisis y registro que es clave en el argumento lógico de nuestra tesis. En el tercer apartado, explicitamos la operacionalización de los conceptos principales de las hipótesis. Por último, en el cuarto apartado detallaremos las principales técnicas de análisis que utilizaremos a lo largo de la tesis.

Los capítulos tres a cinco son los capítulos analíticos de la tesis. Cada uno de estos capítulos fueron pensados para ser auto conclusivos, donde las principales teorías y mecanismos son expuestos al principio del capítulo y luego son puestos a prueba recurriendo a diferentes técnicas, según los requerimientos de cada uno de los análisis. De esta forma, pretendemos mejorar la comprensión entre el vínculo entre los diferentes mecanismos y relaciones encontradas en los antecedentes con los hallazgos que reportemos nosotros en cada uno de los pasos que sigamos.

En el capítulo 3 presentaremos el caso de Uruguay en términos de pobreza y estratificación de clase social. Para ello, nos propondremos dos objetivos. En primer lugar, describir la pobreza y estructura social uruguaya. En segundo lugar, explorar la asociación entre la clase social y la pobreza subjetiva y objetiva, tanto de forma separada como conjunta. Para robustecer nuestros datos haremos un breve repaso de los principales estudios de pobreza y estratificación social en Uruguay. De esta forma, podremos mostrar la consistencia de nuestra medida de clase con los esquemas de los principales antecedentes de estratificación social.

El capítulo 4 tiene el objetivo de analizar en qué medida la clase social de los hogares está asociada con la pobreza, según el método de ingreso, controlando por un conjunto de variables independientes. Esto nos servirá para comprender la estructuración de la pobreza por método de ingreso, así como la influencia de la clase social en las chances de que un hogar esté por debajo de la línea de pobreza.

Posteriormente, el capítulo 5 es el principal capítulo analítico donde tratamos a nuestro objetivo central, la influencia de la clase social en la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva. En este capítulo, además, pondremos a prueba los principales mecanismos que vinculan a cada una de las variables con nuestra variable dependiente.

Por último, en el capítulo final sintetizaremos nuestros resultados y dialogaremos con las principales hipótesis. Además, explicitaremos las limitaciones de la investigación y próximos pasos a futuros que se pueden tomar en los estudios sobre el desajuste entre la pobreza subjetiva y objetiva.

2. Diseño metodológico de la investigación

En el capítulo anterior establecimos que nuestra principal hipótesis es que la discrepancia entre la pobreza subjetiva y la objetiva está fuertemente influida por la clase social del hogar. En este capítulo se detallan las principales decisiones metodológicas de la investigación para abordar a esta hipótesis, incluyendo la descripción de datos, la unidad de análisis, la operacionalización de variables y las técnicas analíticas empleadas.

Para ello, realizaremos un análisis cuantitativo descriptivo que explore la relación entre las variables dependientes y las independientes. Posteriormente, aplicaremos modelos de regresión para evaluar el vínculo entre cada variable independiente y la pobreza, controlando por el efecto del resto de los factores incluidos en el análisis. De este modo, buscamos ofrecer una visión más precisa de las asociaciones presentes en los datos.

Este capítulo está estructurado en cuatro secciones. En la primera sección describimos en profundidad los diferentes datos que utilizaremos en la investigación. En la segunda sección, presentamos las principales decisiones respecto a la unidad de análisis. Posteriormente, a partir de los antecedentes conceptuales y empíricos, operacionalizamos los diferentes conceptos mencionados, poniendo el acento en la pobreza y la clase social. En la cuarta y última sección, reseñamos las principales técnicas de análisis que diseñamos para medir la asociación entre las variables.

2.1. Datos

Para estudiar nuestro problema de investigación necesitamos una base de datos con información de la ocupación de los habitantes, un indicador de pobreza objetiva y variables que puedan servir para analizar la pobreza subjetiva. Teniendo en cuenta estas restricciones, elegimos la Encuesta Continua de Hogares de Uruguay del año 2022 y 2023, que tiene información de un gran conjunto de variables relevantes para nuestra investigación. Esta encuesta se realiza anualmente en Uruguay para dar cuenta de diferentes estadísticas nacionales del mercado de trabajo, ingreso de los hogares y personas y de la pobreza (INE, 2021b). A ambos años los seleccionamos por dos motivos fundamentales. En primer lugar, permite consultar los datos más recientes. Por otra parte, el usar dos años permite robustecer las inferencias, al aumentar el número de muestra y la cantidad de personas por categoría.

A partir de junio de 2021, se cambió la metodología y el tipo de muestreo de esta encuesta para poder obtener indicadores laborales que tengan validez mensualmente. Antes de dicho mes, la selección de casos se guiaba en muestras mensuales independientes de hogares con una representatividad para la población de Uruguay en dicho mes. Para poder tener una mejor estimación de los indicadores del mercado laboral (especialmente, los que dan cuenta de ocupación y desocupación) se cambió el muestreo a un panel rotativo de seguimiento de un hogar cada 6 meses para luego ser remplazado.

Esta encuesta es levantada todo el año con un seguimiento por 6 meses de 2,000 hogares que van rotando mensualmente, por lo que anualmente se relevan 24,000 hogares y casi 10,000 hogares por mes. El primer mes de aplicación se releva de forma presencial un cuestionario a una persona en el hogar que recolecta información del hogar y las personas sobre los ingresos, situación ocupacional, variables sociodemográficas, educativas, etc. Los siguientes cinco meses a los hogares se les aplica un seguimiento de las variables relevantes al mercado laboral por medio de un cuestionario más corto realizado de forma telefónica. Dado que nuestro problema de investigación no contempla cómo los ciclos económicos o las temporadas afectan la pobreza objetiva y subjetiva. Por eso, utilizaremos únicamente los datos de implementación, que reflejan la medición de la pobreza y el mercado laboral. Por lo tanto, no consideraremos los cuestionarios de seguimiento, utilizando solamente información del cuestionario de implementación.

El muestreo se elaboró a partir del marco muestral del censo de viviendas, hogares y personas de 2011. Dado que entre la realización de este censo y la encuesta pasaron 11 años, existen algunos problemas relacionados con la desactualización de la cobertura censal, los cuales el Instituto Nacional de Estadística -INE, en adelante- subsana utilizando información de registros administrativos¹.

Posteriormente, el INE realiza un muestreo aleatorio estratificado con base en cuatro estratos diferentes que corresponden a un nivel geográfico (departamentos) y en segundo lugar a la cantidad de habitantes de la localidad. A partir de dicho marco muestral, se muestrea aleatoriamente, en primer lugar, a las secciones censales donde se realizará la encuesta y posteriormente, dentro de cada una de las secciones censales se selecciona al azar a las viviendas en específico (INE, 2021b).

¹ Uno de los principales sesgos es que una vivienda construida posterior a 2011 de forma informal no es incluida en el marco muestral, por lo que existe un leve sesgo de selección en favor de personas formales y con mayores recursos.

En la tabla 1, mostramos la información de cantidad de individuos y hogares finalmente relevada por año, donde la muestra cuenta en total de 110,434 personas que residen en 45,689 hogares diferentes.

Tabla 1: Cantidad de personas y hogares entrevistados en la Encuestas Continua de Hogares 2022-2023.

	2022	2023	2022-2023
Individuos	55,056	55,378	110,434
Hogares	22,895	22,794	45,689

Fuente: Elaboración propia, a partir de ECH 2022-2023.

Una de las principales ventajas en la utilización de esta base de datos es poder maximizar la validez externa. Debido al muestreo estratificado elaborado se puede generar inferencia sobre el total de hogares de Uruguay para 2022 y 2023, teniendo cobertura tanto para las zonas urbanas como rurales.

Optimizamos la validez de la medida utilizando indicadores ya probados en estudios anteriores. En el caso de nuestra variable independiente -la clase social- fue estandarizada por Solís, Chávez Molina y Cobos (2019) para varios países de América Latina entre 2012 y 2014. Mientras que, en el caso de nuestras variables dependientes, la pobreza subjetiva sigue la operacionalización realizada por el INE que tiene una inspiración en varios de las teorías de la pobreza subjetiva (Goedhart et al., 1977; Pradhan & Ravallion, 2000; Ravallion et al., 2016). Por otro lado, la pobreza objetiva se operacionaliza a partir del indicador de la pobreza por ingreso de Uruguay creada por el INE en 2006 (INE, 2006).

2.2. Unidad de análisis y unidad de registro

La decisión de la unidad de análisis es la más crucial de nuestra tesis. Generalmente, los estudios de pobreza toman como unidad de análisis al hogar, entendido como el conjunto de individuos que habitan en una vivienda y comparten un fondo común para la subsistencia². La decisión principal de observar a la pobreza a nivel de hogar tiene profundos argumentos, tanto teórica como empíricamente. Conceptualmente, los hogares tienen diferentes recursos y estrategias a desarrollar para evitar caer en la pobreza (Cortés & Rubalcava, 1991; C. H. Filgueira & Peri, 2004; Moser, 1998). Por ejemplo, un hogar puede diversificar los ingresos que tienen sus integrantes para evitar estar por debajo de la línea de la pobreza (Cortés & Rubalcava, 1991). Así mismo las propias políticas

² Por lo tanto, quedan por fuera las viviendas colectivas donde no existe necesariamente un fondo común como lo son hospitales, hoteles, cuarteles, etc.

sociales en Uruguay tienen una orientación hacia el grupo familiar, ya que, la ocupación formal de un miembro de la familia garantiza que los menores de edad del hogar y su pareja puedan acceder a la salud en Uruguay (F. Filgueira, 1998). Por lo tanto, como sintetizan Filgueira y Peri (2004), no es posible comprender las diferentes acciones individuales sin analizar las relaciones familiares y en el hogar en el que esta inserta la persona. En términos prácticos, la unidad de análisis es de nivel hogar, dado que la pobreza por el método de ingreso está medida a nivel de hogar, por lo que todos los integrantes del hogar tienen la misma condición: son pobres o no pobres.

Existen muchos argumentos a favor para que adoptemos como unidad de análisis al hogar. En consecuencia, nosotros tomaremos al hogar como unidad de análisis en los análisis de pobreza objetiva. Por ello, no nos limitaremos solamente a esta unidad, dado que la pobreza subjetiva constituye el resultado de la evaluación que una persona del hogar realiza sobre sus condiciones materiales. Sin embargo, solamente una persona del hogar es encuestada y opina sobre su pobreza subjetiva, posteriormente el valor se le imputa al resto de las personas del hogar. Esto plantea un desafío: ¿puede mantenerse el hogar como unidad de análisis si no tiene percepciones propias ni necesariamente existe un consenso interno?

Por ello, tomamos la siguiente decisión, cuando analicemos solamente a la pobreza por ingreso del hogar, tomaremos como unidad de análisis al hogar. No obstante, cuando demos el salto a analizar la discrepancia de la pobreza, focalizaremos nuestra mirada para centrarnos en la persona que respondió la encuesta.

Esto implica que cuando en el capítulo 4 analicemos los factores que llevan a que un hogar esté por debajo de la línea de pobreza, tomaremos diferentes atributos del hogar. Mientras que en el capítulo 5 que observamos la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva, miraremos las características de la persona que responde y algunas variables de composición del hogar.

Igualmente, nuestra principal variable independiente, la clase social, es un atributo de la persona. Entonces, ¿cómo haremos para describir la clase social que tiene un hogar determinado? Esto lleva a preguntarnos sobre la unidad de registro y diferentes criterios de agregación. Para ello, compararemos cuatro diferentes criterios de asignación de la clase social, relevados en la bibliografía.

Un primer criterio es el que desarrolla Fernando Cortés y Rosa María Rubalcava (1982) que utilizan la combinación de la clase social de los dos perceptores principales, esto permite que se refleje de

mejor manera la dinámica y relaciones al interior del hogar. No obstante, lo descartamos porque genera 324 categorías, lo cual, aunque ofrece mayor profundidad analítica, excede los objetivos de este trabajo. En este sentido, el objetivo principal es analizar la discrepancia entre pobreza objetiva y subjetiva con énfasis en la estructura social.

Un segundo criterio es el de quién del hogar percibe el mayor ingreso del hogar (Solís et al., 2019). Dos son las principales ventajas de la asignación de este criterio: el mayor perceptor puede ser el que posee un trabajo con menores niveles de vulnerabilidad y que tiene incluso cierta cobertura social sobre el resto (por ejemplo, la salud) y la sencillez para generar el criterio. No obstante, algunas dificultades son que el mayor perceptor puede estar inactivo al momento -donde recibe algún tipo de pensión o jubilación- por lo que no se puede clasificar en la estructura social.

Por lo tanto, un tercer criterio de asignación, para aquellos hogares donde la persona no tiene ocupación, es utilizar la información de la clase social del segundo mayor perceptor. En este caso, se replican las principales ventajas de la asignación de la clase social del hogar por mayor perceptor, mientras que disminuye el porcentaje de hogares inactivos laboralmente. La posición ocupacional formal se asocia a ciertos derechos en la salud de menores y la pareja.

Otro criterio de asignación es a partir de la persona que respondió la encuesta. En este caso, la principal ventaja es una mayor certeza de la información que da el entrevistado. En segundo lugar, se encuentra una mayor certeza que es la clase social de la propia persona que responde si considera al hogar pobre o no.

Como se puede observar en la tabla 2, el criterio de asignación de la clase del hogar no varía sustantivamente a partir de los criterios definidos. La principal diferencia radica en los hogares en los que no se asignaría clase social, en los criterios basados en mayor perceptor este es 27.8% y 24.0%, mientras que al considerar cuando una persona responde la encuesta son 10 puntos porcentuales más (37%).

Tabla 2: Clase social de los hogares por criterio de asignación en 2022-2023 (%)

	Solo principal perceptor	Con segundo mayor perceptor	Persona que responde
Grandes Patrones	3.9	3.9	2.7
Profesionales asalariados y por cuenta propia	7.7	8.0	7.0
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos	7.6	7.9	6.6
Trabajadores no manuales de rutina	7.6	8.0	7.1
Trabajadores en ventas de grandes comercios	1.2	1.3	0.9
Trabajadores en ventas de pequeños comercios	0.9	1.0	0.9
Pequeños patrones	2.8	2.9	2.4
Trabajadores independientes calificados	6.6	7.1	8.0
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)	3.2	3.5	3.7
Trabajadores independientes agrícolas	2.3	2.5	2.2
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos	8.8	9.0	5.6
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos	2.5	2.6	1.7
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos	8.6	9.0	6.7
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos	4.8	5.3	5.1
Trabajadores asalariados agrícolas	3.6	3.6	2.5
Jubilados	20.9	18.4	15.7
Desocupados o inactivos	6.9	6.0	21.3

Fuente: Elaboración propia, a partir de ECH 2022-2023.

Dado los criterios anteriormente expuestos, optamos por asignar la clase social al principal perceptor de ingresos del hogar y, en caso de que este se encuentre inactivo, se asigna la clase correspondiente al segundo perceptor. Conceptualmente, esta decisión presenta la ventaja principal de que el mayor perceptor puede extender sus beneficios materiales al resto de los integrantes del hogar. Además, partimos del supuesto de que el ingreso y el estatus ocupacional del principal perceptor constituyen los principales parámetros de referencia para la evaluación subjetiva que realiza la persona encuestada.

Por ejemplo, en un núcleo familiar compuesto por dos personas, donde una se desempeña como administrativa/o y su pareja como directiva/o de una empresa, la percepción de pobreza del hogar tenderá a vincularse más estrechamente con la ocupación e ingresos de la persona directiva que con los de quien responde la encuesta. Por otra parte, desde el punto de vista empírico, este criterio es el que permite reducir en mayor medida la proporción de hogares sin clase social asignada.

Además, en el anexo 2 expandimos los criterios utilizados presentando el cruce de dos criterios y la incidencia de la pobreza en cada uno de ellos. En cualquier caso, aunque existen diferencias,

específicamente en las clases manuales, no se encuentra, sustento diferente para cambiar la elección del criterio.

El resto de las variables de control serán desarrolladas en la operacionalización. Estos atributos, tanto del hogar como de la persona, serán repasados en la próxima sección.

2.3. Operacionalización

A partir de las consideraciones establecidas y antecedentes revisados, establecemos las siguientes variables para considerarlos.

Pobreza subjetiva

Antes de proceder a la operacionalización de la pobreza subjetiva, conviene recordar brevemente su conceptualización. La pobreza subjetiva implica un cambio de enfoque con respecto a otras conceptualizaciones de pobreza, en el cual es el propio sujeto quien evalúa cuáles son las condiciones necesarias para considerar a su hogar como pobre. Además, como se ha señalado anteriormente, esta percepción se encuentra vinculada tanto a una comparación constante con un grupo de referencia como a las condiciones materiales en las que la persona habita (Lačný, 2020; Rojas & Jiménez, 2008).

Son muchas las formas de medición de cuáles son las necesidades consideradas como fundamentales para las personas, algunas se centran en los ingresos considerados necesarios, otras en el ahorro o en la satisfacción de necesidades puntuales. En este estudio, la pobreza subjetiva se medirá a partir de la percepción de un integrante del hogar sobre si considera o no que su hogar es pobre, siendo la operacionalización similar a la elaborada por Ravallion y colegas (2016). La línea de pobreza subjetiva se define a partir del porcentaje de personas que se autodefinen como pobres. En este contexto, la medición es análoga a la práctica de consultar directamente al hogar sobre su autopercepción de pobreza. Este es un método muy fácil y comunicable que confía en la evaluación subjetiva de la persona, siendo consistente con nuestra definición.

Operativamente, los hogares que consideramos pobres subjetivos serán aquellos que la persona encuestada respondió afirmativamente a la pregunta: “¿Usted considera que su hogar es pobre?”. Varios son los principales beneficios de usar esta operacionalización (Duvoux & Papuchon, 2019). En primer lugar, la pregunta no solo remite a aspectos económicos actuales, sino que también permite observar cómo las personas expresan la vulnerabilidad de su hogar más allá del ingreso disponible en el presente, al estar formulada en un aspecto tan amplio. Otra ventaja es que es más

comprensible, ya que, se ha mostrado que en otras mediciones que usan el monto necesario de ingresos para satisfacer sus necesidades muestra poca validez en sectores rurales (Pradhan & Ravallion, 2000). Además, es una de las operacionalizaciones más utilizadas en la investigación académica, siendo usada tanto en países de América Latina (Aguado-Quintero et al., 2010; Rojas & Jiménez, 2008), como en varios países del mundo como Filipinas (Mangahas, 2002), Etiopía (Alem et al., 2014) y Francia (Duvoux & Papuchon, 2019).

Existen otras formas de operacionalizar la pobreza subjetiva. Por ejemplo, otras definiciones se basan en el promedio de los hogares que brinda el ingreso necesario para vivir decentemente (Lačný, 2020; Spicker et al., 2009), o en cuál es el ingreso mínimo necesario para satisfacer las necesidades del hogar (Goedhart et al., 1977). Ambas mediciones, intentan ampliar la línea de pobreza por ingreso al considerar la creencia de las personas.

Pobreza objetiva

La medición de pobreza objetiva clásicamente ha sido dividida en dos grandes campos, uno a partir de la medición directa y otro de la indirecta. Los métodos directos suelen medir la pobreza según la carencia de las personas con respecto a alguna conceptualización determinada. Por otra parte, los indirectos se apoyan en ciertos recursos que las personas deberían tener para adquirir los bienes y servicios indispensables para satisfacer determinadas necesidades definidas. Por tanto, ambas mediciones se vinculan con los debates sobre diferentes conceptualizaciones de desigualdad y pobreza que están por detrás (Ringen, 1988). Especialmente, los métodos directos apelan a una noción de pobreza como deprivación, es decir, la persona no cubre las necesidades socialmente consideradas como fundamentales. Alternativamente, el concepto por detrás de los métodos indirectos es la suficiencia de recursos, es decir, si una persona no tiene los recursos necesarios para alcanzar un nivel necesario de consumo socialmente establecido, se considera pobre (Ringen, 1988).

Dentro de estas dos conceptualizaciones, elegiremos a la medición indirecta de la pobreza. El principal beneficio este método es que nos permite complementar a esta medición con la pobreza subjetiva, en línea con críticas de diversos economistas (Deaton, 2001; Giarrizzo, 2009; Pradhan & Ravallion, 2000). Es decir, pretendemos usar la pobreza de ingreso para mostrar algunas de sus limitaciones y la potencialidad de complementarla con la pobreza subjetiva.

Algunas otras ventajas de la línea de pobreza son de orden práctico. Este es el método más comunicable y popular entre los antecedentes internacionales (Deaton, 2001), dada su apoyo en los

precios como base y fácil comunicación (Ravallion, 2011). Además, es el único indicador de pobreza en Uruguay oficial hasta febrero de 2025 (INE, 2025a). Desde ese mes, la medida oficial de comunicación de la pobreza es la línea de ingreso y se complementa con una medida multidimensional. Por este motivo, aunque existen algunos ensayos con métodos directos³, decidimos optar por una medida de pobreza objetiva operacionalizandola a partir del método basado en el ingreso.⁴

En Uruguay, la medición de pobreza por ingreso oficial hasta mayor de 2025 se realiza a partir de la línea de pobreza establecida en 2006⁵. Esta línea divide la población a partir de los ingresos totales de un hogar (tanto corriente como en especie) en dos líneas: la de la pobreza y la de la indigencia (INE, 2006). Para ello, es necesario conocer cómo se miden los ingresos, en qué hogares se aplica y cómo se establecen cada una de las líneas de pobreza e indigencia.

Desde 2006 se mide el ingreso según la declaración de las personas en la ECH, aunque este indicador puede no ser tan preciso⁶. Por otra parte, las líneas de pobreza e indigencia fueron elaboradas en 2006 a partir de un relevamiento sobre alimentación y preferencias, tomando como grupo de referencia al quintil que logra satisfacer las necesidades calóricas y nutricionales. A este grupo se le registraron los hábitos de consumo alimenticio y de servicios, cuyos precios se actualizan anualmente.

El precio de esta canasta se estima para cada región (Montevideo, interior urbano e interior rural) y se considera la economía de escala del hogar, por medio de un coeficiente. Estos últimos elementos son una novedad de la línea de 2006 con respecto a la metodología anterior (Brun & Colacce, 2019).

Con base a estos precios se generan dos líneas, la de pobreza y la de indigencia, la primera mide una canasta básica y la segunda una canasta básica alimentaria. Si los ingresos totales del hogar superan

³ Algunos antecedentes uruguayos parten desde el enfoque de derechos (Dirección Nacional de Evaluación y Monitoreo, 2015), otros desde la medición de Alkire y Foster (Borrás Ramos, 2015; Machado & Vigorito, 2021), así como desde la medición de las necesidades básicas (Borrás Ramos, 2023b; Calvo et al., 2013; DGEC, 1989).

⁴ Al usar esta operacionalización del concepto de pobreza objetiva, advertimos que a partir de ahora usaremos la pobreza objetiva y pobreza por el método de ingreso como sinónimos. En este sentido, no desconocemos el resto de las conceptualizaciones y mediciones de la pobreza, sino que seleccionamos esta medición dada sus ventajas prácticas para esta tesis, ya anunciadas en el cuerpo de la tesis.

⁵ Desde mediados de la década pasada, en la órbita del Instituto Nacional de Estadística se viene discutiendo la metodología 2016 que actualizaría algunos criterios de la línea de pobreza, sin embargo, todavía no ha sido presentada y no se encuentra todavía difundido el indicador (INE, 2025b).

⁶ Comparado con la encuesta de gastos e ingresos de hogares, se sostiene que la ECH subestima los ingresos en un 2%

la línea de pobreza, se categoriza como no pobre, si el ingreso está por debajo de la línea de pobreza y por encima de la indigencia se califica como pobre. Mientras que si un hogar no presenta recursos suficientes para alcanzar la línea de indigencia se denomina indigente, es decir, que los integrantes del hogar ni siquiera puede llegar a los valores calóricos necesarios (INE, 2006).

Esta medición de la pobreza no está exenta de críticas, algunas de las principales la mencionaremos en los siguientes párrafos. A nivel conceptual, primer problema es que el mismo ingreso para dos personas con diferentes estados de salud puede conducir a dos niveles de bienestar diferentes (Vigorito, 2005).

Por otra parte, algunos autores argumentan que la línea de pobreza está dada por la exclusión al acceso a recursos que no necesariamente son mercantilizables (CONEVAL, 2014; Ringen, 1988), el caso típico es la educación, donde el 85% de los jóvenes de Uruguay acuden a establecimientos públicos (DIEE-ANEP, 2022) o de alimentación en las zonas rurales.

Clase social

La clase social es uno de los conceptos fundamentales de la sociología; sin embargo, no existe consenso en torno a su definición operativa. Dos son las principales definiciones operativas: (I) la marxista que pondera la posesión de los medios de producción (Marx, 1981; Wright, 1995) y (II) la weberiana que jerarquiza la posición de la persona en el mercado laboral (Erikson & Goldthorpe, 1992; Weber, 2002). Aunque las mediciones contemporáneas de ambas definiciones tienen pocas diferencias al medir la distribución de clase (Solís, 2016), la conceptualización weberiana ha sido claramente la triunfadora. De forma concisa, para Goldthorpe (2012) se puede definir a la clase social como las relaciones sociales conformadas a partir de las posiciones en los mercados de trabajos y las unidades productivas.

Por estos motivos, para la clase social se utilizará el modelo elaborado por Solís, Chávez Molina y Cobos (2019) que utiliza el modelo CARMIN de Erikson y Goldthorpe (1992) -también llamado EGP por las siglas de sus creadores Erikson Goldthorpe y Portocarrero- pero incorpora elementos típicos del mercado de trabajo latinoamericano como lo es la informalidad. Al igual que el modelo descripto por Erikson y Goldthorpe se toma en cuenta la ocupación medida por el manual de clasificación

internacional de ocupaciones en 1988⁷ -ISCO 88 en adelante por sus siglas en inglés- elaborada por la Organización Internacional del Trabajo y la posición en el mercado de trabajo (patrón, autoempleado o empleado).

La principal distinción de este modelo de clase, en comparación con otros, es la inclusión del tamaño de la empresa para estimar las situaciones de informalidad y vulnerabilidad. Esto permite aproximarse a la heterogeneidad estructural característica de América Latina, donde coexisten un sector productivo caracterizado por grandes empresas que garantizan derechos laborales, pero está limitado a una pequeña proporción de personas, y un sector informal más amplio y de baja productividad, que conlleva una mayor vulnerabilidad en relación con los derechos sociales. Esto tiene el objetivo de observar la informalidad característica en los mercados de trabajo en América Latina, a partir del tamaño de empresas (CEPAL, 2010). Operativamente, consideramos a las grandes empresas como todas aquellas en la que trabajan más de 10 personas.

Otro cambio realizado por los autores, en contraposición con el modelo original, es presentar una diferencia entre los trabajadores independientes según su calificación para observar la diferencia de condiciones laborales. Por último, también se descompone la clase de servicios (clase I) para analizar la diversidad de situaciones de concentraciones de poder entre grandes patrones y profesionales.

Como resultado obtenemos una variable que sintetiza la posición ocupacional en quince categorías diferentes: I.a. Grandes Patrones, directivos de alto rango y profesionales con empleados, Ib. Profesionales asalariados y por cuenta propia, II. Administradores de grado inferior, profesionales y administradores, IIIa. Trabajadores no manuales de rutina, IIIb+. Trabajadores en ventas de grandes comercios, IIIb-. Trabajadores en ventas de pequeños comercios, IVa. Pequeños patrones, IVb+. Trabajadores independientes calificados, IVb-. Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas), IVc. Trabajadores independientes agrícolas, V+VI+. Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos, V+VI-. Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos, VIIa+. Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos, VIIa+. Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos y IVc. Trabajadores asalariados agrícolas.

A diferencia del antecedente de Solís y colegas (2019), no nos limitaremos al universo de los ocupados, sino que también incorporaremos a los hogares donde los mayores perceptores son

⁷ Uruguay codifica las ocupaciones siguiendo ISCO 08, no obstante, para una mayor facilidad y siguiendo los procedimientos sugeridos por Ganzeboom y Treiman (1996), estos códigos fueron transformados a formato ISCO 88.

jubilados o desocupados. De esta forma, agregaremos dos nuevas categorías: jubilados y sin ocupación al momento.

La aplicación de este modelo plantea una serie de ventajas frente a otras propuestas de clase social. En primer lugar, nos muestra una mayor heterogeneidad de condiciones al interior de las clases sociales, tomando como punto de partida a la informalidad y la calificación, siendo una perspectiva que se ajusta en mayor medida a la heterogeneidad estructural del mercado de trabajo latinoamericano. Por lo que, esta conceptualización de la clase nos sirve para definir la pobreza subjetiva según la ocupación y resaltar el rol de la informalidad, comparando con la misma ocupación en el mismo sector productivo, pero con otros beneficios sociales.

Hasta aquí describimos a nuestras variables dependientes y nuestra variable independiente principal. En los siguientes párrafos detallaremos algunos factores de control que serán incluidos en los capítulos posteriores.

Ingresos

En los modelos de discrepancia de pobreza subjetiva y objetiva como forma de acercarnos al ingreso del hogar y qué necesidades satisfacen utilizaremos la distancia con respecto con la línea de pobreza. Para ello, inspirados en las críticas propuestas por el modelo de Foster, Greer y Thorbecke (1984), aunque no siguiendo su planteamiento, descomponemos el ingreso total del hogar, según su distancia a la línea de pobreza.

De esta forma, los hogares las categorías son: (I) el ingreso no llega al 75% del valor de la línea de pobreza; (II) ingreso igual o mayor al 75% valor de la línea de pobreza, pero menor a esta; (III) ingreso igual o mayor a la línea de pobreza, pero menor al 50% de esta; (IV) el ingreso del hogar es mayor o igual al 150% de la línea de pobreza, pero menor al 200% de esta; y (V) el ingreso del hogar es mayor al doble del valor de la línea de pobreza. Por lo tanto, incluyendo esta medida tendremos una forma de controlar por la distancia a la línea de la pobreza de cada uno de los hogares. Cabe aclarar, que no se usó la línea de indigencia 2006, ya que solamente 0.2% de los hogares en 2022 y 2023 se encontraban por debajo de esta, siendo poco precisa para demarcar el ingreso de los hogares.

Sexo

El sexo será una de las variables de control para controlar la relación entre la clase y la pobreza. La construcción de la variable cambia dependiendo de la hipótesis que se establezca.

Dado que la unidad de análisis es el hogar, una forma de abordar el análisis de la pobreza por ingresos consiste en imputar al conjunto del hogar los valores del principal perceptor. Si bien esta estrategia puede presentar ciertos beneficios, también plantea problemas en términos de validez interna. En particular, cabe señalar que en un hogar puede haber múltiples perceptores, y no resulta evidente que los atributos de la persona con mayores ingresos deban ser extrapolados al resto de los integrantes.

Por ello, tomaremos dos diferentes medidas para observar la variable. En primer lugar, utilizaremos la proporción de mujeres perceptoras en el hogar para evaluar si una mayor composición de perceptoras mujeres del hogar está asociada a mayores niveles de pobreza. Una operacionalización similar fue realizada por Cortés (1997) donde divide a los hogares dependiendo de si los ingresos son recibidos exclusivamente por varones, mujeres o ambos.

Por otra parte, para analizar la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva, veremos si la persona que responde la encuesta nació como varón o mujer. La razón de esta operacionalización es observar si las mujeres tienen diferentes percepciones sobre la pobreza que los varones.

Este criterio se basa en el concepto de sexo biológico. En consecuencia, se pierde la varianza de las diferentes identidades de género, donde tanto hombres como mujeres trans muestran mayor vulnerabilidad socioeconómica y situaciones de violencia que pueden impactar en su percepción de pobreza subjetiva. Estamos conscientes de estas limitaciones, pero no contamos con información más desagregada.

Ascendencia étnico racial

La ascendencia étnico racial será otra variable que tendremos en cuenta en nuestros análisis. Al observar la distribución de las variables podemos conocer que, aparte de la ascendencia blanca, la segunda categoría con mayor peso relativo en la población es la afro con un 4.43% y en tercer lugar indígena con un 1.33%. Por lo tanto, dado el bajo peso relativo, solamente se contemplará a la categoría de afrodescendiente en el análisis versus el resto de las categorías.

Para operacionalizar la ascendencia étnico racial operaremos de similar forma al sexo de la persona, por las mismas razones que fueron argumentadas anteriormente. Al responder las preguntas de investigación sobre los factores asociados a la pobreza objetiva de los hogares, consideraremos la proporción de personas que perciben ingresos del hogar que se adscribieron como

afrodescendientes. De esta forma, guardaremos concordancia con nuestra unidad de análisis del hogar.

Mientras que, para analizar la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva, mediremos si la persona que responde la encuesta se declara afrodescendiente o no. Por lo que podremos acercarnos a observar si la autoadscripción de la persona como afro genera una diferente visión sobre la evaluación de la pobreza, en comparación con los no afro. De esta forma, se podría dar cuenta diferentes componentes de racismo en la percepción de pobreza.

Edad

Siguiendo a la hipótesis rival establecida, a nosotros nos interesa la edad como posible atributo del entrevistado en la conformación de grupos de referencia. Por ello, mediremos la variable a partir de la cantidad de años cumplidos del entrevistado.

Por lo que, en este caso, no incluimos esta variable en los análisis de determinantes de la pobreza objetiva en el hogar. Al incluir variables agregadas de la edad de los habitantes del hogar como: la proporción de menores de edad o el promedio de edad del hogar, las variables mostraban problemas de multicolinealidad con la variable construida de cantidad de perceptores, que se argumentará más adelante.

Escolaridad

Para la operacionalización de la escolaridad, y dado que el hogar es nuestra unidad de análisis, la medimos como el promedio de años de educación formal finalizados por todos los integrantes del hogar que perciben ingresos. Excluimos expresamente a los menores de edad, ya que es probable que aún estén cursando la educación formal obligatoria.

Además, de esta forma podremos contrastar con la clase social del hogar, tal como fue avanzado en el capítulo anterior. De esta forma, podremos controlar, la clase social del hogar con la escolaridad de sus miembros.

Región de residencia

En las hipótesis planteamos la importancia que tendría la región en la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva como punto de partida en la conformación de diferentes grupos de referencia.

Por lo tanto, dado que existen 19 departamentos, agruparemos a estos en siete regiones siguiendo a CLAEH / CINAM (1963) que las define con base en un criterio del tipo de producción económica: (I) noreste, (II) suroeste, (III) litoral, (IV) este, (V) centro, (VI) Montevideo y (VII) Canelones. De esta forma, el criterio de este antecedente es la conformación de regiones unidas por el tipo de sector económico que emplean. Aunque este antecedente ya tiene 60 años, hasta la actualidad, estas regiones muestran diferentes patrones de diferencia en la prevalencia de la pobreza (Fernández et al., 2023).

Perceptores del hogar

Por último, se incorpora otra variable de control, la cantidad de perceptores en el hogar. Esta variable es relevante, ya que una estrategia habitual para incrementar el ingreso total del hogar consiste en aumentar el número de personas que contribuyen económicamente (Cortés, 1997). De esta forma, a pesar de que la literatura de pobreza subjetiva no señala a esta variable como mecanismo de control ni la hemos incorporado en las hipótesis, la hemos decidido incluir, dada su importancia en los determinantes de la pobreza.

No obstante, para interpretar adecuadamente esta variable, debe considerarse en relación con el tamaño del hogar. Por ejemplo, un hogar de seis integrantes depende relativamente más de dos perceptores que un hogar de cuatro. Por ello, inspirados en un artículo de Cortés (1997) sobre determinantes de la pobreza elaboramos un índice de dependencia que indica cuál es la proporción del hogar que percibe ingresos.

2.4. Técnicas de análisis

En esta sección presentaremos las principales técnicas de análisis para ser desarrolladas en la presente tesis. Las técnicas de análisis serán escogidas dependiendo de las necesidades para poder cumplir los objetivos trazados en el capítulo 1.

En el capítulo 4 donde nuestros objetivos son la descripción de la evolución de la discrepancia de la pobreza y estructura social en Uruguay y explorar su relación con la pobreza usaremos diferentes técnicas de análisis estadístico descriptivo como proporciones, promedios y razones. Esto permitirá una primera aproximación a la pobreza subjetiva y objetiva, tanto de forma conjunta como independiente, y su relación con la estructura social.

La otra técnica que emplearemos será la regresión logística binomial. Estos modelos permiten acercarnos a la asociación cuando la variable dependiente es dicotómica, en nuestro caso: el

mismatch de pobreza subjetiva y objetiva. Los modelos logísticos permiten conocer la probabilidad de que se experimente un suceso frente a que no suceda, dado los valores de un conjunto de variables independientes (Long & Freese, 2014). De esta forma, podemos conocer en qué medida la clase social del hogar incide en la discrepancia de la pobreza subjetiva y objetiva, controlando por el resto de las variables independientes.

A nivel general, este modelo es una variante del modelo lineal generalizado. A grandes rasgos, estos modelos se caracterizan por tener tres componentes: (I) un componente sistemático, donde se especifica el conjunto de variables independientes que tiene relación con Y, (II) un componente aleatorio que asigna el tipo de distribución que adopta el modelo y (III) el vínculo entre el componente aleatorio y sistemático que da cuenta de cuál es la transformación necesaria para vincular E(Y) con las variables independientes (Agresti, 1996).

En el caso de los modelos logísticos binomiales, el vínculo es el logito, que se expresa como el logaritmo natural de que suceda un hecho frente a que no suceda $\ln\left(\frac{\mu}{1-\mu}\right)$. En términos clásicos, la ecuación que es utilizada es la siguiente, donde la parte izquierda es definida por el logito -ya descrito anteriormente- y la parte derecha por los factores que se hipotetizan que están asociados con la variable dependiente. Al estudiar ese lado de la ecuación, entendemos que α expresa el valor del logito cuando el valor de todas las variables es 0, β es la magnitud de cada uno de los coeficientes considerando un determinado valor de la variable y u_i es la nominación del error.

$$\ln\left(\frac{\mu}{1-\mu}\right) = \alpha + \beta x_1 + \dots + \beta x_n + u_i$$

Ahora bien, la interpretación de los coeficientes cuando el vínculo es un logaritmo puede ser confusa, por la propia naturaleza del logaritmo. Por lo que usaremos la ecuación donde los coeficientes se fueron transformados como se muestra, a continuación.

$$\frac{\pi|x}{1-\pi|x} = e^{\alpha} * e^{\beta x}$$

La principal diferencia es que, al haber transformado la parte derecha de la ecuación en exponentes, se puede extraer el logaritmo de la parte izquierda. Esto deja una interpretación más sencilla, en la que se interpreta el cambio multiplicativo de los valores de β generan un cambio en las chances de que suceda un evento frente a que no suceda. De esta forma, utilizamos los odds ratios -OR, en adelante- que tienen un límite inferior de 0. Los OR se interpretan de la siguiente forma, cuando el

OR es igual a 1 representa la independencia estadística, ya que $e^0=1$. OR mayores a unos se interpretan que el aumento de la variable independiente está asociado positivamente con la variable dependiente, dejando constante el resto de las variables. Mientras que OR menores a 1 representan una menor chance de que suceda el evento (Long & Freese, 2014).

El modelo logístico usado para nuestro modelo incorporará las variables mencionadas en la operacionalización. De esta forma, la ecuación que utilizaremos será la siguiente:

$$\frac{\pi|x}{1 - \pi|x} = e^{\alpha} * e^{Clase\ social(x)} * e^{escolaridad(x)} * e^{sexo(x)} * e^{afro(x)} * e^{suroeste(x)} * e^{litoral(x)} * e^{noreste(x)} * e^{este(x)} * e^{centro(x)} * e^{índice\ de\ dependencia(x)}$$

Para testear la hipótesis de la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva, nuevamente usaremos la regresión lineal logística. Como la pobreza subjetiva -al ser una percepción- puede ser originada por las condiciones materiales de una persona, haremos dos regresiones logísticas. La primera será sobre la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva en hogares que están por debajo de la línea de pobreza. Mientras que la segunda regresión se enfoca en el mismatch de pobreza en los hogares que no fueron identificados como pobres por el método del ingreso. La justificación de cada una de las regresiones se realizará en dicho capítulo.

3. Exploración de la pobreza y la estructura social en Uruguay

En este capítulo nos proponemos dos objetivos. En primer lugar, haremos un repaso de los principales antecedentes nacionales sobre la discrepancia de pobreza subjetiva y objetiva y la estratificación social. Esto nos ayudará a marcar desde dónde nos posicionamos y entablar diálogo con los diferentes antecedentes que trabajaron sobre la temática. A partir de estos antecedentes pretendemos describir a nuestras dos variables dependientes (pobreza objetiva y subjetiva) y la estructura social de Uruguay, lo que nos permitirá contextualizar su evolución en el tiempo. De esta forma, pretendemos conocer el caso uruguayo y enmarcarlo en cuáles son sus diferencias y semejanzas con el resto de los países de la región.

En segundo lugar, exploraremos la relación entre la clase social del hogar y la pobreza, tanto objetiva como subjetiva. Esto nos dará un panorama general desde dónde partimos, así como para presentar nuestras variables dependientes y la variable independiente principal, las clases sociales.

3.1. La pobreza de los hogares uruguayos

Antes de analizar la discrepancia de la pobreza subjetiva y objetiva, repasaremos algunos de los principales antecedentes que han analizado la evolución de la pobreza en las últimas décadas en Uruguay. Esto servirá para reforzar los principales hallazgos y contextualizarlos en un contexto histórico y nacional determinado.

3.1.1. Evolución de la pobreza por método de ingreso

En Uruguay la pobreza no fue un tema de interés social hasta la salida de la dictadura cívico-militar (1973-1985) que trajo una mayor esperanza de equidad social (Filardo, 2019; Katzman, 2001). En este período se crearon las primeras mediciones de pobreza, tanto de Necesidades Básicas Insatisfechas (DGECE, 1989) como de ingresos (Brun & Colacce, 2019).

Los estudios sobre pobreza en Uruguay comenzaron a adquirir una mayor relevancia a partir de la crisis económica de 2002. La crisis produjo un aumento de la pobreza sin antecedentes a nivel nacional, en cifras, la incidencia de la pobreza en personas pasó de un 25% en 2001 a un 40% en 2004 (Amarante & Vigorito, 2007; Brun & Colacce, 2019; Salas & Vigorito, 2021). Fueron tantas las implicaciones de esta crisis que es considerada una de las crisis más importantes en la historia del país (Salas & Vigorito, 2021).

Desde 2005, con la llegada de la izquierda al poder se impulsaron iniciativas como el Plan de Atención Nacional a la Emergencia Social, la restauración de los Consejos de Salario, el aumento del salario

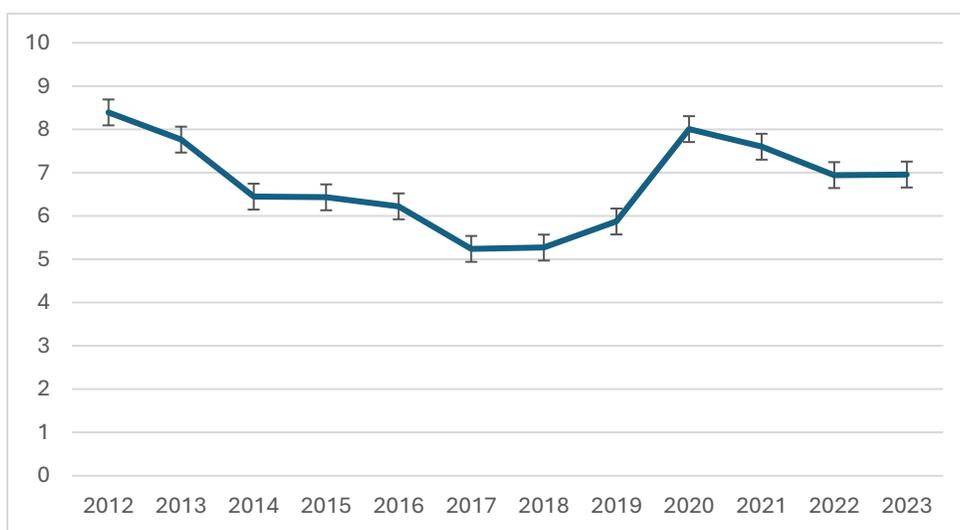
mínimo y un aumento de la actividad y empleo. Todas estas medidas repercutieron en una reducción de la pobreza. Esta reducción se concentra especialmente entre 2006 y 2010 cuando la pobreza de ingreso de las personas se redujo de un 34.3% a un 18.7%, siendo una reducción de 46% en solamente cuatro años (Brun & Colacce, 2019).

La recuperación económica ha beneficiado especialmente a hogares en áreas rurales y a personas mayores. Por el contrario, los hogares dirigidos por mujeres han experimentado una menor recuperación en comparación con los dirigidos por hombres (Amarante & Vigorito, 2007).

Posteriormente, a partir de 2015 hasta 2020, la pobreza por método de ingreso se mantiene estable entre un 8% y 9% (Brum & De Rosa, 2021). Esta estabilidad se muestra claramente en el gráfico 1, donde presentamos la evolución de la pobreza de los hogares en los últimos diez años. A grandes rasgos, se muestra pocos cambios en el indicador con variaciones que oscilan entre los 3 y 4 puntos porcentuales en la pobreza de los hogares en el período estudiado.

A pesar de esta estabilidad mencionada, se puede distinguir algunas etapas en la pobreza de los hogares. Una primera etapa es la comprendida entre 2012 y 2014, donde año a año se observa una disminución significativa de la pobreza por ingreso de los hogares, pasando de un 8.4% de los hogares pobres en 2012 a un 6.4% en 2014. Luego de que no se muestren cambios significativos en la pobreza de los hogares entre 2014 y 2016, en 2017 vuelve a disminuir la pobreza para alcanzar el mínimo de la década ubicándose en 5.3%.

Gráfico 1: Evolución de la pobreza por el método de ingreso de los hogares uruguayos en los últimos diez años (%).



Fuente: Elaboración propia a partir de microdatos de la Encuesta Continua de Hogares 2012-2023.

A partir de 2019, se constata un aumento en la pobreza de los hogares, ubicándose en casi un 6% para ese año. Esta cifra aumenta al 8% en 2020, como consecuencia de la crisis económica provocada por la pandemia de COVID-19. Si analizamos este hallazgo en términos de personas, esta cifra es mucho mayor, donde en 2020 y 2021 alrededor de un 11% de la población se encontraba en situación de pobreza según el método de ingreso, siendo un crecimiento de tres puntos porcentuales al compararlo con el período anterior a 2020 (Brum & De Rosa, 2021; INE, 2021a, 2022).

Tras este pico, la pobreza comienza a disminuir a partir de 2021, manteniéndose estable entre 2022 y 2023. Como se estableció en el capítulo 2, estos dos últimos años corresponden a nuestro período de estudio. Ambos años son especialmente relevante para nuestro análisis, ya que coincide con la aplicación de la medición de la pobreza subjetiva, razón por la cual constituye nuestro marco temporal de referencia.

3.1.2. La discrepancia de la pobreza subjetiva y objetiva en Uruguay

En esta sección, nos abocaremos a describir la discrepancia de pobreza objetiva y subjetiva en Uruguay, y contrastarlo con algunos estudios antecedentes internacionales y uruguayos.

La magnitud del mismatch entre la pobreza subjetiva y objetiva es uno de los temas más estudiados entre los investigadores enfocados en la pobreza subjetiva. Según estimaciones recientes en 28 países europeos, en promedio, la incidencia de la pobreza subjetiva es un 50% mayor a la reportada por los indicadores de ingreso. Aunque existen diferencias importantes al analizar entre países, en todos los casos, la proporción de pobres subjetivos siempre es mayor a la estimada por el método del ingreso (Želinský et al., 2022).

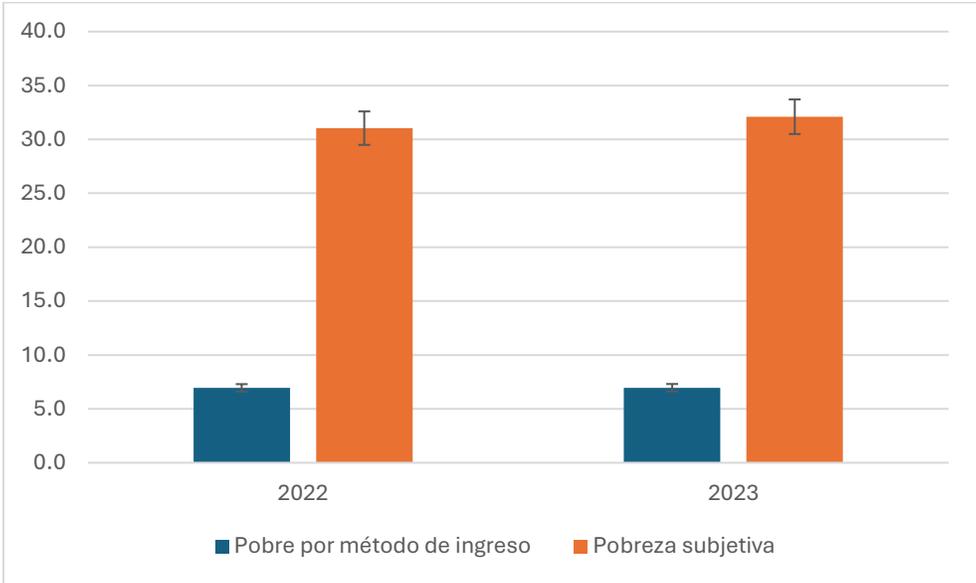
Esta tendencia se presenta también en América Latina. De hecho, en un estudio reciente Amarante, Colacce y Scalese (2024) observan que en Brasil, Colombia, Ecuador, El Salvador, Paraguay, Perú y Uruguay, la pobreza subjetiva siempre es mayor a la pobreza objetiva. En este sentido, los países que muestran una mayor pobreza subjetiva son El Salvador y Colombia, que aproximadamente 6 de cada 10 encuestados considera que los ingresos de sus hogares no fueron suficiente para la satisfacción de sus necesidades. Por el contrario, los países que presentan una menor proporción de hogares considerados como pobres subjetivos son Uruguay y Brasil, siendo cercanos a un 30% de los hogares (Amarante et al., 2024).

Para Uruguay, estos datos fueron recolectados en 2017. En 2022 y 2023, la discrepancia de la pobreza no muestra grandes cambios con respecto a 2017. Como se puede observar en la gráfica 2,

el 7% de los hogares está por debajo de la línea de pobreza, mientras que un 31% de los hogares pobres fueron identificados como pobres por su referente. Además, la pobreza tanto por ingreso como subjetiva se mantuvo estable entre 2022 y 2023, por lo que no existen diferencias significativas entre ambos años.

Esto refuerza la posibilidad mencionada en el capítulo metodológico de considerar a los años 2022 y 2023 como un único período, dado que no se registran diferencias en la pobreza subjetiva ni en la medida de pobreza por ingresos de los hogares. Además, como veremos más adelante, tampoco se observan cambios en la distribución de las clases sociales.

Gráfico 2: Proporción de pobreza subjetiva y objetiva de los hogares uruguayos en 2022 y 2023.



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023.

Ahora bien, lógicamente, una persona puede considerar a su hogar como pobre, al estar inserto en un hogar con recursos insuficientes para satisfacer las necesidades. De hecho, entendemos que toda percepción está anclada en una situación material determinada (Rubalcava & Salles, 2001), como avanzamos anteriormente, al definir la pobreza subjetiva. Por esto en la tabla 3, presentamos la proporción de hogares que la persona que respondió la encuesta, según si el hogar es pobre o no en los años 2022 y 2023.

Tabla 3: Distribución de la tipología de pobreza por año de los hogares (%).

	2022		2023	
	No pobre subjetivo	Pobre subjetivo	No pobre subjetivo	Pobre subjetivo
Hogar no pobre por método de ingreso	72.3	27.7	71.1	28.9
Hogar pobre por método de ingreso	24.8	75.2	25.4	74.6
Total	69.0	31.0	67.9	32.1

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023.

En esta tabla, no observamos diferencias sustantivas en los dos períodos considerados en la pobreza subjetiva. Podemos observar que, en la mayoría de los entrevistados, existe una concordancia entre la percepción de las personas y la situación económica capturada por la pobreza del hogar con el método de ingreso. En cifras, en ambos años, tanto en hogares pobres como no pobres, tres cuartas partes de los encuestados tienen la misma evaluación subjetiva de la situación del hogar que la identificación de la pobreza por ingreso. De esta forma, se refuerza que la pobreza subjetiva es una percepción basada en una situación material determinada, donde en general coincide la percepción con la identificación de pobreza realizada por el método de ingreso.

En cambio, solamente un cuarto de las personas que viven en hogares que están por debajo u encima de la línea de pobreza muestra que expresan un mismatch entre la pobreza subjetiva y objetiva. En cifras, un 27.7% de los hogares que están por encima de la línea de pobreza en 2022 fueron identificados como pobre subjetivo por la persona que respondió la encuesta, en 2023 no hay diferencias significativas ubicándose esta estimación en los 28.9% de los hogares. Por otra parte, en los hogares pobres según el método del ingreso, un 24.8% de los individuos no consideran pobre a su hogar en 2022, esta cifra no sufre un aumento significativo en 2023 y se ubica en el 25.4%.

Dicha discrepancia es similar a la mostrada por otros países de la región como Brasil y Colombia, donde también el mismatch entre la pobreza subjetiva y objetiva es cercana a los 20 puntos porcentuales (Amarante et al., 2024). Por lo que Uruguay no presenta un caso excepcional en el mismatch de pobreza subjetiva frente al resto de países de la región.

3.2. La estructura social uruguaya

En la sección pasada describimos a la pobreza objetiva y subjetiva, tanto de forma separada como en su mismatch. En este apartado nos abocaremos a describir la otra variable importante de nuestro estudio, la clase social del mayor perceptor de los hogares. Para ello, presentaremos los principales antecedentes que dan cuenta de la estructura social en Uruguay que nos servirá para contextualizar nuestros análisis.

Al revisar los antecedentes de descripción de estructura social de Uruguay podemos retrotraernos hasta la década de los sesenta, donde el país vivió una década de estancamiento económico y conflictividad social. Recién se vuelve a realizar estudios de movilidad y estructura social en los años noventa con los trabajos de Boado que empiezan a aplicar el esquema Erikson Goldthorpe y Portocarrero -EGP- para el caso uruguayo (Boado, 2016).

Este autor compara la estructura de clase de la capital de Uruguay -Montevideo- en 1996 y 2010 usando las adaptaciones realizadas por el autor y Solís para América Latina (Boado, 2016). Dado que Montevideo tiene una escasa población rural, el investigador no incluyó a las clases agrícolas como los pequeños propietarios (clase IVc) y a los asalariados rurales (VIIb).

En 1996, el autor muestra una estructura donde las categorías modales son los trabajadores de la clase de servicios (23.3%) y los trabajadores no manuales de rutina (24.7%), siendo el resto de las categorías cercanas al 20%.

Tabla 4: Distribución de la clase de los ocupados en algunos estudios antecedentes uruguayos (%)

	Boado 1996 (solo Montevideo)	Boado 2010 (solo Montevideo)	Vanoli 2013 (nacional)
I+II Clase de servicio	23.3	26.5	17.6
III a+b No manual de rutina	24.7	20.3	19.0
IV a+b Independientes no agrícolas	13.5	13.9	10.3
IVc Pequeños propietarios agrícolas	-	-	2.7
V+VI Manuales calificados y semi calificados	19.3	13.9	17.6
VIIa Manuales de baja calificación	19.3	25.5	29.1
VIIb Asalariados agrícolas	-	-	3.8

Fuente: Extraído de Boado (2016) y Vanoli (2021).

Casi 15 años más tarde, el autor reporta diferencias significativas en la estructura social montevideana (Boado, 2016). En este sentido, se observa un crecimiento de la clase de servicio y de los trabajadores manuales de baja calificación, cada una de estas clases, acumula aproximadamente a una de cada cuatro personas ocupadas. Por otra parte, los trabajadores no manuales de rutina y los trabajadores manuales calificados y semi calificados experimentan una reducción significativa. En cifras, en 2010 la clase de manuales calificados y semi calificados es de 13.9%, mientras que en 1996 era de 19.3%.

Una de las principales limitaciones de este trabajo es que está acotado a Montevideo, que puede tener diferencias con el resto del país por su carácter de capital nacional. Por ello, a partir de una encuesta longitudinal nacional realizada en 2013, Vanoli (2021) analiza la movilidad social de varones

y mujeres uruguayos. Así, la estructura social que da cuenta la autora es ligeramente diferente a la reportada por Boado. La clase modal son los trabajadores manuales de baja calificación que acumula el 29.1% de la población uruguaya. La clase de trabajadores no manuales de rutina aglutina el 19% de las personas ocupadas, a esta clase le siguen los ocupados de la clase de servicios y los trabajadores manuales calificados y semi calificados, en las que cada una aglutina el 17.6%.

Usando otra adaptación del esquema EGP que incorpora aspectos como la informalidad del mercado laboral latinoamericano y la descomposición de la clase de servicios en patrones y profesionales., Solís, Chávez Molina y Cobos (2019) describen la estructura de clase de las personas en edad de trabajar de algunos países de América Latina (Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, El Salvador, México, Nicaragua, Perú y Uruguay). Esta tabla será replicada en el anexo 1.

Al comparar el caso uruguayo con el resto de los países de América Latina los autores observan que este país tiene una estructura de clase similar a la que tienen los países del Cono Sur: Argentina y Chile (Solís et al., 2019).

La principal característica de estos tres países es que presenta una mayor proporción de personas en la clase de servicio, que representa a un quinto de la población de cada uno de los países, aproximadamente. Otra característica es una menor informalización, siendo de 26% en Argentina, 15% en Chile y 21% en Uruguay. A su vez, la proporción de personas en las clases agrícolas son las menores comparando con el resto de los países de la región.

Para estudiar la estructura social, utilizaremos el mismo modelo de clases sociales y la misma base de datos empleada por Solís y colaboradores (2019). Esto nos permite actualizar los datos extraídos por el antecedente mencionado. Por ello, en esta sección, aplicaremos su modelo de estructura de clase en Uruguay desde 2012 hasta 2023 cubriendo once años con intervalos entre dos y tres años para las personas en edad de trabajar (15 a 64 años).

Además de actualizar los datos presentados por Solís et al. (2019), este análisis tiene como propósito evaluar la validez de la medida de clase social utilizada. En este sentido, si para el año 2014 —año en que se centra el estudio de Solís y colaboradores— los resultados difieren significativamente de los reportados por el antecedente, ello indicaría posibles problemas en la construcción de nuestra medida.

Como se puede observar en la tabla 5, encontramos cierta estabilidad en la estructura socio ocupacional en el período estudiado. Esto implica, por una parte, la ausencia de factores que puedan

haber realizado un cambio radical de la estructura de clases uruguaya. Por otra parte, la validez de nuestra medida queda explícita en que para el año 2014, los resultados que nosotros obtuvimos son los mismos que los reportados por Solís, Chávez Molina y Cobos en su artículo (2019), como se puede comparar con la tabla presente en el anexo 1.

A nivel general, ninguna diferencia es mayor a los dos puntos porcentuales al considerar las distancias entre 2012 y 2023. Es importante destacar tres observaciones. En primer lugar, la mayor disminución se da en los trabajadores manuales no calificados en pequeñas empresas –1.5 puntos porcentuales comparando 2012 con 2023-, lo que puede estar considerando una disminución de la informalidad en los últimos diez años (Amarante & Gómez, 2016) o un cambio a los trabajadores independientes que también reportan un aumento en el período estudiado, como veremos más adelante.

Tabla 5: Distribución de las clases sociales de los ocupados entre 15 y 64 años en Uruguay 2012-2023 (%).

	2012	2014	2016	2019	2022	2023
Grandes patrones, directivos de alto rango y profesionales con empleados	3.0	3.1	3.3	3.4	3.7	4.0
Profesionales asalariados y por cuenta propia	7.5	7.7	8.3	8.6	10.0	9.3
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos	9.5	9.9	9.8	10.3	10.4	10.4
Trabajadores no manuales de rutina	12.9	13.0	12.7	12.5	12.4	11.8
Trabajadores en ventas de grandes comercios	2.1	2.0	1.9	1.9	2.0	1.8
Trabajadores en ventas de pequeños comercios	2.8	2.4	2.5	2.1	2.0	2.0
Pequeños patrones	3.9	3.6	3.4	3.1	3.2	2.8
Trabajadores independientes calificados	9.2	9.2	9.6	10.1	10.5	10.7
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)	4.8	4.7	5.3	5.4	5.2	5.3
Trabajadores independientes agrícolas	2.5	2.7	2.9	3.2	2.9	3.1
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos	10.5	10.7	10.6	9.8	9.5	9.6
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos	4.3	4.2	4.0	3.8	3.5	3.8
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos	12.1	11.8	11.7	11.6	11.8	11.9
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos	10.5	10.1	9.7	9.9	8.3	9.0
Trabajadores asalariados agrícolas	3.0	3.1	3.3	3.4	3.7	4.0

Fuente: Elaboración propia a partir de microdatos de la Encuesta Continua de Hogares 2012-2023.

En segundo lugar, los profesionales por cuenta propia y asalariados también han aumentado 1.8 puntos porcentuales en el período estudiado. Esto puede ser, ya que las generaciones más jóvenes son proporcionalmente más educadas que las cohortes mayores (Cardozo Politi, 2018; Cardozo Politi & Menese Camargo, 2019), por lo que es esperable encontrar a más personas ocupadas en puestos profesionales. Además, los grandes patrones también muestran un aumento sostenido de un punto

porcentual. Por lo tanto, se da un crecimiento de la clase de servicios bajo esta medición, coincidiendo con la tendencia mostrada por Boado (2016).

En tercer lugar, observamos un incremento sostenido en las categorías de los trabajadores independientes. En este sentido, los trabajadores independientes calificados aumentan en un 1.5 punto porcentual entre 2012 y 2023, los no calificados aumentan solamente 0.6 puntos porcentuales y en una razón similar los trabajadores independientes agrícolas. Esto puede dar cuenta de un proceso de tercerización laboral en el mercado uruguayo y un mayor estímulo a los trabajadores de generar puestos laborales sin necesidad de una relación de dependencia fomentando la idea de “ser tu propio jefe”. Cabe destacar que cuando sumamos a las categorías que clásicamente son los trabajadores independientes y pequeños patrones, estas muestran un crecimiento en comparación con los resultados reportados por Vanoli (2021), esto se puede deber a utilizar un esquema de clases diferente al que nosotros aplicamos.

En consecuencia, las categorías que experimentaron una mayor reducción son los trabajadores manuales y los trabajadores no manuales de rutina. Se pueden mencionar dos mecanismos sobre la reducción de los trabajadores manuales, en primer lugar, una reducción de los trabajadores manuales para integrar a las ocupaciones independientes, dado el crecimiento de los trabajadores independientes. De hecho, Boado (2016), identifica que la clase de trabajadores independientes y pequeños patrones (clase IVa+b) provienen generalmente de trabajadores manuales no calificados. Por otro lado, otro mecanismo es el aumento en la tecnificación del trabajo que conlleva a una reducción de las tasas de empleo de estas ocupaciones.

Al analizar entre los trabajadores manuales, analizamos que la mayor reducción entre 2012 y 2023 se da en los trabajadores manuales no calificados en pequeñas empresas. Esto puede estar reflejando el aumento de la formalidad en el mercado uruguayo, donde la informalidad era de 25.6% en 2012 y diez años después desciende levemente a 22.8%⁸ (Amarante & Gómez, 2016; Carrasco et al., 2023). En cifras, los trabajadores manuales en pequeñas empresas (sumando a la categoría de trabajadores manuales calificados y a los no calificados en pequeños establecimientos) disminuyen en 2.1 puntos porcentuales, mientras que los trabajadores en grandes empresas se redujeron en

⁸ De hecho, la mayor reducción de la informalidad fue en el período entre 2004 y 2014 donde después de la crisis económica y los primeros dos gobiernos progresistas, la tasa descendió 16 puntos porcentuales (Amarante & Gómez, 2016).

1.2. Es decir, que la reducción en los pequeños establecimientos es un 81% más que en los grandes establecimientos.

Al observar por calificación, no existen grandes diferencias entre ambos grupos, ya que en los dos casos disminuyen alrededor de 1.5 puntos porcentuales (precisamente la reducción es de 1.5 los calificados y 1.7 de los no calificados).

En cuanto a los trabajadores no manuales de rutina, el mecanismo que puede dar lugar a este fenómeno es diferente, ya que como muestran los antecedentes principales, el principal reclutamiento de la clase de servicios se da entre los trabajadores no manuales de rutina (Boado, 2016). Nuevamente, la digitalización de diferentes tareas realizadas por los trabajadores no manuales de rutina puede estar remplazando a trabajadores administrativos de mandos medios.

En síntesis, se puede mencionar que en este proceso existe una importante estabilidad en estos diez años, aunque se destaca una leve tendencia en una mayor formalización en el mercado laboral y crecimiento de las ocupaciones profesionales frente al resto de ocupaciones. Por otra parte, aunque ninguna diferencia es estadísticamente significativa a un 95% de confianza, existe un leve aumento de la categoría de trabajadores independientes. Se esperaba esta relativa estabilidad, ya que el período de análisis es tan solo de una década, mientras que los cambios en la estructura ocupacional se dan de forma lenta y progresiva o a partir de eventos extraordinarios.

Una segunda conclusión que se puede extraer es la consistencia del sistema de clases, donde en todo el período estudiado no existen diferencias importantes. En especial, esto es más notorio en la coincidencia en los datos producidos por nosotros para el año 2014 y los datos extraídos por Solís et al. (2019).

Ahora bien, como mencionamos en el capítulo 2, nuestra unidad de análisis son los hogares, por ello, en las siguientes páginas la principal unidad serán los hogares. Por lo que a todos los habitantes del hogar serán representados por un solo valor. De esta forma, la clase social del hogar será asignada, a partir de la clase de la persona que reciba un mayor ingreso del hogar, si este no declara ocupación, se usará el perceptor que tiene el segundo mayor ingreso del hogar. A diferencia de la tabla anterior, solamente nos acotaremos a los años de 2022 y 2023, para concentrar nuestros esfuerzos en describir la variable en nuestro período de interés.

Por ello, en la tabla 6 brindamos la distribución de clase social por mayor perceptor del hogar, tanto para el universo de ocupados como incluyendo a los mayores perceptores inactivos y desempleados

para los años 2022 y 2023. En este caso, hay cierta armonía entre los individuos en edad de trabajar según el mayor perceptor del hogar (tabla 5) y la clase social del mayor perceptor del hogar.

Tabla 6: Distribución de la clase social en los hogares uruguayos (%)

	Sin jubilados y no ocupados			Con jubilados y no ocupados		
	2022	2023	2022-2023	2022	2023	2022-2023
Grandes patrones, directivos de alto rango y profesionales con empleados	4.9	5.5	5.2	3.7	4.1	3.9
Profesionales asalariados y por cuenta propia	10.8	10.3	10.5	8.3	7.7	8.0
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos	10.4	10.5	10.4	8.0	7.8	7.9
Trabajadores no manuales de rutina	10.6	10.6	10.6	8.1	8.0	8.0
Trabajadores en ventas de grandes comercios	1.7	1.6	1.7	1.3	1.2	1.3
Trabajadores en ventas de pequeños comercios	1.5	1.2	1.4	1.1	0.9	1.0
Pequeños patrones	4.1	3.6	3.8	3.1	2.7	2.9
Trabajadores independientes calificados	9.4	9.4	9.4	7.2	7.1	7.1
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)	4.7	4.5	4.6	3.6	3.4	3.5
Trabajadores independientes agrícolas	3.2	3.3	3.3	2.5	2.5	2.5
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos	11.7	12.1	11.9	9.0	9.1	9.0
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos	3.3	3.6	3.5	2.5	2.7	2.6
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos	12.0	11.9	12.0	9.2	8.9	9.0
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos	6.8	7.2	7.0	5.2	5.4	5.3
Trabajadores asalariados agrícolas	4.9	4.7	4.8	3.7	3.5	3.6
Jubilados				17.6	19.2	18.4
Sin ocupación al momento de la encuesta				6.0	6.0	6.0

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023.

En primer lugar, al igual que en la tabla 5, no se muestran cambios sustantivos ni significativos en la distribución de las clases entre 2022 y 2023. Esto muestra otro argumento para considerar a ambos años como un mismo período, ya que no existen cambios sustantivos en la estructura social.

En segundo lugar, al describir la estructura social de los hogares de los ocupados, damos cuenta de un país donde las clases modales son (I) los trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos, (II) los profesionales, (III) los trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos, (IV) administradores de grado inferior y profesionales, técnicos y (V) trabajadores no manuales de rutina. Uniendo a todos estas clases, encontramos que acumula el 55% de los hogares. Siguiendo a Filgueira y Filgueira (1994) estas ocupaciones son las más favorecidas históricamente por la legislación y presentan mayores prestaciones sociales, lo que puede ser un mecanismo que da cuenta de cierta protección social para ellos y sus hogares, y, por lo tanto, generar mecanismos de inclusión social.

El resto de las clases se estructura de la siguiente manera, los hogares en que el mayor es trabajador independiente representan a un 17.3% de los hogares, de los cuales más de la mitad son calificados. Los patrones, ya sea grandes o pequeños, representan el 9% de los hogares. Mientras que, en el caso de los trabajadores manuales en pequeños establecimientos, tanto calificados como no calificados agrupan un 10.5% de los hogares ocupados. Los trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos, también es una categoría que agrupa a un conjunto considerable de los hogares de los ocupados (12%). Por último, las clases rurales que agrupan a los trabajadores independientes y asalariados agrícolas son 9.4% de los hogares uruguayos.

Al incorporar a los hogares con mayores perceptores inactivos y sin ocupación, podemos observar que representan en total a un 24.4% de los hogares uruguayos. Un 18.4% de los hogares uruguayos, el mayor perceptor está jubilado. El restante 6% son hogares cuyo mayor perceptor no ha indicado una ocupación. Estos pueden ser personas que estén en el seguro de paro o que reciben una renta y no muestran cambio entre 2022 y 2023. La inclusión de estas dos categorías lleva a una obvia reducción de la composición del resto de las clases sociales, como se puede constatar en la segunda sección de la tabla.

En estas primeras dos secciones hemos podido describir la distribución de nuestras variables, en la siguiente sección pondremos en relación ambas variables para analizar en qué medida están asociadas.

3.3. Exploración de la clase social y pobreza

En la sección anterior, describimos la distribución de nuestras variables dependientes y de la estructura social en los hogares uruguayos. En esta, exploraremos, a través de diferentes cruces, en qué medida la clase social está asociada con la pobreza subjetiva y objetiva, de forma separada.

Dado que en los análisis anteriores no se encontraron diferencias sustantivas entre los años 2022 y 2023, a partir de este punto consideraremos este período como uno solo.

Antes de continuar con la distribución, conviene detenerse en uno de los mecanismos más frecuentemente mencionados, la construcción del régimen de bienestar como instancia de mediación entre las posiciones en la estructura social y las recompensas recibidas. Uruguay, junto con Argentina y Chile, presenta un régimen de bienestar caracterizado como universalista estratificado (F. Filgueira, 1998). Dicho régimen puede rastrearse históricamente hasta las primeras décadas del siglo XX, cuando, como resultado de una temprana transición demográfica, la

competencia democrática y la conformación de una coalición entre una pequeña clase obrera y la dirigencia política, se instauraron leyes sociales en áreas como la educación, la asistencia social, el trabajo y la vivienda (C. Filgueira & Filgueira, 1994).

Sin embargo, estos beneficios no fueron distribuidos de manera uniforme en la población. Funcionarios públicos, profesionales y trabajadores formales fueron los principales beneficiarios. Posteriormente, aunque los derechos quedaron consagrados —incluso con rango constitucional—, el estancamiento económico ha provocado una precarización de los beneficios para este conjunto de trabajadores, así como respuestas más débiles y tardías para los trabajadores informales y rurales. De esta forma, el rol directivo del Estado contribuye a una estratificación de las recompensas sociales según el tipo de ocupación y el aporte realizado por cada grupo (C. Filgueira & Filgueira, 1994).

Podemos observar este mecanismo en la tabla 7 que muestra la prevalencia de la pobreza por método de ingreso y subjetiva en cada una de las clases sociales en los años 2022 y 2023. Además, utilizaremos el riesgo de cada clase social frente al promedio de los hogares, para la construcción de los riesgos la ecuación que utilizamos fue $\pi_1/\pi_{promedio\ nacional}$. De esta forma, dividimos π_1 que representa el porcentaje de hogares pobres objetivos o subjetivos de una clase social determinada sobre el porcentaje total de hogares por debajo de la línea de pobreza o que son considerados pobres, representados por $\pi_{promedio\ nacional}$.

Por lo que se puede mostrar como la pobreza está atravesada por una desigualdad estructural en términos de clases sociales, y observar claramente cuáles son las clases sociales que están por encima de la media.

Primero, podemos concluir que los hogares de todas las clases sociales tienen diferentes probabilidades de estar por debajo de la línea de pobreza. En cifras, mientras los hogares de los grandes directivos tienen solo un 1.9% de probabilidad de estar en la pobreza según el método del ingreso, los hogares de los trabajadores independientes no calificados agrícolas tienen quince veces más de probabilidades de estar en situación de pobreza (28.5%). Por lo tanto, la pobreza, independientemente de la medición (objetiva o subjetiva) está estratificada socialmente.

Dos son los principales puntos interesantes al observar la estratificación por clase social de la pobreza por método del ingreso. En primer lugar, las clases que muestran una menor prevalencia de

pobreza en comparación con el promedio son aquellas que tienen una mayor legislación social como muestra Filgueira y Peri (2004).

De esta forma, las clases que tienen una menor prevalencia de pobreza que el promedio nacional son: (I) grandes patrones, (II) profesionales, (III) administradores, (IV) pequeños patrones, (V) trabajadores no manuales de rutina, (VI) trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos, (VII) jubilados y (VIII) trabajadores en ventas de grandes negocios. Todas ellas, son las categorías ocupacionales que Filgueira y Filgueira (1994) mencionan como las que gozan de un mayor acceso a la seguridad social.

Por el contrario, las clases que muestran una mayor prevalencia de pobreza frente al promedio nacional son los hogares de las siguientes clases: (I) trabajadores independientes calificados, (II) independientes agrícolas y (III) trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos. Todas estas categorías profesionales fueron postergadas en la inclusión de la legislación social uruguaya (C. Filgueira & Filgueira, 1994), principalmente por su carácter de informales. De esta forma, vuelve a ser relevante el estudio de la informalidad como factor clave de la desigualdad. Estas claves serán estudiadas en mayor profundidad en el siguiente capítulo cuando

En este sentido, se evidencia como el régimen de bienestar uruguayo excluye en gran parte a los trabajadores independientes en sus prestaciones sociales.

Nuestra otra variable de estudio es la pobreza subjetiva, la cual puede observarse en las columnas de la derecha de la tabla 7. Cabe aclarar que, para describir esta variable, la unidad de análisis son las personas encuestadas que realizan la evaluación de la situación del hogar. Los argumentos que justifican este cambio fueron establecidos en el capítulo anterior.

Al igual que en la pobreza objetiva hay una gran variación entre los hogares de las clases sociales y la pobreza subjetiva, incluso si vemos las magnitudes de los porcentajes son mucho más elevadas. Esto muestra que las percepciones de pobreza están más extendidas que las propias medidas de ingreso.

Además, de forma similar a la medición de pobreza por ingreso, las clases con una mayor legislación social son las que muestran una menor proporción de pobreza subjetiva en comparación con la media nacional. Específicamente estas son: (I) grandes patrones, (II) profesionales, (III) pequeños patrones, (IV) trabajadores no manuales, (V) administradores de grado y (VI) trabajadores manuales

calificados en grandes establecimientos. Es decir, parece que la clase no solo incide en el riesgo de que un hogar este en la pobreza sino también en la percepción de la pobreza que estas muestran.

Tabla 7: Pobreza objetiva y subjetiva por clases sociales en Uruguay en 2022-2023.

	% de hogares pobres por método de ingreso	Riesgo relativo de pobreza objetiva la clase sobre el promedio	% de hogares pobres subjetivos	Riesgo relativo de pobreza subjetiva la clase sobre el promedio
Grandes Patrones, directivos de alto rango y profesionales con empleados	1.9	0.3	11.8	0.4
Profesionales asalariados y por cuenta propia	2.1	0.3	8.6	0.3
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos	0.8	0.1	14.7	0.5
Trabajadores no manuales de rutina	1.7	0.2	19.6	0.6
Trabajadores en ventas de grandes comercios	4.9	0.7	32.7	1.0
Trabajadores en ventas de pequeños comercios	12.1	1.7	40.0	1.3
Pequeños patrones	1.2	0.2	6.0	0.2
Trabajadores independientes calificados	14.7	2.1	37.8	1.2
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)	28.5	4.1	60.3	1.9
Trabajadores independientes agrícolas	15.7	2.3	40.2	1.3
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos	2.5	0.4	28.1	0.9
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos	10.0	1.4	40.6	1.3
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos	8.2	1.2	45.2	1.4
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos	16.9	2.4	54.2	1.7
Trabajadores asalariados agrícolas	6.7	1.0	40.0	1.3
Jubilados	1.3	0.2	30.6	1.0
Sin ocupación al momento de la encuesta	21.0	3.0	54.8	1.7
Promedio nacional	6.9	1.0	31.6	1.0

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023.

Nuevamente, las clases más vulnerables en pobreza subjetiva frente al promedio son nuevamente: (I) los hogares de los trabajadores independientes no calificados, (II) desocupados y (III) trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos.

En cifras, los hogares de los trabajadores independientes no calificados tienen un 90% más de riesgo de que el referente del hogar considere que su hogar es pobre en comparación con el promedio de las personas. Por otra parte, los hogares de los trabajadores manuales no calificados en pequeñas empresas y los que no tienen ocupación al momento de la encuesta tienen 70% más riesgo de que la persona que respondió la encuesta evalúe que su hogar está en situación de pobreza versus la categoría de referencia. Al comparar con respecto a la pobreza objetiva, damos cuenta de que estas tres clases son también las que tienen mayores riesgos de estar por debajo de la línea de pobreza, siendo en cierta medida consistente con el indicador.

Por lo tanto, existe cierta sintonía entre la clase, sus ingresos económicos y la evaluación que realizan las personas. Estas clases sociales claramente son las menos favorecidas en la protección social del régimen de bienestar uruguayo, según lo analizado por Filgueira (1998). De hecho, los trabajadores informales y los cuentapropistas no tienen el mismo goce a varios de los derechos sociales implementados, destinados principalmente a los trabajadores formales. Esta falta de protección ante algunos eventos puede ser el principal mecanismo de pobreza subjetiva (Chevalier, 2023).

Es necesario aclarar que estos mecanismos serán profundizados en el capítulo 5, cuando observaremos la discrepancia de la pobreza por clase social y lo controlaremos con un conjunto de hipótesis rivales planteadas.

3.4. Conclusiones

En este capítulo hemos descrito la evolución de la pobreza y de la estructura social, así como la relación de ambas variables. En este apartado relevaremos y sintetizaremos los principales hallazgos. De esta forma, pudimos caracterizar al caso uruguayo y su relevancia en la región.

En este sentido, aunque Uruguay se ubica como el país de América Latina con menor proporción de pobreza, observamos que en los últimos años hubo un aumento de la pobreza debido a la crisis por el COVID-19. En cifras, un 7% de los hogares están por debajo de la línea de pobreza.

Por otra parte, la pobreza subjetiva es más de cuatro veces mayor, siendo estable en los dos años relevados. Al analizar la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva, mostramos que un cuarto de los hogares no tuvo la misma evaluación por parte de la persona que respondió la encuesta que la pobreza de ingreso. Aunque, al estipular esta relación parece un número importante, al comparar con respecto a la pobreza subjetiva de otros países de América Latina constatamos que la pobreza subjetiva se encuentra por debajo del promedio del resto de los países de la región (Amarante et al.,

2024). En este sentido, por más que la discrepancia sea importante como la hemos relevado no deja de ser algo esperable según la comparación.

En segundo lugar, el modelo de clase social es consistente con los antecedentes (Boado, 2016; Solís et al., 2019; Vanoli Imperiale, 2021) y se puede observar una estructura socio ocupacional estable en los últimos diez años, ya sea cuando la unidad de análisis son los individuos en edad de trabajar o el hogar. Esto no quita que haya habido algunos movimientos como el aumento de los profesionales y jubilados, así como la disminución de los trabajadores no manuales y los pequeños patrones.

Aunque no tenemos datos panel que puedan sostener estas hipótesis, establecimos que los profesionales aumentaron por la expansión del nivel educativo (Cardozo Politi, 2018; Cardozo Politi & Menese Camargo, 2019). El aumento porcentual de los jubilados puede explicarse por el sostenido incremento en la esperanza de vida en la población uruguaya desde mediados del siglo XX (Pollero & Paredes, 2017). Por otra parte, la disminución de los trabajadores no manuales puede ser resultado de una leve movilidad hacia las clases profesionales (Boado, 2016) o por el aumento de la tecnificación. Por último, en el caso de los pequeños patrones puede estimarse un aumento de la formalidad (Amarante & Gómez, 2016). Esto se puede constatar en el aumento simultáneo de los grandes patrones.

En tercer lugar, al analizar la distribución de la pobreza objetiva y subjetiva, según las clases sociales de los hogares uruguayos encontramos que ambas están fuertemente estratificadas. En este sentido, hay indicios de la importancia de la formalidad genera ciertas vulnerabilidades en los hogares tanto monetariamente como en su percepción, donde los hogares de trabajadores formales presentan una menor probabilidad de caer en la pobreza y los independientes o en pequeñas empresas que han sido aplazados en sus derechos laborales, presentan mayor vulnerabilidad subjetiva y objetiva. Dichos hallazgos mostrarían la importancia de la inclusión social en la evaluación de las personas de su pobreza subjetiva (Chevalier, 2023). De esta forma, parece haber un doble efecto de calificación y de heterogeneidad estructural. Ambas hipótesis deberán ponerse a prueba más adelante controlando por otros factores.

En este sentido, esto puede estar dando cuenta de la posibilidad de considerar la percepción de las personas como una forma de conocer las carencias materiales, a partir de la definición dada por las propias personas, tal como fue sugerido en algunos antecedentes (Deaton, 2008; Lucchetti, 2006; Pradhan & Ravallion, 2000).

Este hallazgo no es menor, revela que, incluso cuando la pobreza subjetiva se manifiesta como una percepción individual dentro del hogar, está profundamente estructurada por la posición social. En efecto, distintas clases sociales, con niveles de ingreso diversos, realizan evaluaciones diferenciadas sobre la percepción de pobreza. Esto resulta especialmente interesante, ya que, en términos conceptuales, constituye una pequeña contribución a la idea de que las clases sociales no solo implican desigualdades materiales, sino que también albergan percepciones y culturas distintas. Así, las clases sociales median no solo en el acceso a recompensas materiales, sino también en la configuración de evaluaciones y percepciones diferenciadas. Aunque no fue el planteo principal de Erikson y Golthorpe (1992), esto muestra que es un elemento para tener en cuenta.

Obviamente, estas afirmaciones son muy poco cautelosas, sustentada en solo haber estudiado la distribución de dos variables. Por lo que es necesario controlar esta afirmación por otros factores como la escolaridad, ingresos, etc. Por ello, en el siguiente capítulo pondremos a prueba estas hipótesis en la incidencia de la pobreza de hogares uruguayos.

4. Factores determinantes de la pobreza, según el método de ingreso.

En este capítulo procuramos explorar los determinantes a la pobreza de los hogares. Por lo tanto, nuestra variable de pobreza es dicotómica que identifica si el hogar fue identificado como pobre o no, según el método del ingreso. Recordemos que en este capítulo nuestra principal unidad de análisis serán los hogares, como fue argumentado anteriormente, por lo que, nos enfocaremos solo en variables agregadas a nivel del hogar.

El principal aporte de este capítulo a nuestro objetivo central —identificar la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva, con énfasis en la clase social— consiste en ubicar los determinantes estructurales de la pobreza medida por ingresos. De este modo, podremos conocer los factores asociados a las condiciones de vida, para luego analizar cuáles son aquellos que explican la discrepancia en la percepción de la pobreza, más allá de lo material.

4.1. Justificación conceptual de la elección de las variables

En esta sección, expondremos los principales antecedentes de por qué incluimos a cada una de las variables, y cómo esperamos que sea su sentido con respecto a la pobreza objetiva. Para ello, repasaremos tanto la bibliografía nacional e internacional sobre los determinantes de la pobreza por ingreso. En primer lugar, exploraremos los principales antecedentes conceptuales y teóricos sobre la importancia de considerar a la clase social como determinante de la pobreza por el método de ingreso. Posteriormente, repasaremos algunas hipótesis que podrían rivalizar con la clase social y que serán incluidas en los modelos como variables de control.

Recordemos que por clase social entendemos a las posiciones institucionalizadas en la estructura social que son claves en la distribución de las recompensas sociales (Erikson & Goldthorpe, 1992; Solís, 2016). Aunque la clase social suele emparentarse con los estudios de desigualdad de ingreso (Grusky & Kanbur, 2006) o de movilidad social (Erikson et al., 1979; Erikson & Goldthorpe, 1992), también puede entenderse como factor determinante de la pobreza, al ser entendido como una de las colas de la curva de distribución de los ingresos.

La mayoría de los antecedentes empíricos utilizados usan el esquema de EGP (Erikson et al., 1979; Erikson & Goldthorpe, 1992), inspirados en un paradigma weberiano (Erikson & Goldthorpe, 1992). Esta corriente enfatiza a la posición de la persona en el mercado laboral como intermediador entre la estructura social y los ingresos u otras recompensas sociales. Es decir, las oportunidades e ingresos obtenidos de un patrón o un ingeniero no serán las mismas que las de un carpintero o peón rural.

Por lo que el riesgo de que una profesión caiga en la pobreza frente a otra es completamente diferente.

Por ejemplo, en el estudio clásico de Townsend (1979) usando el esquema EGP, encuentra que las clases manuales poco calificadas en Gran Bretaña tienen una mayor probabilidad de estar en la pobreza que las clases de profesionales. La investigación absolutamente adelantada a su época de Townsend ya avanza en cómo las diferentes condiciones materiales de las personas están estructuradas por la clase social.

Casi treinta años después, Vandecasteele (2011), a partir de datos de trece países europeos, muestra que la clase social sigue teniendo una incidencia significativa en la pobreza. En su estudio, la relación entre pobreza y clase social permite identificar tres grupos con distintas probabilidades de caer en situación de pobreza. Un primer grupo con más probabilidad de estar en la pobreza está conformado por las clases de trabajadores independientes urbanos y manuales de baja calificación. Un segundo agrupamiento se conforma de clases con pocas posibilidades de que sus ingresos sean inferiores a la línea de la pobreza, integrada por las clases de trabajadores no manuales de rutina y trabajadores manuales de alta calificación. Por último, la clase de servicios (profesionales y grandes patrones) tiene casi nulas probabilidades de encontrar a su hogar por debajo de la línea de pobreza.

Otro estudio europeo muestra que al analizar el período 2004-2014, el riesgo de caer en pobreza subió para cuatro países, especialmente en las clases sociales más bajas donde la pobreza afecta a 4 de cada 10 hogares (Gioachin et al., 2023).

En países europeos con mayores niveles de pobreza, como Turquía, se constata una situación similar, por ejemplo, Dansuk y colaboradores (2007) encontraron que las clases agrícolas son las más afectadas por la pobreza, así como el grupo que catalogaron como inactivos en el mercado de trabajo compuesto principalmente por hogares de personas inactivas, generalmente, de mujeres que se dedican al trabajo de cuidado de su hogar y personas mayores de edad.

Ahora bien, estos estudios se refieren a países industrializados europeos. La estructura social latinoamericana presenta algunas características especiales como lo son los altos niveles de informalidad. Una de las principales teorías que analiza la desigualdad en América Latina es la de heterogeneidad estructural. Esta teoría de corte estructuralista entiende que parte de la desigualdad en América Latina se debe a la convivencia de sectores altamente tecnificados y productivos y otros sectores de baja productividad. Esto se manifiesta en una desigual distribución del ingreso originada

en la desigualdad del desarrollo tecnológico de las empresas que afecta a las actividades productivas (CEPAL, 2010; Cortés, 2011).

El trabajo informal es la principal actividad receptora de la mano de obra excedente que consiste en modalidades de trabajo remunerado que operan a pequeña escala que no son reguladas por el Estado, aun cuando otras actividades similares sí están reguladas (Cortés, 2003; Portes & Schauffler, 1993). En síntesis, estos trabajadores reciben a cambio de sus labores en estas actividades, una escasa remuneración (aunque bastante heterogénea) sin ninguna protección social.

El primer esfuerzo por incorporar estos fenómenos en el estudio de las clases sociales fue el realizado por Portes (1985; 2003), ya que resalta el papel de la informalidad como factor clave para observar el puesto ocupacional de las personas en América Latina. De esta forma, la propuesta de estructura social de este autor incorpora la posición en el mercado laboral, la informalidad y la calificación.

Varios estudios hacen notar que la pobreza y la desigualdad en América Latina no puede solamente explicarse a partir de las variables económicas clásicas como el PIB, sino que es necesario generar diferentes estructuras de oportunidades que incorporen no solamente a los rasgos de los individuos sino también a la familia, estructura social y la cultura y valores (C. H. Filgueira & Peri, 2004; Solís et al., 2019). En este sentido, la ocupación es un activo del hogar que disminuye el riesgo de caer en la pobreza o situaciones de vulnerabilidad. Por ello, entender la formalidad del mercado de trabajo, no es solamente un mero estado legal, sino que tiene consecuencias en los diferentes servicios de salud y protección social al que puede acceder un hogar (F. Filgueira, 1998). De esta forma, los hogares de los trabajadores manuales y no manuales formales parecen tener una menor probabilidad de ser pobres en comparación con los trabajadores independientes o informales (C. Filgueira & Filgueira, 1994).

En términos empíricos, algunos antecedentes de la región observan esta relación mostrando que la informalidad sigue siendo un problema relevante a la hora de observar la pobreza. Por ejemplo, en Argentina se ha destacado como en los últimos 20 años, los trabajadores más afectados por las crisis son los informales no calificados (Poy, 2020, 2021). De hecho, según los cálculos realizados por el autor, los asalariados informales tienen 150% más de chances de caer en la pobreza, comparando con los trabajadores asalariados formales.

Un reciente antecedente que incorpora la propuesta de heterogeneidad estructural en el planteamiento de las clases sociales es el de Solís, Chávez Molina y Cobos (2019), ya mencionado en capítulos anterior. En ese artículo, los autores buscan la asociación entre la clase social y algunas variables de bienestar como ingreso, seguridad social y pobreza relativa débil⁹. Los investigadores utilizan el modelo EGP con modificaciones para el caso latinoamericano, incorporando elementos como la informalidad y aspectos que atañen a la heterogeneidad estructural. En resumen, los autores observan que la clase incide en diferentes recompensas sociales, especialmente, cuanto más alta es la clase social menor es la pobreza relativa débil.

Enfocándonos en el caso uruguayo, Solís y colaboradores (2019) encuentran que en promedio la pobreza -conceptualizada como un ingreso inferior al 60% del valor de la mediana de ingresos de los hogares- en Uruguay es del 21.4%, siendo la menor de los países considerados¹⁰. Por ejemplo, la pobreza es de 5% de los hogares de la clase de servicios, mientras que entre los hogares de los trabajadores rurales y asalariados informales, cuatro de cada diez hogares aproximadamente son pobres. La clase que muestra una mayor prevalencia de pobreza son los trabajadores manuales no calificados informales que tienen un 60% más de chances de que su hogar esté por debajo de la línea de pobreza que los trabajadores manuales formales.

Estos datos son consistentes con otros estudios de determinantes de pobreza por ingresos que encuentran que, a menor clase social, mayor es la chance de que el hogar se encuentre por debajo de la línea de la pobreza (Boado & Fernández, 2005; Fernández et al., 2017). En especial, las clases que encuentran una mayor chance de estar en la pobreza son los trabajadores manuales no calificados y los pequeños propietarios agrícolas. También en el mismo período estudiado se constata una pobreza de los hogares donde los trabajadores están relacionados a las actividades agrícolas (Cardeillac, 2013).

Además de la influencia de la clase social, algunas otras variables han sido señaladas como relevantes en los estudios de determinantes de la pobreza por el método de ingreso. Para relevar estos factores las dividiremos en tres bloques centrales. En el primero presentaremos por qué es importante considerar a la escolaridad en los análisis de determinantes de la pobreza por ingreso. En el segundo bloque trataremos las características de los perceptores del hogar (cantidad, sexo

⁹ Para observar la pobreza relativa y compararla internacionalmente, los autores miden que una persona es pobre si percibe menos del 60% de la mediana del ingreso nacional.

¹⁰ Nótese que es el doble a la registrada por el método de ingreso del INE

biológico y ascendencia étnico racial) que los antecedentes muestran que son relevantes en los estudios de pobreza. En el tercer bloque mostraremos la importancia de considerar a la región en los análisis de pobreza en Uruguay. Todas estas variables son consideradas de control en nuestro modelo.

En cuanto a la escolaridad es de nuestro interés por dos razones. En primer lugar, es una variable que controla hasta qué punto la pobreza se debe a la posición institucional en la estructura social o a efectos de una mayor educación. Más importante, a nivel conceptual tiene un papel lógico clave siguiendo el esquema de Blau y Duncan (1967), donde funciona como un factor antecedente de la posición social de una persona. Además, desde la teoría de capital humano se muestra que una mayor escolaridad está vinculada con menores probabilidades de caer en la pobreza, tanto por el retorno en ingresos en el mercado de trabajo como por la incorporación de procesos de racionalización del gasto de los ingresos del hogar (Becker, 1995).

A nivel empírico, una mayor escolaridad promedio del hogar reduce las chances de ser identificado como pobre por el método del ingreso. Estudios en Argentina (Poy, 2021), la Unión Europea (Vandecasteele, 2011), México (Cortés, 1997), Turquía (Dansuk et al., 2007) y el Salvador (Coreas Bonilla, 2014), muestran que la escolaridad reduce las chances de que el hogar esté por debajo de la línea de pobreza. Uruguay no es una excepción a esta dinámica y se muestra que los hogares más educados tienen sistemáticamente menores chances de estar por encima de la línea de la pobreza (Boado & Fernández, 2005; Borrás Ramos, 2023a; Fernández et al., 2017). Cabe destacar que en la mayoría de los estudios citados se incluyeron la clase social con la escolaridad, mostrando ambas variables una asociación con las chances de caer en la pobreza.

La composición del hogar tiene una incidencia significativa en las chances del hogar de que sea identificado como pobre (Cortés, 1997). Es importante considerar a las características de las personas que perciben ingresos del hogar, como forma de acercarse a diferentes dinámicas que suceden a nivel individual como la desigualdad por género o ascendencia étnico racial. Por este motivo, observaremos: (I) la proporción de los integrantes del hogar que perciben del ingreso, (II) la proporción de personas que reciben ingreso del hogar que son mujeres y (III) la proporción de personas que reciben ingreso del hogar que se adscriben como afrodescendientes.

En primer lugar, la inclusión de la cantidad de perceptores del hogar está guiada bajo la noción de que un hogar con una mayor cantidad de personas que aporten ingresos puede mostrar una mayor diversificación de sus estrategias para evitar caer en la pobreza (Cortés, 1997). La cantidad de

perceptores es una forma de observar las estrategias de los hogares para incrementar sus ingresos. De esta forma, los hogares que dependen más de un solo perceptor tienen una mayor probabilidad de ser identificados como pobres. Por ello, como fue argumentado en el capítulo 2, generamos un índice de dependencia que es el cociente de la cantidad de perceptores sobre el tamaño del hogar. A nivel empírico, este autor muestra que una menor índice de dependencia disminuye la chance de que el hogar sea pobre (Cortés, 1997).

Al revisar los diferentes antecedentes sobre las diferencias por ascendencia étnico racial en las chances de que el hogar en el que habita sea pobre, podemos observar algunas dinámicas. Principalmente, en Uruguay se releva que los hogares conformados por una mayor proporción de afrodescendientes tienen una mayor chance de que el hogar sea identificado como pobre, usando mediciones de pobreza tanto por ingreso como multidimensionales (Calvo et al., 2013; Colafranceschi et al., 2011; Fernández et al., 2017; Machado & Vigorito, 2021). Esto puede estar dando cuenta de diferentes dinámicas de discriminación en el mercado laboral en las que no reciben el mismo ingreso que el resto de la población o la imposibilidad de acceder a puestos laborales más altos, así como una menor escolaridad promedio (Cabella et al., 2013).

Por otra parte, otro factor de control es el sexo. Como avanzamos en la operacionalización, utilizaremos como medida la proporción de perceptores que son mujeres. El principal mecanismo aludido en la bibliografía es que cuando la perceptora es mujer, el gasto tiene un mayor destino en las necesidades del domicilio (Cortés, 1997). A nivel nacional, Fernández y colegas (2017) han observado que, si el hogar tiene al menos una perceptora mujer, reduce la chance de que el hogar esté por debajo de la línea de la pobreza.

Otros mecanismos que mencionan son los que explicitan por qué las mujeres reciben menores ingresos que los varones, esto puede llevar a que los hogares con perceptoras mujeres tengan una mayor probabilidad de pobreza. Por ejemplo, Halford, Savage y Witz (1997), destacan que los obstáculos para avanzar en el mercado laboral son diferentes dependiendo el tipo de organización en que la persona trabaje. En algunas organizaciones la desigualdad de género se debe a prejuicios y estereotipos sobre las mujeres como en la burocracia de instituciones públicas, mientras que en otras es debido a las consecuencias de ausentarse para realizar tareas de cuidados como fue estudiados por el equipo de investigadores en el sector de la salud. Aunque estos mecanismos, no los podremos observar -ni tampoco es nuestro objetivo- son una forma de entender las desigualdades de género y su incidencia en la pobreza.

A nivel nacional, utilizando otra medida como la jefatura femenina del hogar —es decir, que la persona que respondió la encuesta es una mujer—, el vínculo entre pobreza y el sexo no es claro. Algunos antecedentes muestran que los hogares encabezados por mujeres tienen una menor chance de estar por debajo de la línea de la pobreza (Amarante & Vigorito, 2007). Otras investigaciones llegan a la conclusión que no hay diferencia significativa con respecto a los varones (Fernández et al., 2017). Mientras que otros estudios que usan medidas de pobreza multidimensional destacan una feminización de la pobreza (Machado & Vigorito, 2021).

Por otra parte, la región de residencia del hogar es un aspecto interesante para explorar. En primer lugar, varios antecedentes a nivel nacional e internacional muestran que existen diferencias entre aquellos que están insertos en un medio urbano, en comparación con los rurales (Borrás Ramos, 2015; Cortés, 1997). Aunque Uruguay es considerado un país homogéneo, dado su pequeño tamaño y la ausencia de accidentes geográficos importantes, diferentes investigaciones muestran diferencias territoriales en la prevalencia de pobreza en Uruguay (Fernández et al., 2023). Especialmente en los departamentos del noreste que limitan con Brasil son que presentan una mayor pobreza (Treinta y Tres, Cerro Largo, Rivera y Artigas). Aunque es cierto que estos antecedentes tienen como medida de pobreza a la medición multidimensional, esta variable muestra un claro patrón territorial (Borrás Ramos, 2015; Calvo et al., 2013; Fernández et al., 2023; Machado & Vigorito, 2021).

Bajo el método del ingreso, el Instituto Nacional de Estadística (2023a) muestra que el departamento más pobre es la capital y principal ciudad, Montevideo, y los departamentos que limitan con Brasil. La mayor prevalencia de pobreza en los departamentos fronterizos se puede deber a cómo se ha construido el Estado uruguayo, donde los servicios y otras empresas no se insertaron en el noreste del país hasta de forma tardía, predominando una provisión privada e informal (Fernández & Vanoli, 2023).

Hasta acá repasamos los principales factores que están asociados con la pobreza por el método de ingreso. En la próxima sección, nos abocaremos a poner a prueba estos postulados.

4.2. Factores asociados con la pobreza por método de ingreso

Luego de estipular cuáles son los vínculos conceptuales de las diferentes variables con la pobreza por ingreso, pondremos a prueba estas hipótesis. De esta forma, generamos dos modelos logísticos binomiales con el fin de estimar cómo cambia la bondad de ajuste de los modelos de pobreza, una vez que se incorpora a la clase social. Para ello, en el primer modelo se concentran todas las variables de control de la clase social, mientras que en el segundo modelo se incluye la clase social.

En cifras, vemos que una vez que se incorpora a la clase social, la bondad de ajuste mejora en 0.10 en el indicador de Pseudo R^2 de McFadden. Este incremento es considerable tomando en cuenta que casi que la clase social aporta el 27% de la mejora de la bondad de ajuste del modelo. Otros indicadores que dan cuenta de la bondad de ajuste como el AIC y BIC, también muestran una mejora de su bondad al haber disminuido significativamente en el modelo 2 en comparación con el 1, como se muestra en la tabla 8.

La pobreza objetiva está fuertemente influenciada por las clases sociales. De hecho, no hay diferencias significativas con respecto a los grandes patrones a un 95% de confianza en los hogares cuyo mayor perceptor son: (I) administradores de grado y técnicos de bajo nivel, (II) los trabajadores no manuales de rutina, (III) los pequeños patrones, (IV) los trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos y (V) jubilados. Según Filgueira (1998) estas son las ocupaciones, con una mayor protección social.

Por el contrario, los hogares que tiene como máximo proveedor a los trabajadores independientes son los que muestran una mayor chance de pobreza al comparar con los grandes patrones. En efecto, cuando el máximo perceptor es un trabajador independiente calificado el hogar tiene 8.2 veces más chances de estar debajo de la línea de la pobreza que los grandes patrones. Los hogares de los trabajadores independientes no calificados son los que tienen la mayor chance de estar en la pobreza en comparación con los grandes patrones, ya que sus momios son 17 veces mayores a la de la categoría de referencia. En otras palabras, los hogares de los trabajadores independientes no calificados tienen el doble de riesgo ($17/8.2$) de estar en la pobreza que los calificados. Esto denota una diferencia en la calificación de los trabajadores independientes con respecto a las chances de que el hogar sea identificado como pobre.

De esta forma, al igual que en algunos antecedentes europeos (Vandecasteele, 2011), la clase de los trabajadores independientes es una de las categorías donde se encuentra una mayor prevalencia de pobreza. En este sentido, encontramos una diferencia con algunos estudios antecedentes uruguayos que mostraban que las clases más vulnerables a la pobreza por ingreso eran los hogares de trabajadores manuales no calificados (Boado & Fernández, 2005; Fernández et al., 2017). Esto puede deberse a dos razones, una primera es que en ambos casos no descomponen a los trabajadores independientes de los pequeños patrones, por lo que puede llevar a no observar diferencias al interior de la clase. Una segunda razón es a cambios a partir de 2015 hasta la fecha que hayan llevado a una mayor vulnerabilidad de los trabajadores independientes.

La comparación entre trabajadores independientes calificados y trabajadores manuales calificados formales ilustra el mecanismo descrito por Filgueira y Peri (2004) sobre la importancia de considerar a la protección social producto de la formalidad laboral, en la pobreza de los hogares. De esta forma, los hogares de los trabajadores independientes calificados tienen más riesgo de caer en la pobreza que los hogares de los trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos. Según Filgueira (1998), esta brecha se explica por las conquistas de los trabajadores formales urbanos, especialmente, el acceso a la seguridad social, que los resguarda frente a la pobreza. Esto puede mostrar la importancia de contar con mercados de trabajo que integre a su mano de obra bajo un eje de formalidad (C. Filgueira & Filgueira, 1994; C. H. Filgueira & Peri, 2004).

Esto se complejiza al comparar los hogares de los trabajadores manuales, donde la medición de clase social los hogares muestran dos tipos de efectos de calificación y del tamaño de empresa.

Los efectos de calificación son bien nombrados y son clásicos en las teorías de estructuración social (Erikson & Goldthorpe, 1992; Solís, 2016). Para observar el efecto de calificación dividiremos las chances de estar en la pobreza de dos grupos uno de contraste y otro de referencia, en relación con los grandes patrones. De esta forma, la ecuación que seguiremos será OR_1/OR_2 . Por ejemplo, los hogares de trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos tienen 3.1 (2.8/0.9) veces más de riesgo de ser identificados como pobres que los calificados en el mismo establecimiento. En cambio, al comparar a los trabajadores en pequeños establecimientos por calificación, observamos que los hogares de los trabajadores calificados tienen la mitad de riesgo (4.0/8.0) de estar por debajo de la línea de la pobreza, en comparación con los no calificados.

En este sentido, aunque la estratificación de la pobreza no es ningún hallazgo novedoso para Uruguay (Boado & Fernández, 2005; Fernández et al., 2017), la región (Coreas Bonilla, 2014; Poy, 2020, 2021; Solís et al., 2019) o a nivel internacional (Dansuk et al., 2007; Gioachin et al., 2023; Vandecasteele, 2011). Es importante seguir considerando que la clase trabajadora no es una clase homogénea, sino que existen diferencias como por la calificación. En los próximos párrafos observaremos como lo que comúnmente denominamos clase manual, también está atravesada por efectos de heterogeneidad estructural.

Por otra parte, el tamaño de empresa da cuenta de los factores estructurales característicos de América Latina, como la informalidad y la diferencia de la heterogeneidad estructural. Siendo un indicador proxy de diferencias en productividad y acceso a beneficio sociales entre las grandes y pequeñas empresas (CEPAL, 2010).

Esto se puede analizar en que los hogares de los trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos tienen las mismas chances de estar por debajo de la línea de la pobreza que los hogares de los grandes patrones. Pero en los hogares de un trabajador calificado en un pequeño establecimiento tienen 3.7 veces más chances de caer en la pobreza que los grandes patrones. Por lo que se da cuenta de la importancia de considerar a la formalidad en los estudios de clase social. Por otra parte, entre los no calificados se manifiesta una relación similar donde al comparar con los grandes patrones, los hogares de los trabajadores no calificados en pequeños establecimientos tienen un mayor riesgo de estar en la pobreza que los trabajadores no calificados de grandes empresas.

Nuestros hallazgos muestran que, aunque la informalidad sea de las menores en América Latina (Solís et al., 2019), los efectos de esta son palpables en la prevalencia de la pobreza en Uruguay. Esto pone en jaque a varias de las visiones complacientes uruguayas de que es un país con una gran clase media extendida y segura económicamente (Álvarez-Rivadulla et al., 2022). Además, remarca la importancia de la disminución de la informalidad que ha atravesado el país desde 2005 y las políticas de fortalecimiento de los trabajadores formales (Amarante & Gómez, 2016; Brun & Colacce, 2019). Por lo que fortalecer e incrementar las personas que están incluidas en el sistema de bienestar descrito por Filgueira (1998) parece ser clave en la reducción de la pobreza por ingreso.

En síntesis, estos análisis sirven para entender que tanto la calificación y la informalidad son dos factores que diversifican a la clase trabajadora. De esta forma, es necesario observar las diferencias en sus condiciones de vida teniendo en cuenta las dimensiones clásicas de calificación como los efectos propios de la economía latinoamericana como la informalidad.

Por último, para Boado y Fernández (2005) una de las clases que más sufrió la crisis económica del 2002 fueron los pequeños propietarios agrícolas. En este caso, aunque se observa que las clases agrícolas tienen una mayor incidencia de pobreza que las urbanas, esta diferencia no es tan grande como constataron dichos autores hace veinte años. En cifras, al comparar los hogares donde el mayor perceptor es un trabajador asalariado agrícola con los de los grandes patrones, las chances de que el hogar esté por debajo de la línea de la pobreza aumentan en 2.9. Siendo similar a la magnitud de los hogares de trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos. Esto puede estar mencionando una mejora en las condiciones de vida de los trabajadores rurales como fue destacado en algunos antecedentes (Cardeillac, 2013). Podría hipotetizarse que esto es por un

proceso de reivindicación de los derechos laborales de los trabajadores rurales, como su inclusión en los consejos salariales y una mayor regulación de las condiciones laborales.

Tabla 8: Factores determinantes de la pobreza por método de ingreso

	Sin clase social Odds ratio	Con clase social Odds ratio
Clase del mayor perceptor del hogar (grandes patrones categoría de referencia)		
Profesionales asalariados y por cuenta propia		2.0***
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos		0.7
Trabajadores no manuales de rutina		1.0
Trabajadores en ventas de grandes comercios		2.5***
Trabajadores en ventas de pequeños comercios		5.9***
Pequeños patrones		0.7
Trabajadores independientes calificados		8.2***
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)		17***
Trabajadores independientes agrícolas		12***
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos		0.9
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos		4.0***
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos		2.8***
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos		8.0***
Trabajadores asalariados agrícolas		2.9***
Jubilados		0.9
Sin ocupación al momento de la encuesta		12***
Promedio de años educativos de las personas con ingreso del hogar (estandarizado)	0.4***	0.5***
Proporción del hogar que son perceptores mujeres (estandarizado)	1.1**	1.0
Proporción del hogar perceptores afro (estandarizado)	1.1***	1.1***
Índice de dependencia (estandarizado)	0.3***	0.3***
Región (Montevideo categoría de referencia)		
Canelones	0.3***	0.2***
Suroeste	0.1***	0.1***
Litoral	0.4***	0.4***
Noreste	0.6***	0.4***
Este	0.3***	0.2***
Central	0.3***	0.2***
2023 (2022 categoría de referencia)	1.0	1.0
Constante	1.0	0.2***
Pseudo R2 de McFadden	0.26	0.36
AIC	921801.8	800832.0
BIC	921906.5	801076.1

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023. * p < 0.1, ** p < 0.05, *** p < 0.01

En cuanto a los factores de control, realizaremos la misma división de bloques que en la presentación de las variables, presentadas en la sección anterior.

En primer lugar, la escolaridad muestra un efecto que reduce las chances de que un hogar sea pobre. Específicamente, aumentar en un desvío estándar el promedio de escolaridad de las personas que reciben ingreso en el hogar reduce en un 50%, las chances de que el hogar sea pobre. Este resultado no es nada novedoso y se encuentra alineado con los principales postulados de la teoría del capital humano que estipulan la importancia de la escolaridad en el retorno de ingresos de un hogar (Becker, 1995). Cabe destacar que, para esta teoría, la escolaridad no solo refleja un mayor retorno de ingresos para el hogar, sino que también implican la toma de decisiones más racionales que pueden mejorar la satisfacción de necesidades en el hogar.

Los factores de composición muestran el mismo sentido que lo que se había planteado en las hipótesis de la sección anterior, siendo significativo el índice de dependencia y composición afrodescendiente.

Lo interesante es en cuanto al sexo, ya que se puede observar que una composición más feminizada de los perceptores es significativa a un 95% al no incluir la clase social, pero una vez que es incluida deja de ser significativa. Esto puede estar dando cuenta de que las diferencias en la pobreza por género se deben a la feminización de algunas profesiones precarias. De esta forma, se podría considerar que clases más vulnerables tienen una mayor composición femenina. De hecho, Vanoli (2021) da cuenta que clases como los trabajadores manuales no calificados está más feminizada que los varones. Por lo que, se podría entender que los mecanismos de diferencia de salarios, que puede terminar en diferentes probabilidades de pobreza, es diferenciado no solo según el tipo de organizaciones laborales como fue recopilado en los antecedentes (Halford et al., 1997), sino también por la posición social que ocupa el varón o la mujer.

Entre los principales antecedentes se establecía que los hogares ubicados fuera del departamento de Montevideo tienen una mayor probabilidad de estar por debajo de la línea de pobreza (Brun & Colacce, 2019). Por ejemplo, mientras que los hogares del noreste tienen un 60% menos de chances de ser identificados como pobres en comparación con los hogares de Montevideo, los del suroeste tienen un 90% menos de chances de estar por debajo de la línea de pobreza versus la categoría de referencia.

En síntesis, parece que el territorio uruguayo se puede dividir principalmente entre una capital con una mayor prevalencia de pobreza por el método de ingreso y un interior con menor proporción de pobreza. Un posible mecanismo es por la inmigración de diferentes poblaciones rurales a la periferia de Montevideo, constituyendo barrios informales carenciados.

Es necesario remarcar algunas limitaciones de esta aseveración, en primer lugar, en mediciones de pobreza multidimensional, la pobreza es mayor en el interior del país (Borrás Ramos, 2015; Calvo et al., 2013; INE, 2025a; Machado & Vigorito, 2021). En segundo lugar, probablemente puedan existir diferencias si se considera una escala inferior como la localidad (Fernández et al., 2023), pero en ese caso, la ECH no es la mejor fuente de información, ya que su muestreo no permite hacer inferencias a nivel de pequeñas localidades.

4.3. Conclusiones

La principal conclusión de este capítulo es que, incluso controlando por diferentes variables como la escolaridad de los perceptores del hogar, la clase social tiene un peso importante en la incidencia de la pobreza de los hogares. En este sentido, contribuimos a la tradición sociológica del estudio de las desigualdades que incorporan a la clase social como posiciones sociales estructurales que intermedian con las recompensas sociales. Por lo tanto, estos hallazgos se oponen a algunas hipótesis posmodernas que ganaron relevancia algunas décadas atrás, pero que siguen siendo rescatadas en la actualidad, que establecía que el riesgo de caer en la pobre es similar para todas las personas (Beck, 1992).

A grandes rasgos, la estructuración de la pobreza es similar a la establecida anteriormente por algunos antecedentes a nivel europeo (Dansuk et al., 2007; Gioachin et al., 2023; Vandecasteele, 2011). Donde la probabilidad de caer en la pobreza de los patrones y profesionales es escasa, entre los trabajadores no manuales es menor y la probabilidad es mayor en los trabajadores manuales con baja calificación.

Ahora bien, estas diferencias no son tan lineales en la estratificación de pobreza de los hogares uruguayos. En especial, además del efecto clásico de calificación que es característico en la mayoría de los antecedentes (Vandecasteele, 2011), existe un claro efecto asociado con factores clásicos de la economía latinoamericana como la heterogeneidad estructural. De esta forma, los hogares en los que el mayor perceptor trabaja en una pequeña empresa muestran un mayor riesgo de caer en la pobreza que aquellos que trabajan en grandes establecimientos. Esto da cuenta de factores como la informalidad y la baja productividad de las empresas inciden en la probabilidad de que el hogar al

que pertenece el trabajador este por debajo de la línea de pobreza (CEPAL, 2010; C. H. Filgueira & Peri, 2004; Solís et al., 2019). Además, estas categorías han sido históricamente menos protegidas en la legislación uruguaya (F. Filgueira, 1998).

Esto muestra un verdadero clivaje en las chances de pobreza, dependiendo de los dos factores mencionados. Por ello, los hogares donde el mayor perceptor es un trabajador manual calificado que trabaja en una gran empresa, tiene las mismas chances de caer en la pobreza que los hogares de los grandes patronos. No negamos que haya desigualdad de ingreso -que sería motivo para realizar otra investigación-, sino que la formalidad se constituye como una vía de integración que otorga una mayor protección a los trabajadores.

Los hogares donde el mayor perceptor son trabajadores independientes se constituyen como la categoría más vulnerable. Esto desafía a varios discursos meritocráticos, que otorgan un valor intrínseco a la flexibilidad al no estar sujeto a una relación de dependencia de asalariado (Cortés-Aguilar et al., 2013). Por lo que se constituye no solo en menores ingresos sino también en una menor protección social (F. Filgueira, 1998).

El resto de las variables refuerzan los antecedentes sobre la pobreza de los hogares uruguayos. Donde especialmente muestran la mayor prevalencia de pobreza en hogares con composición afrodescendiente (Fernández et al., 2017), en el interior del país (Brun & Colacce, 2019) y con una mayor composición de menores de edad (Fernández et al., 2017).

En suma, hemos abordado dos preguntas de la investigación planteadas en la introducción como explorar los determinantes de la pobreza de los hogares y conocer cuál es el rol de las clases sociales en ella. Haber hecho este recorrido nos permite conceptualmente conocer el vínculo estructural que existe entre las posiciones sociales y la incidencia de la pobreza. De esta forma, al estudiar la percepción de la pobreza ya habremos conocido de antemano cuáles son los principales factores que han incidido en esta.

Por ello, en el siguiente capítulo abordaremos cuáles son los factores asociados a la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva que es nuestra principal pregunta de investigación. Por lo que se torna relevante conocer si igualmente estos factores (principalmente la calificación y la informalidad) siguen siendo relevantes en las percepciones de los encuestados.

5. La discrepancia de la pobreza objetiva y subjetiva en hogares uruguayos

En este capítulo, exploraremos los factores asociados al mismatch entre la pobreza subjetiva y objetiva de los encuestados. Este es nuestro principal objetivo de investigación, y, por lo tanto, este capítulo representa el corazón de la tesis.

Para ello, este capítulo estará dividido en cuatro secciones. En una primera sección, revisaremos los principales antecedentes sobre cuáles son los factores y mecanismos asociados a la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva. En una segunda sección, analizaremos la discrepancia de la pobreza por clase social de forma bivariada. En una tercera sección, diseñaremos algunos modelos que controlen la influencia de la clase social en el desajuste de la pobreza subjetiva y objetiva, por terceras variables. Por último, en las conclusiones sintetizaremos los resultados obtenidos.

5.1. Factores y mecanismos asociados a la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva

En esta sección, revisaremos los principales antecedentes teóricos y empíricos que tratan la discrepancia de la pobreza subjetiva y objetiva. Ordenaremos este apartado de la siguiente forma, en primer lugar, haremos un recorrido histórico sobre los orígenes conceptuales de cómo la clase social genera percepciones y puede ser una variable de interés relevante. Posteriormente, revisaremos algunos antecedentes empíricos que revisan en qué medida la clase social se relaciona con el mismatch de pobreza. Por último, exploraremos cuáles son los otros factores asociados a la discrepancia de la pobreza que pueden intermediar a nuestra relación principal.

5.1.1. Los orígenes conceptuales

En esta sección, observaremos conceptualmente algunas de las principales corrientes sobre cómo la clase social genera percepciones e identidades diferentes. Esto nos servirá para conocer algunos mecanismos generales que pueden ser ubicados en nuestra investigación.

Varios autores de las ciencias sociales han estudiado en qué medida la situación de clase genera un identidad común y estructura ciertas perspectivas e identidades. De esta forma, esto nos permite unir conceptualmente a la clase social con otros conceptos como el de pobreza subjetiva.

La pobreza subjetiva puede emparentarse con los estudios clásicos de la identidad de clase desarrollados en Inglaterra. Estos se dan a partir de los años sesenta y presentan la importancia de incorporar al grupo de referencia de las personas en los conceptos de clase social (Savage, 2005)

como de la pobreza (Lepenies, 2014). Por lo tanto, se incorporan elementos y aspectos relacionales para la definición de estos conceptos. Uno de los principales antecedentes de este movimiento, fue la importancia que Merton (1965) le otorga al grupo de referencia en sus investigaciones. En este sentido, los estudios en Inglaterra sobre *affluent worker* conducidos por Goldthorpe y Lockwood entre 1962 y 1969 fueron claves para una nueva forma de conceptualización de la clase social. Los autores enfatizan en cómo el grupo laboral de una persona afecta a la identificación social de la persona con la clase social. La hipótesis rival que los autores deseaban rebatir era que al mejorar las condiciones laborales y la expansión del sistema educativo conllevaba a una pérdida de identificación de los obreros con respecto a su clase social (Goldthorpe & Lockwood, 1963).

Los autores entrevistan a un conjunto de individuos para conocer en qué medida el entorno inmediato de una persona y sus relaciones moldean la percepción que tiene del mundo. Por ejemplo, en ambientes proletarios clásicos como la industria metalúrgica, astilleros o minería donde se forman lazos sociales y sindicatos fuertes entre los trabajadores, la principal visión de la sociedad es de una sociedad dicotómica entre un nosotros -representado por los trabajadores- y ellos -patrones industriales-. En organizaciones laborales donde el empleador y empleados tienen un trato más directo esta visión dicotómica sobre la sociedad no existe y se empieza a priorizar una visión desde el prestigio, más típicas de las clases medias. No obstante, al paulatinamente estar disminuyendo las organizaciones laborales existe cierta congruencia entre la clase media y la clase trabajadora (Goldthorpe & Lockwood, 1963). De esta forma, el tipo de lazos sociales genera la identidad de la persona y su perspectiva de qué constituye su clase social (Lockwood, 1966).

Como es recopilado por Savage (2005), estos estudios no fueron continuados entre los setenta y noventa, siendo priorizados los aspectos estructurales de la clase social en Inglaterra a partir del giro dado por Goldthorpe al análisis de movilidad de clase social y obviando los componentes culturales. Posteriormente, Erikson y Goldthorpe (1992) definen las clases sociales tiene repercusiones en la generación de diferentes percepciones, consumos y estilos de vida.

Benza (2018) plantea que la principal crítica a esta postura es que no establece mecanismos de la relación entre las percepciones y la posición social. Desde el individualismo metodológico, estas relaciones se podrían encontrar en la psicología. Especialmente, investigaciones recientes dan cuenta que la clase social incide en las preferencias establecidas, el comportamiento social y diferentes símbolos, y estos en última instancia se reflejan a las evaluaciones sobre su situación económica y diferentes procesos cognitivos de una persona (Bandura, 2005; Kraus et al., 2011).

Dentro de esos postulados las personas de clases más baja tienden a hacer sus evaluaciones independientes a su condición socioeconómica y hacer juicios dependiendo del entorno situacional en el que se encuentren. Es decir, las personas más adineradas son más conscientes de sus beneficios que las personas en situaciones de vulnerabilidad (Manstead, 2018). A su vez, las diferentes disposiciones y creencias inciden en las futuras decisiones educativas, ocupacionales, etc. (Bandura, 2005)

Aunque esta tradición no fue desarrollada en Inglaterra se pueden encontrar algunas referencias en el trabajo de Bourdieu (2011) sobre el habitus donde en términos simples la posición que una persona ocupa en la estructura social lo condiciona en la disposición a un conjunto determinados de actitudes, identidades y acciones. De esta forma, el pensamiento de Bourdieu inspiró a Savage (2005) a dotar de un giro culturalista a su esquema de clases.

Este viraje en la conceptualización de la clase social puede considerarse un cambio en la concepción que la clase social implica, no solo una posición de institucionalización de recompensas sociales, sino también un conjunto de relaciones que generan una identidad similar. Este acercamiento puede compararse con la propuesta de la pobreza relativa de Townsend, donde la pobreza no es una característica absoluta sino un producto de las diferentes relaciones de una persona con su grupo de referencia. Por ejemplo, Savage et al. (2015) analiza cómo las personas de las clases más desfavorecidas se perciben a sí mismas como precarias, dado que sus prácticas son socialmente desvalorizadas. En contraste, las personas de clase alta tienden a evitar el uso de términos como "élite", que podrían distanciarlos del resto de la sociedad.

Es cierto que estos autores tienen una mayor preocupación en la propia identidad y relaciones entre las clases sociales. No obstante, rescatamos esta literatura porque puede dar un marco conceptual de diferentes perspectivas para tratar la pobreza subjetiva, ya que finalmente este concepto no dista de la identidad de clase, en ambos casos se trata de una evaluación que hace la persona con base en una posición social de su situación económica.

5.1.2. Estudios recientes sobre la clase en el desajuste de la pobreza

En este apartado, recopilaremos los principales estudios empíricos de la relación entre la clase social y la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva. Para ello, en primer lugar, realizaremos una lectura transversal de las principales discusiones de los antecedentes, como el tipo de medición, cómo se vincula la pobreza subjetiva y objetiva y los principales mecanismos en las que se vinculan.

Actualmente, la mayoría de las investigaciones en el campo de la pobreza subjetiva pasaron de enfocarse en la conceptualización y medición de esta, para centrarse en los determinantes de las percepciones y sus discrepancias con diferentes medidas de pobreza, tanto directas como indirectas (Amarante et al., 2024; Kingdon & Knight, 2006).

Una debilidad importante en muchos de los antecedentes es que comparan los determinantes de la pobreza objetiva y subjetiva como si fueran dos valores completamente independientes, formulando dos modelos separados (Kingdon & Knight, 2006).

Por el contrario, entendemos que una hipótesis no muy aventurada es que como son dos conceptos muy relacionados, sus mediciones deben estar vinculadas. De esta forma, la percepción de las personas está construida a partir de su situación material (Rubalcava & Salles, 2001). No obstante, algunas investigaciones previas muestran que la discrepancia de estos dos factores como relacionados, al observar la pobreza subjetiva en hogares pobres y no pobres (Amarante et al., 2024; Peng, 2023).

Esta discrepancia depende mucho del país y de la medición. Por ejemplo, en los países europeos con mayor PIB, la discrepancia entre la pobreza subjetiva y por ingresos es menor que en aquellos países más pobres (Buttler, 2013). Esto se debe a que naturalmente la percepción de pobreza está atada a un grupo de referencia. Por lo que, si el contexto es de mayor riqueza de la que uno presenta, entonces el sentimiento de pobreza será mayor a la que se tiene.

En un segundo planteo, la discrepancia de la pobreza está atada al tipo de medición que se realice. De hecho, Rojas y Jiménez (2008) muestran en México que la discrepancia es mayor cuanto más exigente es la medida de pobreza. Por lo que, al comparar la pobreza subjetiva con la multidimensional, existe una mayor discrepancia que al comparar con la pobreza por el método del ingreso.

Ahora bien, como se revisó en el capítulo 1, sostenemos la hipótesis de que es fundamental comprender la desigualdad de clase como punto de partida para explicar la discrepancia en la percepción de la pobreza. Diversos antecedentes muestran cómo la clase social —o, en su defecto, la ocupación— se asocia con el desajuste en la evaluación de la pobreza.

La ocupación del entrevistado ha mostrado estar asociada a la pobreza subjetiva en contextos muy disímiles como China (Gustafsson et al., 2004), Etiopía (Alem et al., 2014), Rusia (Ravallion & Lokshin, 2002) y los países de la Unión Europea (Buttler, 2013).

Específicamente, en Europa, la clase de servicios que incluye a los profesionales y patrones muestra sistemáticamente una menor pobreza subjetiva que el resto de las clases sociales (Buttler, 2013; Duvoux & Papuchon, 2019; Ravallion & Lokshin, 2002). Esto muestra que la principal diferencia en la pobreza subjetiva se da entre los profesionales y grandes patrones al comparar con el resto de la población (Buttler, 2013).

Ante este panorama, diferentes antecedentes marcan algunos bemoles y matices en la relación entre la clase y la percepción de pobreza. Encontramos tres diferentes cuestiones: el papel del trabajo independiente, la informalidad y la importancia de considerar al régimen de bienestar.

En cuanto al trabajo independiente, generalmente se mencionan dos diferentes hipótesis. Por un lado, los trabajadores independientes encuentran una menor pobreza subjetiva, dado que construyen una identidad de mayor flexibilidad a partir de la noción de “ser su propio jefe”. Mientras que el otro mecanismo es que ante la falta de estabilidad y proyección a futuro que tiene el trabajo independiente genera una mayor pobreza subjetiva.

Ante estos mecanismos podemos observar que existen antecedentes que apoyan a cada una de las hipótesis. Por ejemplo, en Colombia los trabajadores independientes suelen tener una mayor satisfacción que el resto de la población (Cortés-Aguilar et al., 2013). Mientras que en Europa (Filandri et al., 2020) y Etiopía (Alem et al., 2014) se ve una tendencia contraria, donde las personas que tienen una mayor flexibilidad laboral muestran una mayor pobreza subjetiva que las personas que tienen un empleo estable asalariado.

Por otra parte, la formalidad ha mostrado que sistemáticamente está relacionada con una menor pobreza subjetiva. Esto puede explicarse por una menor seguridad laboral y la falta de acceso a algunos servicios sociales como la seguridad social y salud. Nuevamente, en Etiopía los trabajadores informales tienen una mayor pobreza subjetiva, en contraste, con los funcionarios públicos (Alem et al., 2014). De forma similar, en varios países de América Latina se da cuenta que aquellos hogares en los que al menos una persona trabajadora tiene acceso a un seguro social, menor es la probabilidad de que la persona que responde la encuesta considere que su ingreso no alcanza para satisfacer sus necesidades (Amarante et al., 2024).

Otro mecanismo de discrepancia entre pobreza objetiva y subjetiva se relaciona con el tipo de régimen de bienestar y su influencia en la percepción de la pobreza. Un estudio reciente muestra que en contextos donde el Estado de bienestar adopta una orientación más familiarista, los jóvenes

presentan una menor probabilidad de encontrarse en situación de pobreza subjetiva, en comparación con aquellos que viven bajo regímenes más individualizados. En consecuencia, la ciudadanía social —entendida como el acceso a servicios de salud, seguridad social, entre otros— se presenta como un factor decisivo para la reducción de la pobreza subjetiva (Chevalier, 2023).

Uruguay, aunque no presenta un régimen familiarista, tiene características similares para los profesionales, trabajadores formales y públicos, por lo que este mecanismo se podría utilizar para comprender la discrepancia de la pobreza subjetiva en Uruguay entre aquellos que están insertos en la formalidad y aquellos excluidos (F. Filgueira, 1998).

En el caso de Uruguay, existen poco antecedentes sobre la influencia de la clase social en el mismatch de pobreza objetiva y subjetiva. Sin embargo, existen evidencia de la importancia de las condiciones de la informalidad y la desocupación en la discrepancia de la pobreza objetiva y subjetiva.

En primer lugar, la importancia de la ocupación se evidencia en varios países de América Latina, donde los hogares que se encuentran por encima de la línea de pobreza, pero tienen al menos un miembro desempleado, reportan con mayor frecuencia que sus ingresos no son suficientes para satisfacer las necesidades básicas, en comparación con aquellos hogares no pobres que no tienen personas desocupadas (Amarante et al., 2024). En Uruguay, la desocupación afecta principalmente más a la pobreza por ingreso que a la subjetiva (Scalese Correa, 2021).

En segundo lugar, en Uruguay el efecto de la informalidad en el mismatch de la pobreza subjetiva en relación con la pobreza objetiva es mayor a la reportada en el resto de los países de América Latina (Amarante et al., 2024; Scalese Correa, 2021). Esto puede explicarse por una menor informalidad para Uruguay en comparación con el resto de los países latinoamericanos (Solís et al., 2019), generando que los informales pueda ser una categoría percibida como más vulnerable que en el resto de los países de América Latina.

Por último, un concepto próximo al de clase social es el índice socioeconómico, el cual se construye a partir de la acumulación de bienes de confort presentes en el hogar. En este sentido, estudios en América Latina muestran que, entre los hogares no pobres, a mayor nivel de confort material, menor es la probabilidad de que el jefe de hogar perciba que sus ingresos son insuficientes (Amarante et al., 2024). Cabe destacar que el país donde esta discrepancia entre condiciones materiales objetivas y percepciones subjetivas es más pronunciada, es Uruguay.

5.1.3. Más allá de la clase, otros factores asociados al mismatch de la pobreza

En este último apartado de revisión de antecedentes se tratará la vinculación de qué otros factores inciden en la discrepancia de pobreza. Para ello, repasaremos algunos artículos para conocer qué variables son importantes para incluir en nuestro modelo y cuáles serían los principales mecanismos que dan lugar a la relación entre estas variables y el desajuste de pobreza subjetiva y objetiva.

En general, la bibliografía menciona aspectos individuales y de composición del hogar como los principales determinantes de la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva. En especial, el sexo, años de escolaridad y edad son los factores más usados para analizar las discrepancias entre la pobreza objetiva y subjetiva.

En primer lugar, la clase social está relacionado con diferencias en los ingresos que perciben las personas en el mercado laboral (Solís et al., 2019). Por lo que es necesario conocer hasta qué punto son los ingresos percibidos para satisfacer las necesidades lo que genera la pobreza subjetiva o el puesto en la estructura social. Para ello, incorporamos en el modelo la variable de intensidad de la pobreza que es una recodificación de los ingresos totales del hogar en tramos, según cuanto se distancia de la línea de pobreza. Por lo que reflejamos cuál es el nivel de satisfacción de las necesidades de acuerdo con sus ingresos.

A modo general, los ingresos y la pobreza subjetiva tienen una correlación positiva, aunque tiende a ser entre moderada y baja (Alem et al., 2014; Gasparini et al., 2013; Mahmood et al., 2019; Pradhan & Ravallion, 2000; Ravallion & Lokshin, 2002; Rojas & Jiménez, 2008). De hecho, cuanto mayor es el grado de exigencia del umbral de pobreza mayor es la disonancia entre ambos indicadores (Rojas & Jiménez, 2008). Entendemos que mayores ingresos genera una menor pobreza subjetiva, ya que la percepción de la pobreza se genera a partir de los recursos materiales con los que la persona cuenta. Por lo que, si el hogar no cuenta con los ingresos que son considerados necesarios, las personas no tendrán una percepción que difiera de esa realidad.

En segundo lugar, la escolaridad del hogar muestra que, a mayor nivel educativo, existe una mayor influencia en las mediciones de pobreza por ingreso, que en la medida subjetiva (Kingdon & Knight, 2006; Scalese Correa, 2021). Específicamente en Uruguay, estos datos muestran que la escolaridad promedio de los adultos del hogar reduce más la pobreza objetiva que subjetiva. En otras palabras, los hogares con mayor escolaridad tienen menor probabilidad de estar por debajo de la línea de la pobreza, pero no incide de igual forma en que el entrevistado considere que sus recursos son suficientes para satisfacer las necesidades del hogar (Scalese Correa, 2021).

En tercer lugar, el sexo ha sido medido por los antecedentes a partir de dos criterios: la proporción de mujeres en el hogar o el sexo de la persona que responde la encuesta. En los hogares con una mayor proporción de mujeres, se constata un aumento en la probabilidad de estar por debajo de la línea de pobreza, pero genera pocos cambios en la pobreza subjetiva declarada por el referente del hogar (Mahmood et al., 2019; Ravallion & Lokshin, 2002).

Por otra parte, cuando la entrevistada es mujer el efecto no es claro, mientras que algunos antecedentes marcan que no hay diferencias en la discrepancia (Alem et al., 2014; Lucchetti, 2006). Otros antecedentes muestran que las mujeres tienden a percibir a su hogar más pobres que los varones (Buttler, 2013; Kingdon & Knight, 2006). Esto puede deberse a una mayor carga de cuidados de las mujeres, por lo que pueden conocer más a fondo los recursos que son requeridos para satisfacer las necesidades de las personas. Por el contrario, algunas investigaciones exponen una mayor pobreza subjetiva por parte de los varones frente a las mujeres (Rojas & Jiménez, 2008).

En cuarto lugar, la edad del entrevistado también muestra resultados contradictorios. Mientras algunos artículos establecen que el efecto de la edad es mayor en las medidas de ingreso que en las subjetivas (Lucchetti, 2006). Otras investigaciones señalan lo contrario, que es en la pobreza subjetiva donde existe una mayor influencia de la edad de la persona (Buttler, 2013; Kingdon & Knight, 2006).

Proponemos dos mecanismos. En primer lugar, en caso de que la edad incremente el mismatch de pobreza, puede deberse a diferentes necesidades de acuerdo con la edad de la persona. En consecuencia, a mayor edad, mayor sería los recursos que una persona debe destinar para el cuidado de su salud. Mientras que en el caso de que el efecto de la edad en la discrepancia de la pobreza sea negativo puede deberse a una comparación con épocas anteriores, especialmente de crisis, que sean asociadas a una mayor pobreza.

Por otra parte, la ascendencia étnico-racial ha sido marcada en América Latina como un factor influyente en la construcción de la pobreza subjetiva. Por ejemplo, en Bolivia, las personas que tienen ascendencia quechua tienen una mayor pobreza subjetiva que el resto de la población (Arias & Sosa Escudero, 2005). En Colombia, también se releva que las personas que se declaran afrodescendientes tienen una mayor chance de pobreza subjetiva que el resto de la población (Arroyo-Mina & Ruiz-Cardona, 2017). En este sentido, recordemos que al ser el indicador una medida abierta, puede reflejar diferentes expresiones de discriminación que generan una mayor percepción de pobreza, en comparación con la efectivamente medida.

Las regiones geográficas pueden ser clave para entender la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva. Como adelantamos en el capítulo 1, esto puede deberse a la conformación de grupos de referencia diferenciados por región y en el tipo de producción agroeconómica de cada una de ellas. Gustafsson (2004) en China, desarrolla un mecanismo similar donde las regiones se toman en cuenta para conocer si la evaluación de las necesidades está atada a diferentes grupos de pares y normas.

Estas diferencias se muestran en otros países, donde las zonas urbanas muestran una mayor prevalencia pobreza subjetiva que la reportada en hogares rurales. Esta tendencia se reporta en Colombia (Pinzón Gutierrez, 2017), Argentina (Lucchetti, 2006), Sudáfrica (Kingdon & Knight, 2006), Pakistán (Mahmood et al., 2019), Nepal (Pradhan & Ravallion, 2000) y Rusia (Ravallion & Lokshin, 2002). Específicamente en Uruguay, la zona Este que es donde se encuentra la principal zona turística del país es la que presenta una mayor discrepancia de la pobreza (Scalese Correa, 2021).

La última variable que incluiremos en nuestro modelo es el índice de dependencia, ya descrito en capítulos anteriores. En este sentido, no encontramos antecedentes específicos que analicen si la proporción de perceptores del hogar afecta la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva. Si nos aproximamos conceptualmente con el tamaño del hogar, bajo el supuesto de que un hogar de mayor tamaño tiene más perceptores, no existe un efecto consistente entre ambas variables.

En general, en la literatura se encuentra que existe una asociación positiva entre el tamaño del hogar y la pobreza subjetiva, es decir, cuanto mayor sea el número de habitantes del hogar, mayor es la pobreza subjetiva (Aguado-Quintero et al., 2010; Arroyo-Mina & Ruiz-Cardona, 2017; Gustafsson et al., 2004; Mahmood et al., 2019; Mangahas, 2002; Pradhan & Ravallion, 2000; Ravallion & Lokshin, 2002).

El principal mecanismo que planteamos es que las medidas de pobreza por ingreso suelen infraestimar la economía de escala de los hogares (Rojas & Jiménez, 2008). Por lo tanto, puede ser que en hogares de mayor tamaño y con más perceptores, tengan una menor pobreza subjetiva que la reportada por los indicadores de ingreso.

5.2. La clase social y la discrepancia de la pobreza

Como se indicó en el capítulo 2, la unidad de análisis en este apartado son las personas encuestadas, dado que la pobreza subjetiva refiere a una percepción individual y no a un atributo del hogar. En la

tabla 9 se presenta el porcentaje de discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva según la clase social del hogar, diferenciando entre aquellos clasificados como pobres y no pobres.

El desajuste, o mismatch, se define de la siguiente manera: si la percepción de la persona encuestada coincide con la identificación del indicador de pobreza de ingresos, la variable toma el valor 0. En cambio, si ambas medidas no coinciden, la variable del mismatch toma el valor 1. Esta discrepancia no se interpreta de forma homogénea. En hogares pobres, implica que el encuestado no percibe a su hogar como pobre. Mientras que, en hogares no pobres, indica que, aunque los ingresos son superiores a la línea de pobreza, la persona considera que su hogar es pobre. Por tanto, un mayor nivel de desajuste representa fenómenos distintos según la condición de pobreza del hogar.

A nivel general, la discrepancia entre pobreza subjetiva y objetiva varía según la clase social, lo que sugiere un primer indicio del efecto de clase en este tipo de desajuste. Por ejemplo, entre los hogares clasificados como pobres, el 45.5% de las personas encuestadas pertenecientes a la clase “profesionales asalariados y por cuenta propia” no perciben a su hogar como tal, siendo el porcentaje más alto entre todas las clases analizadas. En cambio, entre los hogares no pobres de esta misma clase, solo un 7.6% perciben su hogar como pobre. Esto permite hipotetizar que la educación, asociada a esta clase, podría actuar como un amortiguador frente a la percepción de pobreza. Esta hipótesis será puesta a prueba en la sección siguiente, mediante modelos logísticos que controlan por nivel educativo.

Tabla 9: Mismatch de la pobreza por ingreso y subjetiva de los hogares uruguayos según su posición respecto a la línea de pobreza y clase social (%).

	No pobre	Pobre	Total
Grandes Patrones, directivos de alto rango y profesionales con empleados	10.7	30.1	11.1
Profesionales asalariados y por cuenta propia	7.6	45.5	8.4
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos	14.3	39.9	14.5
Trabajadores no manuales de rutina	18.8	34.0	19.0
Trabajadores en ventas de grandes comercios	31.5	45.6	32.2
Trabajadores en ventas de pequeños comercios	37.3	40.9	37.8
Pequeños patrones	5.4	43.1	5.9
Trabajadores independientes calificados	31.8	27.5	31.2
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)	52.5	20.2	43.3
Trabajadores independientes agrícolas	33.1	21.7	31.3
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos	27.2	37.0	27.5
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos	36.9	25.9	35.8
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos	42.6	25.4	41.2
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos	49.5	22.7	45.0
Trabajadores asalariados agrícolas	37.4	24.5	36.5
Jubilados	30.0	21.2	29.9
Sin ocupación al momento de la encuesta	48.4	20.4	42.5
Total	28.3	25.1	28.1

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023.

En el caso de los hogares de los grandes patrones por encima de la línea de la pobreza, apenas un 10.7% se perciben como pobres, una discrepancia mayor a la observada en los profesionales. A su vez, entre los hogares de los grandes patrones identificados como pobres, un 30.1% no perciben a su hogar como tal. Aunque el número de casos en esta categoría es reducido, estos datos sugieren que el rol de patrón reduce la chance de que una persona considere a su hogar pobre. Un fenómeno similar se observa entre pequeños patrones, donde solo el 5.4% de los hogares no pobres en esta categoría se perciben a su hogar como pobre.

Uno de los clivajes más relevantes al analizar el mismatch entre pobreza subjetiva y objetiva es el de los trabajadores independientes e informales. En general, los hogares encabezados por trabajadores independientes tienden a percibirse como pobres, independientemente de su situación objetiva por ingresos. Por ejemplo, entre los hogares no pobres cuyo principal perceptor es un trabajador independiente no calificado, la mitad se perciben como pobres. Aunque esta cifra disminuye entre los independientes calificados y los trabajadores rurales, sigue siendo elevada: un tercio de estos encuestados en hogares no pobres considera que su hogar es pobre, superando el promedio nacional. Este hallazgo coincide con estudios previos en Uruguay que ya señalaban una elevada

discrepancia entre pobreza objetiva y subjetiva entre los trabajadores independientes (Amarante et al., 2024; Scalese Correa, 2021).

El trabajo independiente se caracteriza por una condición transitoria y una falta de estabilidad respecto al futuro (Filandri et al., 2020). Esto muestra la importancia de la estabilidad laboral en la configuración del mismatch de pobreza. Dicho hallazgo, por lo tanto, se opone a los discursos que ponderan al emprendimiento y al autoempleo como un valor intrínseco, ya que incluso los trabajadores independientes calificados muestran una discrepancia de pobreza en los hogares no pobres, mayor que el promedio (Cortés-Aguilar et al., 2013).

Los hogares de los trabajadores manuales muestran una disparidad importante en la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva según su condición de formalidad y calificación. Para ello, en ocasiones observaremos el riesgo relativo entre la prevalencia de mismatch de pobreza de una clase (p_1) frente a la prevalencia de otra clase (p_2). La ecuación del riesgo es p_1/p_2 . De esta forma, podremos poner en relación el cambio de la discrepancia de la pobreza en dos categorías diferentes.

Entre los hogares no pobres de los trabajadores manuales, observamos que los hogares en los que el mayor perceptor no está calificado o trabaja en una pequeña empresa, en promedio, tienden a ser percibidos como más pobres por el referente del hogar. En términos de calificación, los hogares de los trabajadores calificados en grandes establecimientos tienen 37% (27.2/42.6) menos de riesgo de que el encuestado considere al hogar como pobre, en comparación con los hogares de trabajadores manuales no calificados en empresas del mismo tamaño. En las pequeñas empresas, este riesgo relativo disminuye a solo un 25% (36.9/49.5).

Este es el efecto clásico de la calificación mostrado en varios trabajos antecedentes sobre la pobreza (Gioachin et al., 2023; Vandecasteele, 2011). Es decir, a una mayor calificación parece que la percepción de la pobreza en hogares no pobres disminuye. Podemos observar algunos matices comparando con los antecedentes europeos (Buttler, 2013; Duvoux & Papuchon, 2019) que solo observaban diferencias entre la clase de servicios y el resto. En este caso, no solo existen desigualdades entre las clases sociales, sino también al interior de lo que clásicamente se denomina trabajadores manuales.

Por otra parte, hay un efecto del tamaño del establecimiento en la discrepancia de la pobreza en hogares no pobres. Los hogares de los trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos tienen 27% menos probabilidades de que el hogar sea considerado pobre por la

persona que fue encuestada, en contraste con el hogar de trabajadores calificados informales que es 36.9%. Es decir, la discrepancia de la pobreza es un 36% (36.9/27.2) mayor en los hogares de los trabajadores manuales calificados informales. Mientras que, en los trabajadores no calificados, el riesgo relativo al comparar las clases por tamaño de establecimiento es menor, siendo solamente de 16% (49.6/42.5) entre los trabajadores formales y no formales.

En los hogares pobres de los trabajadores manuales, se sigue manteniendo las diferencias por formalidad. Los hogares pobres de trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos tienen un 25% (37.0/25.9) más de riesgo de no haber sido considerados pobres por el referente del hogar frente a los hogares de la misma categoría pero informales. Mientras que, en los hogares de los trabajadores no calificados en grandes establecimientos al compararla con los mismos trabajos, pero de pequeños establecimientos, la diferencia es menor siendo de un 12% (25.4/22.7).

La informalidad parece ser un aspecto clave en la discrepancia de la pobreza subjetiva. Esto es consistente con las conclusiones alcanzadas por Amarante et al. (2024) que estipulaban que es en Uruguay donde la informalidad crea una mayor discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva. Un mecanismo en el que se puede sustentar es por la exclusión de los diferentes servicios sociales que genera una mayor incertidumbre a futuro por parte de los trabajadores. Por ello, resulta importante la inclusión de estas categorías al sistema formal como mecanismo para reducir al menos las percepciones de pobreza en la relación (Chevalier, 2023).

La principal conclusión es que a diferencia de los antecedentes europeos (Buttler, 2013; Duvoux & Papuchon, 2019), la discrepancia de la pobreza se encuentra estratificada entre las clases. Todas muestran diferentes niveles de discrepancia. Especialmente, en los hogares no pobres, los entrevistados que son informales y trabajadores independientes son los que perciben que su hogar es pobre. Estos mecanismos serán testeados en la próxima sección, cuando serán controlados por un conjunto de hipótesis rivales.

5.3. Control de hipótesis rivales

Para poder observar cuál es el efecto de la clase social en la discrepancia de la pobreza subjetiva y objetiva, controlando por el resto de los factores realizamos dos modelos de regresión logística presentes en la tabla 10.

Uno de los modelos se enfoca en los 2502 encuestados de hogares que en 2022-2023 fueron identificados como hogares cuyos ingresos estaban por debajo de la línea de pobreza. El otro modelo

fue realizado en los 43090 entrevistados de hogares que no fueron identificados como pobres. De esta forma, podemos vincular la percepción de la pobreza de la persona con las condiciones materiales en las que está inserto en el hogar. Por lo tanto, con estos dos modelos, pretendemos reflejar empíricamente la relación conceptual entre las condiciones materiales y las percepciones.

Dado que la unidad de análisis es la persona identificada como referente del hogar, agregamos algunas variables sociodemográficas de los individuos que respondieron la encuesta, ya que pretendemos reflejar a las propias experiencias de las personas, a partir de sus atributos. Por este motivo, utilizamos algunas variables adicionales a las que fue presentado en el capítulo anterior, que estaba más enfocado en los determinantes estructurales sobre la pobreza por método de ingreso.

El primer modelo enfocado en hogares pobres, casi ninguna variable, salvo la escolaridad de los perceptores, el índice de dependencia y algunas variables sociodemográficas de la persona e intensidad de la pobreza, resulta significativa al 95% de confianza en relación con la discrepancia entre pobreza objetiva y subjetiva. En otras palabras, vivir por debajo de la línea de pobreza es, por sí mismo, un factor clave para comprender la percepción que las personas tienen sobre la pobreza en sus hogares. Por lo tanto, una vez que los ingresos son insuficientes, la clase social no tiene incidencia en la configuración de la pobreza subjetiva.

No obstante, otras variables muestran una asociación con la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva en los hogares pobres. Por ejemplo, una mayor escolaridad de los perceptores del hogar se asocia con una mayor probabilidad de que el encuestado no perciba a su hogar como pobre. Esto puede explicarse por un aumento en el capital humano que genera que, aunque en el momento de la encuesta el hogar no tenga los ingresos suficientes, una mayor escolaridad puede potencialmente generar recursos para salir de la pobreza (Becker, 1995). De esta forma, la escolaridad genera predisposiciones para tomar decisiones más eficientes y a su vez puede generar un estatus diferente que no está asociado con la pobreza.

Tabla 10: Factores asociados a la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva en hogares pobres y no pobres (2022-2023).

	Odds ratio hogares pobres	Odds ratio hogares no pobres
Clase del mayor perceptor del hogar (grandes patrones categoría de referencia)		
Profesionales asalariados y por cuenta propia	2.1	1.0
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos	1.3	1.7***
Trabajadores no manuales de rutina	1.2	1.6***
Trabajadores en ventas de grandes comercios	1.6	2.3***
Trabajadores en ventas de pequeños comercios	2.0	2.1***
Pequeños patrones	2.5	0.4***
Trabajadores independientes calificados	1.2	1.7***
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)	1.0	2.5***
Trabajadores independientes agrícolas	1.2	1.3**
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos	1.4	1.8***
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos	1.2	2.0***
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos	0.9	2.7***
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos	0.9	2.7***
Trabajadores asalariados agrícolas	1.0	1.8***
Jubilados	1.3	1.5***
Sin ocupación al momento de la encuesta	0.8	2.4***
Promedio de años educativos de las personas con ingreso del hogar (estandarizado)	1.2***	0.9***
Índice de dependencia (estandarizado)	1.9***	0.6***
Intensidad de la pobreza (categoría de referencia para hogares pobres es la categoría "75%< ingreso<LP" y para hogares no pobres es "Ingreso>200% LP")		
Ingreso < 75% LP	0.5***	-
75%< ingreso<LP	(base)	-
LP<= Ingreso < 150%	-	5.4***
150%LP>Ingreso<199% de LP	-	2.7***
Ingreso>200% LP	-	(base)
Edad del entrevistado (estandarizado)	0.7***	1.2***
La encuestada es mujer (varón categoría de referencia)	0.8	1.0
El encuestado es afrodescendiente (no afrodescendiente es categoría de referencia)	0.7**	1.3***
Región (Montevideo categoría de referencia)		
Canelones	0.9	1.8***
Suroeste	1.7	0.7***
Litoral	1.4*	1.4***
Noreste	0.9	1.8***
Este	0.7	2.6***
Central	1.2	1.1**
2023 (2022 categoría de referencia)	1.2*	1.1**
Constante	0.1***	0.4***
N	2218	40931
Pseudo R² de McFadden	0.08	0.19
AIC	157762.1	2138033.0
BIC	157933.2	2138300.2

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023. * p < 0.1, ** p < 0.05, *** p < 0.01

Además, al analizar la intensidad de la pobreza, constatamos que aquellos hogares que tienen ingresos menores al 75% del valor de la línea de la pobreza, tienen 50% de chances menos de que la persona que responde la encuesta considere que su hogar no es pobre en comparación con los que tienen un ingreso mayor del 75% del valor de la línea de pobreza. Esto muestra que la producción de las percepciones está dada a partir de determinadas condiciones materiales de vida (Rubalcava & Salles, 2001), donde al mejorar el ingreso, e indirectamente los recursos para satisfacer las necesidades, mayor es la probabilidad de que una persona no se considere pobre (Kingdon & Knight, 2006; Rojas & Jiménez, 2008).

La otra variable del hogar que está asociada con la discrepancia de pobreza en hogares pobres es el índice de dependencia. De hecho, cuanto menor es la dependencia del hogar en un solo perceptor, mayor es la chance de que el entrevistado no se considere pobre. El principal mecanismo que planteamos es que en la medida que un hogar puede diversificar sus ingresos y tener más perceptores, menor es el riesgo de que ante una eventualidad, el hogar pierda todos los ingresos que percibe. Por lo tanto, esta mayor certidumbre de cara al futuro brinda una menor percepción de pobreza.

Los atributos que presenta una persona son importantes para entender el desajuste de pobreza de su hogar. Esto puede estar dando cuenta que, en los hogares pobres, la mayor diferencia en la generación de percepciones es la experiencia individual de las personas generada por adscribirse como afro y la edad. Al igual que en algunos antecedentes, parece que el sexo del entrevistado no tiene incidencia en el mismatch de la pobreza (Alem et al., 2014; Lucchetti, 2006). Por lo tanto, por el momento, podría entenderse que asumir mayores tareas de cuidado, no aumenta la percepción de la pobreza.

Cuando la persona entrevistada se identifica como afrodescendiente, existe una menor chance de que la persona considere a su hogar como no pobre, siendo un mayor desajuste de la pobreza. Esto apoya diferentes antecedentes latinoamericanos donde el racismo ha sido un eje que puede explicar una mayor percepción de pobreza (Arias & Sosa Escudero, 2005; Arroyo-Mina & Ruiz-Cardona, 2017). En general, esto puede explicarse por diferentes actos de discriminación que hacen que la persona considere que su hogar no es pobre, a pesar de que ha sido clasificado como tal.

Cuando consideramos el mismatch en los hogares no pobres, es una situación completamente diferente, tanto en la interpretación como en los resultados. En primer lugar, recordamos que esta cifra debe interpretarse como las chances de un hogar que está por encima de la línea de la pobreza

y se considera pobre. En segundo lugar, podemos observar que casi todas las variables incluidas están asociadas significativamente. Esto se muestra en que la bondad de ajuste, según el Pseudo R^2 de McFadden, es aceptable, siendo de 0.19.

En este caso, existen diferencias significativas por clase social en la discrepancia de la pobreza. En otras palabras, que el hogar tenga un perceptor que pertenece a una clase social diferente, muestra diferencias en que la persona que responde la encuesta considere que es un hogar pobre. Incluso controlando por terceras variables, la clase social se revela como un factor importante en la estructuración no solo de la pobreza por el método del ingreso -como vimos en el capítulo anterior- sino de las percepciones.

En consecuencia, este hallazgo apoya a los principales postulados de desigualdad de Grusky y Kanbur (2006), que establecen que es necesario incorporar a la clase como posiciones intermediadoras de ciertas recompensas. En este caso, no solo las recompensas son bienes materiales sino también pueden condicionar a diferentes percepciones y evaluaciones. Esto lleva a que la clase social tenga un carácter de producción de sentido e identidad, tal como es rescatado desde el individualismo metodológico (Bandura, 2005; Kraus et al., 2011) y perspectivas culturalistas (Savage et al., 2015).

Por ejemplo, los encuestados de los hogares que tienen como mayor perceptor a pequeños patrones y profesionales tienen las mismas chances o menos de que consideren a su hogar como pobre que los grandes patrones. En este sentido, se apoya a la literatura internacional que marcan diferencias en la discrepancia de la pobreza por clase social (Alem et al., 2014; Duvoux & Papuchon, 2019). Ahora bien, la discrepancia no limita a una oposición entre la clase de servicios y el resto de la sociedad, como muestran los antecedentes europeos, sino que cada una tiene diferentes magnitudes en los OR, en comparación con los patrones.

Como vimos en la sección sobre los diferentes factores relevantes para los antecedentes, la informalidad y el trabajo independiente son factores que muestran diferencias en la percepción de la pobreza de los trabajadores. Para eso, en los siguientes párrafos mostraremos las diferencias de la informalidad y el trabajo independiente en la percepción de la pobreza. Para ello, nuevamente nos serviremos de una razón entre los OR de una clase frente a otra, para comparar el efecto de la informalidad, calificación o trabajo independiente. Recordemos que la ecuación que utilizamos es OR_1/OR_2 .

El efecto de la informalidad es pequeño, al controlar por la intensidad de pobreza. Los encuestados de hogares de trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos tienen 35% (2.7/2.0) más de riesgo de considerar a su hogar pobre que los encuestados de hogares de la misma categoría, pero en grandes establecimientos. Mientras que entre los encuestados de los hogares de los trabajadores no calificados en pequeños establecimientos tienen la misma chance de considerar a su hogar pobre que las personas de hogares de grandes establecimientos.

Esto muestra un comportamiento dual, mientras que, para los trabajadores calificados, existe una discrepancia de pobreza subjetiva por el tipo de establecimiento en el que trabaja, entre los no calificados no existe esa diferencia. Un posible mecanismo es por un cambio en las expectativas de las personas, donde los encuestados de los hogares de trabajadores calificados en pequeñas empresas aspiran a tener empleos formales. La expectativa por un trabajo formal puede ser fundamentado en la disminución de la informalidad en Uruguay (Amarante & Gómez, 2016). Aunque este mecanismo no aparece dentro de la literatura, podría mostrar diferencias en las expectativas por formalidad y su influencia en la percepción de la pobreza. Por otra parte, en los trabajadores no calificados, la percepción de la pobreza es igual tanto en las personas con empleos formales como informales, siendo consistente con lo mostrado a nivel bivariado anteriormente.

Este hallazgo matiza los resultados encontrados por Amarante y colaboradores (2024) que observan una mayor discrepancia entre los trabajadores informales frente al resto de trabajadores formales. Es decir, mientras que la tendencia general es que los trabajadores informales muestran una mayor discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva, cuando diseccionamos por calificación, vemos que, entre los trabajadores de baja calificación, la informalidad no tiene impacto sobre la discrepancia de pobreza.

Al observar el factor clásico de la calificación en la discrepancia de la pobreza vemos que incluso al controlar por la intensidad de la pobreza, esta tiene una influencia en nuestra variable dependiente. En cifras, al comparar con la categoría de referencia, las personas encuestadas de hogares de trabajadores manuales formales calificados tienen un 33% (1.8/2.7) menos de riesgo de considerar a su hogar pobre, que las personas de hogares de trabajadores manuales no calificados.

En los pequeños establecimientos al hacer la misma comparación, el riesgo es muy similar siendo de un 26% (2.0/2.7) menos de riesgo de que la persona que responda la encuesta considere que su hogar es pobre en los hogares de los trabajadores calificados frente a los no calificados.

Por otra parte, los encuestados de los hogares cuyo mayor perceptor son trabajadores independientes no muestran un desajuste importante de la pobreza. Las personas que respondieron la encuesta de hogares de trabajadores independientes calificados tienen un 70% más de chances de que consideren que su hogar es pobre, frente a los hogares de grandes patrones, cuando no lo son. Estando en un nivel similar que los hogares de administrativos, trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos o trabajadores no manuales. Mientras que en encuestados de los hogares de los trabajadores independientes no calificados los momios de considerar a su hogar pobre se multiplica por 2.5, versus los encuestados de hogares de los grandes patrones. El pertenecer a un hogar que el perceptor tiene una menor calificación que la categoría anterior, aumenta en un 47% ($2.5/1.7$) que la persona que responde la encuesta considere que su hogar es pobre cuando no lo es identificado. Por lo que, más allá de la protección social, la discrepancia de pobreza parece estar sumamente ordenada por la calificación.

En este sentido, parece que el principal mecanismo que se observa dentro de los trabajadores independientes es la calificación, más que el autoempleo, per se. Es decir, el trabajo independiente no parece estar asociado con la discrepancia de la pobreza en los hogares no pobres (Filandri et al., 2020). Igual que en los trabajadores manuales, la calificación se muestra como un factor relevante al estudiar las percepciones de pobreza.

En los próximos párrafos destacaremos algunos de los principales hallazgos que encontramos sobre el resto de los factores que muestran cierta relevancia con la discrepancia de la pobreza, según la literatura.

En cuanto a la intensidad de la pobreza, cuanto mayor es la distancia a la línea de pobreza, menor es el desajuste de la pobreza. Esto es coherente, y se encuentra en armonía con varios de los hallazgos en los estudios de pobreza subjetiva que muestran que, a mayor ingreso, menor es la discrepancia con la pobreza subjetiva (Aguado-Quintero et al., 2010; Saunders et al., 1994). Es decir, al estar la percepción anclada en un contexto y recursos materiales determinados (Rubalcava & Salles, 2001), es esperable que, al incrementarse los ingresos, disminuya la probabilidad de que la percepción de pobreza contradiga la situación material.

Al aumentar un desvío estándar en la edad del entrevistado, las probabilidades de que la persona considere a su hogar pobre aumentan en un 20%. Este hallazgo sugiere que la edad influye en la percepción de la pobreza del hogar. Los resultados son consistentes con diversos estudios que muestran que la pobreza subjetiva aumenta con la edad (Ravallion & Lokshin, 2002; Saunders et al.,

1994). De este modo, se apoya el mecanismo hipotetizado según el cual, a mayor edad, se requiere un mayor destino de recursos para el cuidado de la salud, por lo tanto, esto lleva a una mayor percepción de pobreza por gastos que no son contemplados típicamente en la elaboración de las canastas básicas de la pobreza por ingreso.

Si la persona se define como afrodescendiente, aumenta las chances de que la persona considere a su hogar como pobre, incluso cuando está por debajo de la línea de pobreza. En cifras, los afrodescendientes tienen un 30% más de chances de considerar a su hogar pobre que las personas que se definen en otra categoría. Esta interpretación no es novedosa, teniendo en cuenta que existen antecedentes que vinculan las diferentes carencias que tienen las personas afrodescendientes en el ámbito laboral, educativo, de residencia, etc. (Cabella et al., 2013). Además, como argumentamos anteriormente, al ser la medida de pobreza una pregunta que no define dimensiones puede ser que actos de discriminación que hayan experimentado, surjan en la mente del entrevistado al evaluar la pobreza del hogar.

Por otra parte, la región en la que vive la persona no tiene un efecto constante en las chances de que el encuestado considere a su hogar como pobre. Al comparar con Montevideo, todas las regiones menos la sureste aumentan las chances de que la persona que responda considere que su hogar es pobre, cuando no es identificado como pobre.

Incluso, la mayor magnitud del OR se encuentra en las regiones del noreste (frontera con Brasil), este y en Canelones -donde se encuentra parte de la periferia del área metropolitana de Montevideo-. De esta forma, mientras que al analizar la probabilidad de que un hogar esté por debajo de la línea del ingreso surge que la región más pobre es la capital del país, Montevideo. Al observar la discrepancia de la pobreza en hogares no pobres, muestra un comportamiento más parecido a las medidas multidimensionales que muestran una mayor prevalencia de pobreza en el noreste del país (Calvo et al., 2013; Fernández et al., 2023; Machado & Vigorito, 2021).

Planteamos dos mecanismos para explicar este fenómeno. Por una parte, como fue destacado por los antecedentes, estas regiones tienen una mayor carencia y menor satisfacción de las necesidades que el resto de las regiones que no son necesariamente captados por el indicador de ingreso (Fernández et al., 2023; Machado & Vigorito, 2021).

En segundo lugar, en el sudoeste que corresponde a los departamentos de Colonia y San José, la discrepancia de pobreza en hogares no pobres es menor en relación con Montevideo. Esto puede

ser por ser departamentos caracterizados por su producción agrícola y con un pasado cosmopolita de inmigrantes (suizos, alemanes, vascos, etc.), se podría hipotetizar que la mezcla entre grupos inmigrantes de Europa Occidental y una imagen de departamentos granja generan una conformación de grupos de referencia que tienen una diferente percepción de pobreza.

5.4. Conclusiones

La principal conclusión de este capítulo es que existe una relación compleja entre las condiciones materiales, las posiciones sociales y la percepción de la pobreza. Esta relación no es lineal y varía dependiendo de si el hogar está por encima o por debajo de la línea de pobreza.

En los hogares por debajo de la línea de pobreza, la discrepancia entre la pobreza subjetiva y objetiva es mínima. Vivir en un hogar con ingresos que no alcanzan a cubrir las necesidades básicas parece ser suficiente para que los encuestados perciban su situación como pobreza. Esto se evidencia en la falta de diferencias significativas en la mayoría de las variables analizadas. Así, los ingresos insuficientes tienen un mayor peso en la percepción de pobreza que la clase social, lo que sugiere que el nivel de ingresos influye más en las percepciones que las posiciones sociales. Esta conclusión se refuerza al observar la intensidad de la pobreza, cuanto mayor es la distancia entre el ingreso del hogar y la línea de pobreza, menor es la probabilidad de que el jefe de hogar no se perciba como pobre.

Además, algunas variables individuales del encuestado (edad y ascendencia étnico-racial) están vinculadas a su evaluación de la pobreza del hogar. Esto sugiere que las experiencias personales parecen ser determinantes para entender la discrepancia entre la pobreza objetiva y subjetiva. Futuras investigaciones podrían centrarse en identificar los mecanismos o experiencias individuales que influyen en la percepción de pobreza. Por lo tanto, es relevante considerar al entrevistado como unidad de análisis en estudios sobre pobreza subjetiva o discrepancia en la percepción de la pobreza.

En suma, la discrepancia en los hogares pobres parece estar principalmente ligada a la insuficiencia de ingresos para satisfacer las necesidades básicas, junto con factores asociados a las características personales de los individuos que podrían generar experiencias diferenciadas.

Por otro lado, en los hogares por encima de la línea de pobreza, la dinámica es distinta, allí la discrepancia está fuertemente estructurada por la clase social. Esto indica que los hogares no pobres conforman un grupo mucho más heterogéneo que aquellos por debajo de la línea de pobreza.

La discrepancia de pobreza subjetiva por clases sociales sigue un patrón descendente, cuanto menor es la calificación del mayor perceptor del hogar, menor es la discrepancia de la pobreza subjetiva. Por otra parte, la informalidad solo afecta a la percepción de pobreza entre los trabajadores calificados. Probablemente esto se dé por una diferencia en las expectativas de los trabajadores formales que aspiran a tener un trabajo formal, por la que la falta de uno puede estar asociado con una mayor pobreza.

Al profundizar, se puede observar que el mismatch de pobreza en hogares de trabajadores independientes calificados, es similar al de los trabajadores no manuales o trabajadores manuales calificados formales. Esto implica que los mecanismos propuestos por Filandri et al. (2020) sobre que los trabajadores independientes tienen una mayor percepción de pobreza por su carácter de ingresos temporales y la falta de estabilidad laboral es refutado parcialmente, ya que es la baja calificación en los trabajadores independientes lo que aumenta la discrepancia en la pobreza.

Por otra parte, los trabajadores informales no calificados muestran una proporción de discrepancia de pobreza similar al resto de los trabajadores formales con la misma calificación. De esta forma, no se encuentran diferencias por formalidad en la discrepancia entre pobreza subjetiva y objetiva.

Por lo tanto, parece que la discrepancia de la pobreza se estructura más en términos de calificación, que por la informalidad (Amarante et al., 2024; Scalese Correa, 2021) o el trabajo independiente de las personas (Filandri et al., 2020).

En síntesis, mientras en algunos antecedentes se mostraba a la percepción de pobreza estratificada entre la clase de servicios con una menor pobreza subjetiva, en comparación con el resto de las clases sociales (Buttler, 2013; Duvoux & Papuchon, 2019). En el caso uruguayo, el mismatch entre la pobreza subjetiva y objetiva puede separarse entre la clase de servicios, los trabajadores calificados y el resto de la población. Por lo que parece que la percepción de la pobreza está más cercana a las teorías clásicas de la estratificación que acentúan la calificación (Erikson et al., 1979), que a los efectos del mercado laboral latinoamericano como la informalidad.

De manera más abstracta, esto demuestra la importancia de considerar las posiciones sociales no solo como mediadoras de recompensas materiales, sino también como condensadoras de hábitos, consumos, normas y grupos de referencia que influyen en la percepción de pobreza en cada clase social.

6. Reflexiones finales

Este capítulo se centrará en sintetizar los principales hallazgos de la tesis y volver a ponerlos en diálogo con las hipótesis y discusiones relevadas en el capítulo 1. De esta forma, pretendemos retomar las principales discusiones conceptuales expuestas y brindar los principales aportes de esta investigación al campo de estudios de pobreza y estratificación social.

Además, en una segunda sección expondremos las principales limitaciones de esta tesis y los posibles caminos a futuro que puede presentar esta investigación.

6.1. Principales conclusiones

Como hemos señalado, Uruguay es un país con una baja pobreza en comparación con el resto de América Latina (CEPAL, 2022), pero con una percepción de la pobreza más extendida. Aunque ha sido constatado generalmente que la pobreza subjetiva es mayor al indicador de ingreso, tanto en Europa (Buttler, 2013; Želinský et al., 2022) como en América Latina (Amarante et al., 2024), la investigación de su vínculo con la estructura social no ha sido lo suficientemente investigado.

En primer lugar, analizamos los determinantes de la pobreza por el método de ingreso en hogares uruguayos. Los resultados muestran que la clase social del mayor perceptor del hogar incide en la probabilidad de que un hogar caiga a la pobreza. En particular, tanto la posición social (patrón, autoempleado o empleado), la calificación y la informalidad está vinculada con las chances de que el hogar sea pobre. En especial, encontramos que aquellos hogares con una mayor formalidad y que se encuentran más protegidos por la legislación social y laboral (F. Filgueira, 1998) como los profesionales, trabajadores manuales formales urbanos y los trabajadores no manuales tienen una probabilidad similar de caer en la pobreza que los grandes patrones.

Sin embargo, las dinámicas de la percepción de la pobreza son completamente diferentes y no se pueden explicar completamente por la clase social del hogar como era nuestra hipótesis original. En este sentido, parcialmente podemos rechazar la hipótesis planteada originalmente sobre la importancia de la clase social en el mismatch de la percepción de la pobreza.

En especial, en los hogares con ingresos insuficientes para satisfacer sus necesidades, la clase social no muestra una asociación significativa con una percepción de que el hogar no es pobre. Es decir, tener ingresos por debajo de la línea de la pobreza es suficiente para que la percepción subjetiva se alinee con la evaluación por ingreso. De hecho, cuanto mayor es la distancia a la línea de la pobreza del hogar, menor es la chance de que la persona no considere que su hogar es pobre.

No obstante, otras variables que planteamos como rivales cobran relevancia que están asociadas al desajuste de la pobreza en hogares no pobres. Estas son, sobre todo, variables individuales que pueden mencionar la generación de grupos de referencia diferentes. Por ejemplo, cuando la persona se declara como afrodescendiente, menor es la chance de que considere que su hogar no es pobre. Lo mismo sucede cuando el hogar tiene una menor escolaridad promedio, una mayor dependencia del hogar o el entrevistado es más joven. En próximas investigaciones deberá explorarse más a fondo la conexión entre estos atributos y la percepción de pobreza.

De esta forma, este aspecto puede estar vinculado con el propio diseño del indicador de forma abierta y sin umbrales que vincula a la percepción de los grupos de referencia y a diferentes actos de discriminación que pueden hacer sentir a una persona más pobre de lo que refleja el indicador de ingresos.

Cuando observamos la discrepancia de la pobreza en hogares no pobres la situación es completamente diferente. En estos casos, se encuentran mecanismos específicos de Uruguay que no presentan el resto de los antecedentes relevados.

En primer lugar, la discrepancia de la pobreza se estructura por el nivel de calificación de las personas. En especial, se releva, que los entrevistados de hogares de patrones y profesionales tienen escasas chances de considerarse pobres. Luego hay una mayor pobreza subjetiva en hogares de alta calificación como los trabajadores no manuales, trabajadores independientes calificados o trabajadores manuales calificados. Por último, los que presentan una mayor pobreza subjetiva frente a los patrones son los hogares de las clases menos calificadas como los trabajadores manuales, independientes de baja calificación o trabajadores en ventas.

Dos principales conclusiones se pueden extraer. En primer lugar, parece que la principal estratificación de la percepción de pobreza es a partir de la calificación. En este sentido, aunque se relevan diferencias en el mismatch de pobreza entre los encuestados de hogares no pobres de trabajadores manuales calificados formales e informales. La principal división en la discrepancia de la pobreza parece ser en la calificación de las personas.

En segundo lugar, queremos rescatar el valor de la clase social como productora de percepciones. En este sentido, se muestra que diferentes posiciones en el mercado de trabajo producen percepciones de pobreza dispares. Hipotetizamos que la clase social tiene un rol de grupo de referencia que genera necesidades y nociones de la pobreza diferentes.

En suma, los resultados permiten sostener parcialmente (en los hogares no pobres) la importancia de la clase social en la pobreza subjetiva. Las diferentes hipótesis rivales están significativamente asociadas con la pobreza subjetiva. Especialmente, cuando consideramos a los entrevistados de los hogares pobres, los factores como la edad, la ascendencia étnico racial, la escolaridad del hogar y la intensidad de la pobreza están asociados con la discrepancia. Mientras que, en el caso de las personas en hogares no pobres todos los factores enunciados en las hipótesis rivales mostraron asociación con la discrepancia de la pobreza.

En consecuencia, parece que las clases al dividirlos por la calificación generan diferentes percepciones de pobreza. Se podría hipotetizar que generan diferentes grupos de referencia en el que difieren no solo materialmente, sino también en qué es la pobreza y cuáles definiciones se deben afrontar. En este sentido, conocer más a fondo las definiciones de pobreza dependiendo de diferentes grupos sociales puede ser un próximo paso en la investigación.

6.2. Limitaciones y caminos a futuro

En esta tesis hemos buscado argumentar y justificar cada una de las decisiones tomadas. En esta tesis hemos buscado argumentar y justificar cada una de las decisiones tomadas. No obstante, las decisiones relativas a la selección del diseño metodológico, bases de datos, operacionalización y las técnicas empleadas implican la existencia de ciertos puntos ciegos que deben ponerse de manifiesto.

La principal desventaja del diseño escogido es que al ser una sola medición en el tiempo tiene una menor capacidad de poder asegurar la validez interna, ya que los diseños longitudinales cuentan con varios mecanismos para controlar terceras variables y la antecendencia temporal (Díaz de Rada, 2007). En cuanto a la temporalidad pueden mencionarse dos diferentes obstáculos: uno a largo plazo y otro a corto plazo.

A largo plazo, debido a la falta de información tipo panel y la ausencia de mediciones iniciales de la pobreza subjetiva y objetiva, no se puede observar cómo evoluciona la pobreza a medida que una persona experimenta movilidad ascendente o descendente.

El segundo problema de temporalidad es de corto plazo, donde no se observan cambios económicos que las personas pueden haber experimentado en el corto plazo y cómo eso afecta a su percepción subjetiva. Por ejemplo, pongamos que en un sector en particular se da un aumento del ingreso donde de pasar de un ingreso mensual de \$1000, se incrementa su ingreso por \$100, aunque para

la medición de pobreza estos 100 pesos no sean relevantes, para la persona pueden ser claves en su evaluación de económica.

Otra problemática es que mientras que uno de los mecanismos planteados es la importancia del grupo de referencia de la persona, al tener de unidad a la persona que responde la encuesta, no se releva la relación entre esta con el entorno. En este sentido, en el futuro se podría observar la diferencia del hogar entre la pobreza subjetiva y objetiva comparado con la localidad o barrio.

Dos son las principales limitaciones de esta solución, la principal limitación es que el grupo de referencia no necesariamente puede encontrarse en el barrio, especialmente, en Montevideo donde los lazos más importantes pueden encontrarse en otras zonas que no necesariamente están tan lejos geográficamente. La segunda limitación es que no se tiene codificado individualmente a las localidades chicas del interior del país, por lo tanto, este ejercicio solo sería útil para Montevideo donde se conoce el barrio de residencia. Esto genera que sea complejo constatar los mecanismos por los cuales se conectan los rasgos de las personas con la variable dependiente.

A su vez, se podría discutir la validez de usar datos de la ECH para estudiar las diferencias de pobreza en localidades o barrios cuando su interés es generar generalizaciones para niveles más grandes como el departamental o nacional, esto compromete la validez de nuestras estimaciones.

Por último, una tercera limitación tiene que ver con la elección de la unidad de análisis, ya que carecemos con información de la percepción de todas las personas del hogar. Contar con esos datos generaría que podamos tener una mayor validez al conectar a la situación de un hogar con las percepciones de todas las personas y no a la percepción de una persona en particular.

Estas limitaciones generan fuertes desafíos, no solo a la presente investigación sino, a la mayoría de los estudios que tratan a la pobreza subjetiva, que principalmente provienen desde la economía. Para ello, es necesario generar otro tipo de datos que sean capaces de generar inferencias más precisas para ser capaces de poner a prueba varios de los mecanismos planteados por la literatura.

Referencias bibliográficas

- Agresti, A. (1996). *An introduction to categorical data analysis*. John Wiley & Sons.
- Aguado-Quintero, L. F., Osorio-Mejía, A. M., Ahumada-Castro, R., & Riascos-Correa, J. (2010). Medición de pobreza a partir de la percepción de los individuos: Colombia y el Valle del Cauca. *Papeles de población*, 66, 259–285.
- Alem, Y., Köhlin, G., & Stage, J. (2014). The persistence of subjective poverty in urban Ethiopia. *World Development*, 56, 51–61. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2013.10.017>
- Álvarez-Rivadulla, M. J., Bogliaccini, J., Queirolo, R., & Rossel, C. (2022). La ilusión de una región de clases medias: el caso de Uruguay. *Revista de Estudios Sociales*, 2022(79), 41–59. <https://doi.org/10.7440/res79.2022.03>
- Amarante, V., Colacce, M., & Scalese, F. (2024). *Poverty in Latin America: feelings/perceptions Vs. material conditions* (01/24; Documentos de Trabajo).
- Amarante, V., & Gómez, M. (2016). *El proceso de formalización en el mercado laboral uruguayo*.
- Amarante, V., & Vigorito, A. (2007). *Evolución de la Pobreza en el Uruguay 2001-2006*. <http://www.ine.gub.uy/comunicados/generales/GENERALES1006.pdf>
- Arias, O., & Sosa Escudero, W. (2005). *Bolivia poverty assessment: Establishing the basis for pro-poor growth*.
- Arroyo-Mina, J. S., & Ruiz-Cardona, D. F. (2017). Pobreza subjetiva y reconocimiento étnico en Colombia: análisis para principales regiones, año 2013 [Article]. *Economía, Sociedad y Territorio*, 17(53), 87–113. <https://doi.org/10.22136/est002017686>
- Bandura, A. (2005). Adolescent development from an agentic perspective. En F. Pajares & T. Urdan (Eds.), *Self-Efficacy Beliefs of Adolescents* (pp. 1–43). Information age publishing.
- Beck, U. (1992). *Risk society*. Sage.
- Becker, G. (1995). *Human capital and poverty alleviation* (52; HROWP).
- Benza, G. (2018). *El estudio de las clases medias desde una perspectiva centrada en las desigualdades en oportunidades de vida*. UNAM.
- Blau, P., & Duncan, O. D. (1967). *The American occupational structure*. Wiley.

- Boado, M. (2016). Movilidad social intergeneracional en Montevideo 1996-2010. En P. Solís & M. Boado (Eds.), *Y sin embargo se mueve... estratificación social y movilidad intergeneracional de clase en América Latina* (pp. 403–464). El Colegio de México - Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Boado, M., & Fernández, T. (2005). La alegría no va por barrios ¿qué clases sociales pagaron la gran crisis (2000-2003)? En E. Mazzei (Ed.), *El Uruguay desde la Sociología IV* (pp. 89–109). Departamento de Sociología.
- Borrás Ramos, V. (2015). *La multidimensionalidad de la pobreza en Uruguay ¿cómo afecta a los habitantes de distintos territorios? Análisis del período 2006-2013* [Tesis de Maestría]. Facultad de Ciencias Sociales.
- Borrás Ramos, V. (2023a). Comparación de perfiles de pobreza de ingresos y de necesidades básicas en Uruguay 2019 utilizando análisis de segmentación. *Población & Sociedad*, 30(2), 1–32. <https://doi.org/10.19137/pys-2023>
- Borrás Ramos, V. (2023b). *Desigualdad espacial y pobreza en Uruguay. Una aproximación desde el análisis de datos espaciales* [Tesis de doctorado]. Universidad de la República.
- Bourdieu, P. (2011). Espacio social y espacio simbólico. Introducción a una lectura japonesa de La Distinción. En P. Bourdieu (Ed.), *Capital cultural, escuela y espacio social* (pp. 23–37). Siglo XXI editores.
- Brum, M., & De Rosa, M. (2021). Too little but not too late: nowcasting poverty and cash transfers' incidence during COVID-19's crisis. *World Development*, 140, 105227. <https://doi.org/10.1016/J.WORLDDEV.2020.105227>
- Brun, M., & Colacce, M. (2019). *Medición de la pobreza monetaria en el Uruguay. Conceptos, metodologías, evolución y alternativas*. www.cepal.org/es/suscripciones
- Buttler, F. (2013). *What determines subjective poverty?* <http://www.horizontal-europeanization.eu/downloads/pre->
- Cabella, W., Nathan, M., & Tenenbaum, M. (2013). *La población afro-uruguaya en el Censo 2011*.
- Calvo, J. J., Borrás, V., Cabella, W., Carrasco, P., De los Campos, H., Koolhaas, M., Macadar, D., Nathan, M., Nuñez, S., Pardo, I., Tenenbaum, M., & Varela, C. (2013). *Las Necesidades Básicas*

Insatisfechas a partir de los Censos 2011.
https://www5.ine.gub.uy/documents/Demograf%C3%ADayEESS/PDF/Demograf%C3%ADa/Atlas_fasciculo_1_NBI_versionrevisada.pdf

Cardeillac, J. (2013). Crecimiento agropecuario e incidencia de la pobreza entre hogares rurales y agro-dependientes. Cambios y permanencias. *Agrociencia Uruguay*, 17, 180–190.

Cardozo Politi, S. (2018). *El largo camino a la educación superior: análisis de la desigualdad de oportunidades a través de las trayectorias escolares* [Tesis de doctorado]. Universidad de la República.

Cardozo Politi, S., & Menese Camargo, P. A. (2019). Tendencias en la desigualdad de oportunidades educativas en Uruguay. *Estudios Sociológicos*, 37(109), 99–132.
<https://doi.org/10.24201/es.2019v37n109.1660>

Carrasco, P., Fondo, M., & Parada, C. (2023). *Evolución de las principales variables del mercado laboral uruguayo (2016-2022)* (17; 23). Udelar. FCEA. Iecon.
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/41726>

Centro Latinoamericano de Economía Humana. (1963). *Situación económica y social del Uruguay rural*. Ministerio de Ganadería y Agricultura.

CEPAL. (2010). *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*. CEPAL.

CEPAL. (2022). *Panorama social de América Latina y el Caribe: la transformación de la educación como base para el desarrollo sostenible*.

Chevalier, T. (2023). Can the welfare state reduce youth poverty? The determinants of material deprivation and subjective poverty among young people in Europe [Article]. *Journal of European Social Policy*, 33(3), 285–300. <https://doi.org/10.1177/09589287231176778>

Colafranceschi, M., Peyrou, M., & Sanguinetti, M. (2011). Pobreza multidimensional en Uruguay: una aplicación de técnicas multivariadas. *Quantum*, 6(1), 28–54.

CONEVAL. (2014). Medición multidimensional de la pobreza en México. *El trimestre económico*, 81, 5–42.

Coreas Bonilla, C. V. (2014). *Clases sociales y pobreza en El Salvador, 2000-2012* [Tesis de Maestría]. FLACSO México.

- Cortés, F. (1997). Determinantes de la pobreza de los hogares. México, 1992. *Revista Mexicana de Sociología*, 59(2), 131. <https://doi.org/10.2307/3541165>
- Cortés, F. (2003). La metamorfosis de los marginales: la polémica sobre el sector informal en América Latina. En E. de la Garza Toledo (Ed.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo* (pp. 592–618). El Colegio de México.
- Cortés, F. (2011). *Desigualdad económica y poder en México*.
- Cortés, F., & Rubalcava, R. M. (1982). Agregación y cambio en tasas lineales: tasas de participación familiar en la actividad económica. *Demografía y economía*, 16(2), 220–235.
- Cortés, F., & Rubalcava, R. M. (1991). *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento*. El Colegio de México.
- Cortés-Aguilar, A., García Muñoz, T., & Moro-Egido, A. (2013). Heterogeneous self-employment and satisfaction in Latin America. *Journal of Economic Psychology*, 39, 44–61. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2013.07.001>
- Dansuk, E., Ozmen, M., & Erdogan, G. (2007). Poverty and social stratification at the regional levels in Turkey. En *Social policy and regional development*. Friedrich Ebert Stiftung.
- Deaton, A. (2001). Counting the world's poor: Problems and possible solutions. *The World Bank Research Observer*, 16(2), 125–147.
- Deaton, A. (2008). Income, health, and well-being around the world: Evidence from the Gallup World Poll. *Journal of Economic Perspectives*, 22(2), 53–72. www.worldvaluessurvey.org.
- DGEC. (1989). *Las necesidades básicas en Uruguay: a partir de los datos definitivos del censo de población y viviendas de 1985*.
- Díaz de Rada, V. (2007). Tipos de encuestas considerando la dimensión temporal. *Revista de Sociología*, 86(0), 131–145. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v86n0.814>
- DIEE-ANEP. (2022). *Estado de situación de la Educación 2021*.
- Dirección Nacional de Evaluación y Monitoreo. (2015). *Avances para la medición multidimensional de la pobreza en Uruguay desde un enfoque de derechos*.

- Duvoux, N., & Papuchon, A. (2019). *Subjective poverty as perceived lasting social insecurity: Lessons from a French survey on poverty, inequality and the welfare state (2015-2018)* (36). www.lse.ac.uk/III
- Elster, J. (2010). *La explicación del comportamiento social: Más tuercas y tornillos para las Ciencias Sociales*. Gedisa.
- Erikson, R., & Goldthorpe, J. H. (1992). *The constant flux. A study of class mobility in industrial societies*. Clarendon Press.
- Erikson, R., Goldthorpe, J. H., & Portocarero, L. (1979). Intergenerational class mobility in three western european societies: England, France and Sweden. *The British Journal of Sociology*, 30(4), 415–441.
- Fernández, T., Borrás, V., & Ezquerro, P. (2017). Pobreza de ingresos y pobreza multidimensional Una comparación de sus determinantes para Uruguay en 2015. *Sociedad*, 37, 155–185.
- Fernández, T., & Vanoli, S. (2023). Regímenes de bienestar, territorios y desigualdad en Uruguay. En T. Fernández Aguerre & S. Vanoli Imperiale (Eds.), *Territorios, bienestar y migración: Uruguay en la primera mitad del siglo XX*. (pp. 7–19). AGZ editores.
- Fernández, T., Vanoli, S., & Wilkins, A. (2023). La evolución de la pobreza urbana en Uruguay entre 1963 y 2011. *Revista Temas Sociológicos*, 33, 125–159. <https://doi.org/10.29344/07196458.33.3593>
- Filandri, M., Pasqua, S., & Struffolino, E. (2020). Being working poor or feeling working poor? The role of work intensity and job stability for subjective poverty [Article]. *Social Indicators Research*, 147(3), 781–803. <https://doi.org/10.1007/s11205-019-02174-0>
- Filardo, V. (2019). *Detrás de la línea de la pobreza: la vida en los barrios populares de Montevideo*. Pomaire.
- Filgueira, C., & Filgueira, F. (1994). *El largo adiós al país modelo. Políticas sociales y pobreza en el Uruguay*. Arca.
- Filgueira, C. H., & Peri, A. (2004). *América Latina: los rostros de la pobreza y sus causas determinantes*. Naciones Unidas, CEPAL.

- Filgueira, F. (1998). El nuevo modelo de prestaciones sociales en América Latina: eficiencia, residualismo y ciudadanía estratificada. En B. Roberts (Ed.), *Ciudadanía y política social* (pp. 71–116). FLACSO/SSRC.
- Foster, J., Greer, J., & Thorbecke, E. (1984). A class of decomposable poverty measures. *Econometrica*, 52(3), 761. <https://doi.org/10.2307/1913475>
- Ganzeboom, H. B. G., & Treiman, D. J. (1996). Internationally comparable measures of occupational status for the 1988 International Standard Classification of Occupations. *Social Science Research*, 25(3), 201–239. <https://doi.org/10.1006/SSRE.1996.0010>
- Gasparini, L., Sosa-Escudero, W., Marchionni, M., & Olivieri, S. (2013). Multidimensional poverty in Latin America and the Caribbean: New evidence from the Gallup World Poll. *Journal of Economic Inequality*, 11(2), 195–214. <https://doi.org/10.1007/s10888-011-9206-z>
- Giarrizzo, V. (2009). Bienestar económico subjetivo: Más allá del crecimiento. *Economía*, 28, 9–34.
- Gioachin, F., Marx, I., & Scherer, S. (2023). Stratification of poverty risk: The importance of social class in four European countries. *Social Science Research*, 110. <https://doi.org/10.1016/j.ssresearch.2022.102814>
- Goedhart, T., Halberstadt, V., Kapteyn, A., & van Praag, B. (1977). The poverty line: Concept and measurement. *The Journal of Human Resources*, 12(4), 503. <https://doi.org/10.2307/145372>
- Goldthorpe, J. H. (2012). De vuelta a la clase y el estatus: Por qué debe reivindicarse una perspectiva sociológica de la desigualdad social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 137, 43–58. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.137.43>
- Goldthorpe, J. H., & Lockwood, D. (1963). Affluence and the British class structure. *The Sociological Review*, 11(2), 133–163.
- Grusky, D., & Kanbur, R. (2006). The conceptual foundations of poverty and inequality measurement. En D. Grusky & R. Kanbur (Eds.), *Conceptual Challenges in Poverty and Inequality* (pp. 1–29). Stanford University Press.
- Grusky, D., & Weeden, K. (2015). The many dimensions of poverty. En N. Kawkani & J. Silver (Eds.), *The many dimensions of poverty* (pp. 20–35). Palgrave Macmillan.

- Gustafsson, B., Shi, L., & Sato, H. (2004). Can a subjective poverty line be applied to China? Assessing poverty among urban residents in 1999. *Journal of International Development*, 16(8), 1089–1107. <https://doi.org/10.1002/jid.1127>
- Halford, S., Savage, M., & Witz, A. (1997). Gender, careers and organisations. En *Gender, Careers and Organisations*. Macmillan Education UK. <https://doi.org/10.1007/978-1-349-25562-7>
- Hedström, P. (2005). *Dissecting the Social*. Cambridge University Press.
- INE. (2006). *Líneas de pobreza e indigencia 2006: Metodología y resultados*.
- INE. (2021a). *Estimación de la pobreza por el método de ingreso 2020*.
- INE. (2021b). *Metodología de la Encuesta Continua de Hogares*. <https://www.ine.gub.uy>
- INE. (2022). *Estimación de la pobreza por el método del ingreso*. <https://www5.ine.gub.uy/documents/Demograf%C3%ADayEESS/HTML/ECH/Pobreza/Estimaci%C3%B3n%20de%20la%20pobreza%20por%20el%20m%C3%A9todo%20del%20ingreso%202021.html>
- INE. (2023a). *Estimación de la pobreza por el método del ingreso*. <https://www5.ine.gub.uy/documents/Demograf%C3%ADayEESS/HTML/ECH/Pobreza/2023/Estimaci%C3%B3n%20de%20la%20pobreza%20por%20el%20m%C3%A9todo%20del%20ingreso%20anual%202023.html>
- INE. (2023b, octubre 18). *Estimación de la pobreza por el método del ingreso. Segundo semestre de 2022*. INE. <https://www5.ine.gub.uy/documents/Demograf%C3%ADayEESS/HTML/ECH/Pobreza/2022/Estimaci%C3%B3n%20de%20la%20pobreza%20por%20el%20m%C3%A9todo%20del%20ingreso%20segundo%20semestre%202022.html>
- INE. (2025a). *Índice de pobreza multidimensional*.
- INE. (2025b). *Líneas de pobreza e indigencia. Metodología*.
- Katzman, R. (2001). Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos. *Revista de la CEPAL*, 75, 171–189.

- Kingdon, G. G., & Knight, J. J. (2006). Subjective well-being poverty vs. income poverty and capabilities poverty? *Journal of Development Studies*, 42(7), 1199–1224. <https://doi.org/10.1080/00220380600884167>
- Kraus, M. W., Piff, P. K., & Keltner, D. (2011). Social class as culture: The convergence of resources and rank in the social realm. *Current Directions in Psychological Science*, 20(4), 246–250. <https://doi.org/10.1177/0963721411414654>
- Lačný, M. (2020). Approaches to subjective poverty in economic and sociological research. *Human Affairs*, 30(3), 413–427. <https://doi.org/10.1515/humaff-2020-0035>
- Lepenes, P. (2014). *The end of poverty: Critical reflections on a modern political vision*.
- Lockwood, D. (1966). Sources of variation in working class images of society. *The Sociological Review*, 14(3), 249–267. https://doi.org/10.1111/J.1467-954X.1966.TB01164.X/ASSET/J.1467-954X.1966.TB01164.X.FP.PNG_V03
- Long, S., & Freese, J. (2014). *Regression models for categorical dependent variables using Stata* (3rd edition). Stata Press Publication.
- Lucchetti, L. (2006). *Caracterización de la percepción del bienestar y cálculo de la línea de pobreza subjetiva en Argentina* [Tesis de Maestría]. Universidad Nacional de la Plata.
- Machado, A., & Vigorito, A. (2021). *Pobreza, vulnerabilidad y desigualdades horizontales en la población adulta uruguaya*.
- Mahmood, T., Yu, X., & Klasen, S. (2019). Do the Poor Really Feel Poor? Comparing Objective Poverty with Subjective Poverty in Pakistan. *Social Indicators Research*, 142(2), 543–580. <https://doi.org/10.1007/s11205-018-1921-4>
- Mangahas, M. (2002). *Subjective poverty and affluence in the Philippines*. 123–135. https://doi.org/10.1007/978-94-010-0257-8_9
- Manstead, A. S. R. (2018). The psychology of social class: How socioeconomic status impacts thought, feelings, and behavior. *British Journal of Social Psychology*, 57(2), 267–291. <https://doi.org/10.1111/bjso.12251>
- Marx, K. (1981). *El capital. Crítica de la economía política: Vol. VIII*. Siglo XXI editores.

- Maslow, A. H. (1943). A theory of human motivation. *Psychological Review*, 50, 370–396.
- Merton, R. K. (1965). *Teoría y Estructuras Sociales* (4th ed.). FCE.
- Moser, C. O. N. (1998). The asset vulnerability framework: Reassessing urban poverty reduction strategies. *World Development*, 26(1), 1–19.
- Peng, C. (2023). Household consumption and the discrepancy Between economic and subjective poverty: The mediating roles of perceived social status and social connectedness [Article]. *Journal of Happiness Studies*, 24(5), 1703–1727. <https://doi.org/10.1007/s10902-023-00649-z>
- Pinzón Gutierrez, L. F. (2017). Factores asociados a la pobreza subjetiva en Colombia: un estudio desde el enfoque de las capacidades y la economía de la felicidad [Article]. *Desarrollo y sociedad*, 78, 11–57. <https://doi.org/10.13043/DYS.78.1>
- Pollero, R., & Paredes, M. (2017). Old age in Uruguay: A century's evolution. *Annales de démographie historique*, 133(1), 47–69. <https://shs.cairn.info/journal-Annales-de-demographie-historique-2017-1-page-47?lang=en&tab=texte-integral>
- Portes, A. (1985). Latin American class structures: Their composition and change during the last decades. *Latin American Research Review*, 20(3), 7–39.
- Portes, A., & Hoffman, K. (2003). *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal*. Naciones Unidas, CEPAL, División de Desarrollo Social.
- Portes, A., & Schauffler, R. (1993). Competing perspectives on the latin american informal sector. En *Source: Population and Development Review* (Vol. 19, Número 1).
- Poy, S. (2020). Heterogeneidad laboral y procesos de empobrecimiento de los hogares en Argentina (2003-2017). *Problemas del desarrollo*, 51(201), 3–28. <https://doi.org/10.22201/IIEC.20078951E.2020.201.69486>
- Poy, S. (2021). Trabajadores/as pobres ante la irrupción de la pandemia de COVID-19 en un mercado laboral segmentado: el caso argentino. *Estudios del trabajo*, 62, 1–30.
- Pradhan, M., & Ravallion, M. (2000). Measuring poverty using qualitative perceptions of consumption adequacy. *The review of Economics and Statistics*, 82(3), 462–471.

- Ravallion, M. (2011). On multidimensional indices of poverty. *Journal of Economic Inequality*, 9(2), 235–248. <https://doi.org/10.1007/s10888-011-9173-4>
- Ravallion, M., Himelein, K., & Beegle, K. (2016). Can subjective questions on economic welfare be trusted? *Economic development and cultural change*, 697–726.
- Ravallion, M., & Lokshin, M. (2002). Self-rated economic welfare in Russia. En *European Economic Review* (Vol. 46). www.elsevier.com/locate/econbase
- Ringen, S. (1988). Direct and indirect measures of poverty. *Journal of Social Policy*, 17(3), 351–365. <https://doi.org/10.1017/s0047279400016858>
- Rojas, M., & Jiménez, E. (2008). Pobreza subjetiva en México: el papel de las normas de evaluación del ingreso. *Perfiles Latinoamericanos*, 32, 11–32.
- Rubalcava, R. M., & Salles, V. (2001). Hogares pobres con mujeres trabajadoras y percepciones femeninas. En A. Ziccardi (Ed.), *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina*. CLACSO.
- Salas, G., & Vigorito, A. (2021). *Pobreza y desigualdad en Uruguay: aprendizajes de cuatro décadas de crisis económicas y recuperaciones*.
- Saunders, P., Halleröd, B., & Matheson, G. (1994). Making ends meet in Australia and Sweden: A comparative analysis using the subjective poverty line methodology. *Acta Sociologica*, 37, 3–22.
- Savage, M. (2005). Working-class identities in the 1960s: Revisiting the affluent worker study. *Sociology*, 39(5), 929–946. <https://doi.org/10.1177/0038038505058373>
- Savage, M., Cunningham, N., Devine, F., Friedman, S., Laurison, D., McKenzie, L., Miles, A., Snee, H., & Wakeling, P. (2015). *Social class in the 21st century*. Pelican Books.
- Scalese Correa, F. (2021). *Pobreza subjetiva: Una primera aproximación para el caso uruguayo* [Tesis de maestría]. Udelar.
- Solís, P. (2016). Aspectos metodológicos en el análisis de la movilidad social. En P. Solís & M. Boado (Eds.), *Y sin embargo, se mueve... Estratificación social y movilidad intergeneracional en América Latina* (pp. 31–61). El Colegio de México - Centro de Estudios Espinosa Yglesias.

- Solís, P., Chávez Molina, E., & Cobos, D. (2019). Class structure, labor market heterogeneity, and living conditions in Latin America. *Latin American Research Review*, 54(4), 854–876. <https://doi.org/10.25222/larr.442>
- Spicker, P., Álvarez Leguizamón, S., & Gordon, D. (2009). Pobreza. Un glosario internacional. En *Pobreza: un glosario internacional*. CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/clacso-crop/20140228023858/06spicker.pdf>
- Townsend, P. (1979). *Poverty in the United Kingdom. A survey of household resources and standards of living*. Penguin Books.
- Van Praag, B., & Ferrer-I-Carbonell, A. (2008). *Happiness quantified: A satisfaction calculus approach*. Oxford University Press. https://books.google.com.mx/books?hl=es&lr=&id=EMz9sQ9HxSQC&oi=fnd&pg=PR9&dq=Happiness+Quantified:+A+Satisfaction+Calculus+Approach&ots=ezb7fklzwG&sig=4BXq7aaQdCuwK2DX87ACf8CvviY&redir_esc=y#v=onepage&q=Happiness%20Quantified%3A%20A%20Satisfaction%20Calculus%20Approach&f=false
- Vandecasteele, L. (2011). Life course risks or cumulative disadvantage? The structuring effect of social stratification determinants and life course events on poverty transitions in Europe. *European Sociological Review*, 27(2), 246–263. <https://doi.org/10.1093/esr/jcq005>
- Vanoli Imperiale, S. (2021). *Movilidad social de clase de mujeres y varones en Uruguay* [Tesis de maestría]. Udelar.
- Vigorito, A. (2005). *Las estadísticas de pobreza en Uruguay*.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. FCE.
- Wright, E. O. (1985). *Classes*. Verso.
- Wright, E. O. (1995). Análisis de clase. En J. Carabaña Morales (Ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Eric O. Wright* (pp. 21–54). Fundación Argentaria/ Visor.
- Želinský, T., Mysíková, M., & Garner, T. I. (2022). Trends in subjective income poverty rates in the European Union. *European Journal of Development Research*, 34(5), 2493–2516. <https://doi.org/10.1057/S41287-021-00457-2/FIGURES/6>

Anexo 1. Distribución de clase de los países de América Latina, según el esquema de Solís, Chávez Molina y Cobos.

En el presente anexo se muestra la distribución de clases de algunos países de América Latina con la aplicación el esquema elaborado por Solís et al. (2019). La principal conclusión que extraen los autores de la distribución de clases en los países en América Latina es la constitución de tres grupos: (I), los países pertenecientes al cono sur (Uruguay, Argentina y Chile), (II) México y Brasil y (III) los países de América Central y andinos (Ecuador, Perú, El Salvador y Nicaragua).

Tabla 11: Distribución clases de las personas en edad de trabajar (15-64 años) de algunos países de América Latina (%).

	Argentina	Brasil	Chile	Ecuador	Salvador	México	Nicaragua	Perú	Uruguay
Grandes patrones	2.7	3.5	2.1	2.7	2.1	4.1	1.9	1.7	3.1
Profesionales asalariados y por cuenta propia	10.4	5.0	10.3	8.7	7.5	4.2	2.8	3.2	7.7
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos	11.3	9.5	11.1	6.6	6.7	10.0	6.4	9.5	9.9
Trabajadores no manuales de rutina	12.9	10.1	10.1	5.5	5.6	7.9	2.7	6.7	13.0
Trabajadores en ventas de grandes comercios	1.8	2.8	5.1	0.6	2.1	1.4	0.6	0.8	2.0
Trabajadores en ventas de pequeños comercios	3.6	3.2	1.8	1.3	3.7	4.7	6.9	4.2	2.4
Pequeños patrones	2.9	3.2	1.4	3.8	3.8	6.9	6.5	4.9	3.6
Trabajadores independientes calificados	8.8	9.7	8.2	11.1	10.4	7.2	12.3	16.8	9.2
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)	3.6	5.6	2.8	5.0	5.4	1.9	7.3	6.9	4.7
Trabajadores independientes agrícolas	0.5	6.9	1.6	6.9	5.5	2.7	9.6	9.6	2.7
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos	11.9	10.5	15.7	6.0	9.0	10.0	4.9	4.6	10.7
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos	5.3	4.2	3.9	6.1	7.4	7.6	6.4	4.2	4.2
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos	10.4	9.0	12.1	8.1	7.5	8.0	5.0	6.0	11.8
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos	13.2	11.0	6.8	11.1	11.6	15.4	8.9	9.0	10.1
Trabajadores asalariados agrícolas	0.7	5.9	7.1	16.7	11.8	8.1	17.8	11.8	4.9

Fuente: Extraído de Solís et al. (2019)

Anexo 2. Comparación de los criterios de clase social

En este anexo, presentaremos algunas discusiones sobre las implicaciones del criterio usado de asignación de clase social. Como vimos en el capítulo metodológico, finalmente nos decantamos por el criterio de mayor perceptor, sustituyendo por el segundo perceptor en caso de que la persona no manifieste ocupación (desempleado o jubilado).

En primer lugar, cuando cruzamos al criterio empleado de mayor perceptor con el de la persona que respondió la encuesta, se observa que en su mayoría el 70.1% de los coinciden su criterio, esto lo podemos conocer a partir de sacar el promedio de la diagonal principal. Principalmente, las clases que muestran menor proporción de coincidencia son las clases manuales. Específicamente, los trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos codificados con el 12, los trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos codificados con el 13, los trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos codificados con el 15. Esto puede deberse, ya que son trabajadores que pueden tener horarios fijos y sueldos no los suficientemente altos para vivir individualmente.

Tabla 12: Cruce de criterios de clase social (%).

		Criterio utilizado																
		1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	98	99
Clase del jefe	1	63.9	0.8	0.6	0.3	0.0	0.2	0.2	0.2	0.0	0.0	0.2	0.6	0.1	0.0	0.1	0.1	0.0
	2	5.8	75.6	1.8	1.6	1.6	1.4	2.4	1.0	0.8	0.5	1.3	1.5	0.9	0.4	1.3	0.3	0.3
	3	3.4	3.7	70.5	1.7	2.6	0.2	2.7	0.9	0.3	0.1	3.0	1.0	1.0	0.2	0.6	0.1	0.1
	4	4.1	2.6	3.7	70.2	4.6	0.9	4.9	0.9	0.2	0.5	3.3	3.3	2.0	0.6	0.7	0.2	0.3
	5	0.4	0.1	0.1	0.4	58.8	0.9	0.0	0.1	0.2	0.0	0.6	0.3	0.3	0.3	0.1	0.0	0.0
	6	0.3	0.2	0.3	0.3	0.2	61.4	0.9	0.5	0.1	0.2	0.5	1.0	0.3	0.1	0.6	0.1	0.0
	7	1.1	0.9	0.9	0.5	0.4	0.9	70.4	0.3	0.1	0.2	0.3	0.3	0.2	0.1	0.1	0.1	0.0
	8	2.8	2.9	3.5	3.1	4.2	5.1	2.6	77.7	2.2	1.8	3.6	5.3	3.2	3.1	2.3	0.8	1.2
	9	0.6	0.4	0.5	0.7	1.2	1.6	1.3	0.9	76.5	1.1	1.5	2.1	2.3	2.6	2.0	0.3	1.2
	10	0.3	0.4	0.5	0.5	0.2	0.5	0.3	0.3	0.3	75.2	0.5	0.4	0.4	0.8	0.9	0.2	0.2
	11	0.7	0.9	1.6	1.4	0.8	0.2	0.1	0.3	0.1	0.1	58.0	0.9	1.0	0.7	0.6	0.0	0.2
	12	0.4	0.3	0.6	0.8	0.8	0.9	0.7	0.3	0.1	0.1	0.8	52.6	0.5	0.5	1.0	0.1	0.0
	13	1.3	0.6	1.5	1.8	2.4	1.2	0.3	0.8	0.8	0.3	4.2	2.0	64.3	0.9	2.6	0.1	0.2
	14	1.5	0.5	1.0	1.1	2.4	4.9	0.9	1.2	1.6	1.1	3.6	5.0	2.9	69.5	4.4	0.4	0.4
	15	0.2	0.3	0.4	0.2	0.4	0.9	0.6	0.2	0.4	2.1	0.2	0.2	0.4	0.6	60.9	0.1	0.1
	98	5.1	5.7	6.8	8.1	8.9	8.6	5.5	6.4	4.5	6.3	5.7	6.3	7.3	7.7	4.1	92.1	2.0
	99	8.3	4.2	5.9	7.3	10.5	10.2	6.4	8.2	11.8	10.5	12.7	17.4	12.9	12.0	17.6	5.2	93.9

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023.

En la tabla 13, calculamos el porcentaje de hogares pobres, subjetivos y objetivos usando a los tres criterios de asignación de la clase social: (I) asignación de la clase del mayor perceptor del hogar, en caso de que este sea inactivo, se asigna el segundo mayor perceptor del hogar, mientras que el resto de las variables asignadas por la persona que responde la encuesta; (II) los valores de las variables corresponden a la persona que responde la encuesta; y (III) los atributos son asignados a partir del mayor perceptor del hogar.

Al comparar los criterios vemos que no existen diferencias significativas en el promedio de pobreza objetiva y subjetiva por clase social. Solamente entre los trabajadores en ventas de pequeños comercios existe una diferencia de 7.2 puntos porcentuales en la pobreza subjetiva de diferencia entre el criterio usado en la tesis y el criterio de la persona que responde la encuesta.

Tabla 13: Porcentaje de hogares pobres objetivos y subjetivos, según el criterio de asignación de la clase social (%).

	Criterio usado		Persona que responde la encuesta		Mayor perceptor	
	Pobreza por ingreso	Pobreza subjetiva	Pobreza por ingreso	Pobreza subjetiva	Pobreza por ingreso	Pobreza subjetiva
Grandes Patrones, directivos de alto rango y profesionales con empleados	1.9	11.8	1.7	11.1	1.9	11.6
Profesionales asalariados y por cuenta propia	2.1	8.6	2.0	9.4	2.0	8.0
Administradores de grado inferior y profesionales, técnicos	0.8	14.7	0.5	12.8	0.6	14.6
Trabajadores no manuales de rutina	1.7	19.6	1.1	14.8	1.6	19.4
Trabajadores en ventas de grandes comercios	4.9	32.7	1.8	30.2	4.7	31.5
Trabajadores en ventas de pequeños comercios	12.1	40.0	8.5	32.8	11.3	39.7
Pequeños patrones	1.2	6.0	1.0	6.8	1.2	6.0
Trabajadores independientes calificados	14.7	37.8	11.7	36.9	14.9	37.6
Trabajadores independientes no calificados (sin agrícolas)	28.5	60.3	23.8	59.7	29.6	60.4
Trabajadores independientes agrícolas	15.7	40.2	11.5	41.0	14.2	38.5
Trabajadores manuales calificados en grandes establecimientos	2.5	28.1	2.6	26.1	2.5	28.1
Trabajadores manuales calificados en pequeños establecimientos	10.0	40.6	7.6	35.5	9.7	41.5
Trabajadores manuales no calificados en grandes establecimientos	8.2	45.2	6.9	40.5	8.2	45.2
Trabajadores manuales no calificados en pequeños establecimientos	16.9	54.2	12.6	47.7	17.4	54.3
Trabajadores asalariados agrícolas	6.7	40.0	5.1	36.3	6.3	39.6
Jubilados	1.3	30.6	1.0	29.8	1.5	30.7
Desocupados	21.0	54.8	18.0	48.3	22.3	55.7
Total	6.9	31.6	6.9	31.6	6.9	31.6

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Continuas de Hogares 2022-2023.

Este anexo pretende hacer un insumo más para ilustrar las implicaciones que tiene la asignación de la clase en nuestros posteriores análisis. En este sentido, la elección del criterio tiene muy pequeñas consecuencias en los posteriores análisis sobre pobreza.